

MANUALES DE INVESTIGACIÓN

ASTROLÓGICA

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

LA MUERTE Y EL HORÓSCOPO

INDIGO

Revista Astrológica

MERCURIO-3

PRESENTACIÓN

Cuando José Antonio González Casanova, ilustre catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Barcelona, me pidió consejo acerca de un último libro que estaba escribiendo me costó salir de mi asombro. Y ello porque se trataba de un trabajo de investigación astrológica, y no precisamente para cerrar filas con San Agustín o con cualquier otro perseguidor, aliándose en esa tan inútil como infantil cruzada perenne contra la astrología, sino para escribir como astrólogo. Por aquellos días estaba yo deleitándome con su exquisita versión de Mahler y, pensándolo mejor, interpreté que a él también le resulta un corsé demasiado estrecho la ortodoxia académica para el ejercicio de la verdadera Universitas y que la astrología es mucho más que el espectáculo de bazar que conoce la mayoría de la gente, por más razón que ésta tenga al habersele vendido burdo sucedáneo en lugar de verdadera esencia. Probablemente, en los años venideros sean los profesores universitarios los encargados de explicar a la gente que no hay más superstición que la ignorancia, en lugar de anatematizar sin más el conocimiento milenario sin haberlo estudiado: otra forma del miedo. Lo cierto es que me apasionó la idea de que una pluma tan bien cultivada y erudita pudiera alimentar el moderno acervo del que nos nutrimos hoy en día los astrólogos profesionales y los estudiantes (sería mejor eliminar lo de «profesionales» para siempre, pero sociedad obliga).

Finalmente me encontré con esta obra que, además de la personalidad del autor, goza de dos cualidades muy relevantes cuya aportación contribuye a elevar sustancialmente el nivel de la literatura astrológica: el tema -la muerte- y la forma de tratarlo. La muerte: celebramos leer, contagiándonos de la completa serenidad que lleva consigo, ese sublime concepto de la muerte como gran acto de realización, tal vez el único que, a la manera de Krishnamurti, Gurdjeff o los grandes maestros sufís, nos presenta José Antonio González Casanova, saliendo también al paso, con refinada sutileza, del grotesco y deprimente concepto habitual de la muerte. Y la forma: no sólo la dicción o el uso magistral de las etimologías, que enriquecen tan expresivamente el contenido, sino la exposición del método de investigación. En efecto, echábamos en falta en la mayoría de los trabajos de investigación astrológica el método científico, por más que, como apunta acertadamente González Casanova, no puede emplearse éste de forma cuantitativa. Tal vez añadiríamos que el método científico debiera trascender a Santo Tomás y comprender las heridas sin necesidad de tener que tocarlas con los dedos.

El riesgo que corre González Casanova de extraer conclusiones con sólo el análisis de doscientas cartas queda suplido sobradamente por el propio análisis de los resultados, especialmente por su profundidad. Deja deslizar la percepción del investigador en las armonías de los conceptos más trascendentes de cada símbolo para vivenciarlo en todos sus matices. Acoge las notas más elevadas de los moderados conceptos simbólicos para destilar una esencia de filósofo intemporal. El lector tiene en sus manos probablemente la obra de un precursor.

Juan Trigo
El Bruc, marzo 1997

AL ASTRÓLOGO QUE LEYERE

Este trabajo no es obra de un astrólogo profesional. Y con muchas reservas habría que admitir en su autor la condición misma de astrólogo si no fuese porque tan contrasentido parece escribir sobre un saber que no se tiene como no llamar sabedor a aquel que sabe algo, aunque sea bien poco.

En este caso me encuentro. Mis estudios astrológicos han sido autodidáctica pura, sin maestros verbales y sin más trato directo con astrólogos que el breve y muy cordial de Helena Martín y Joan Trigo. Mis lecturas de libros no sobrepasan el centenar y medio y los horóscopos realizados, el medio millar. Todo ello en los últimos siete años y como fruto tardío de una larga aventura psicoanalítica anterior que he descrito en otro libro, paralelo a éste en el tiempo, titulado de forma provocadoramente expresiva Elogio de la Astrología y otras supersticiones.

Mi gratitud a este saber milenario, supérstite de tanto cataclismo racionalista y materialista, nace de haberme mostrado en forma bien evidente y animante el modesto pero auténtico sentido de mi vida. Y como tal sentido sólo puede descubrirlo en profundidad uno mismo, la ayuda del astrólogo profesional experimentado y sabio es un bien inapreciable pero que no evita la introspección astrológica. Yo, con audacia típicamente sagitariana, me lancé antes a ella que a los sabios. Ahora, años más tarde, ruego a éstos que consideren esta tesina mía autodidacta sobre el sentido de la Muerte (que incluye, claro está, el de la propia) como un respetuoso homenaje a su mayor y mejor saber o criterio.

De momento tranquiliza el escrúpulo qué corona mi audacia la aceptación de este texto por parte de una persona tan sensible e intuitiva como Joan Nuez. Aunque me ruborice publicar mi estudio sobre la muerte en el horóscopo dentro de una serie de investigaciones que sólo pueden llevar a cabo especialistas, la estimulante confianza que me ha sido concedida me permite creer que tal vez sea útil dicho estudio para quien, sabiendo mucho más que yo, no haya tenido ocasión, tiempo o preocupación suficientes para realizarlo.

No conozco trabajo alguno sobre el tema, pero eso demuestra mi ignorancia y, si se quiere, mi precipitación al no haber consultado exhaustivamente la inmensa bibliografía astrológica con la que, en los idiomas más asequibles, cuenta nuestra amplia área cultural. Valga como excusa el interés que para un astrólogo puede tener asistir a un ejercicio ingenuo y espontáneo de interpretación como el mío. Y me sentina muy en deuda con quien se molestara en hacerme llegar su comentario crítico, por no hablar de lo que me parecería recompensa excesiva: la apertura de un debate, oral o escrito, sobre el tema o, simplemente, sobre el fundado peligro de que un aficionado, un amateur como yo (jamás un intruso) se meta en berenjenales que todo astrólogo prudente debería evitar.

Pretender una interpretación astrológica de la muerte es, sin duda, una excesiva pretensión, pero creo que puede perdonárseme precisamente por no ser astrólogo. El texto que ofrezco carece de magisterio alguno. Carece también de conclusiones científicas. En mi ingenuidad no he descubierto más que mediterráneos conocidos desde siempre. En todo caso, me gustaría saber si otros argonautas, con más veteranía, confirman que en mi descubrimiento no me he equivocado de mar.

Dedico este libro al hermano menor de mi esposa y hermano espiritual mío, Xavier Virós, que murió mientras yo concluía mi estudio. Su vida, llena de amor servicial y de entrega a las causas colectivas más humanas, se merece que toda la esperanza captada en los símbolos astrológicos de la muerte sea para él un premio merecido a su sacrificio.

Por último, agradezco profundamente a Ediciones Índigo que haya considerado mi trabajo digno de ser publicado en su colección de investigaciones astrológicas; a Joan Trigo su generosa y estimulante presentación; a Helena Martín su cuidadosa lectura y atinadas observaciones y, en fin, a Nuria Cuenca Solé la pulcra conversión de mi manuscrito laberíntico en un texto editable.

Sant Feliu de Codines
25 de febrero de 1998

1. EL SENTIDO DE UNA INVESTIGACIÓN ASTROLÓGICA

Investigar no significa lo mismo para las ciencias basadas en la prueba cuantitativa o estadística que para la astrología, ciencia hermenéutica que labora con símbolos y cuyo fundamento probatorio es principalmente cualitativo. En las primeras, el cálculo numérico se utiliza para contar magnitudes significantes. En la segunda, para contar, narrar, importancias simbólicas. Está claro que se trata de aportaciones empíricas contrapuestas aunque en ciertos casos puedan ser complementarias. Si para la estadística la magnitud de un fenómeno estriba en su repetición y es ésta la garantía —cuanto mayor mejor— que verifica a aquél, para la astrología judicial, cuyo saber se extrae de juicios de valor, la verdad fenoménica se encuentra o se intuye en las relaciones (o relatos] entre símbolos míticos que se observan en un horóscopo, interpretadas por los códigos tradicionales actualizados. La importancia del relato no nace de una repetición imposible, pues cada horóscopo es único, sino del sentido que adquiere y que aporta en relación, a su vez, con la estructura de la carta astral. Lo significativo aquí es la cualidad, no la cantidad; lo que cuenta es la importancia; lo que importa es que aporta sentido a lo que la carta nos cuenta, nos narra, nos relata: o sea, lo que nos relaciona con ella, verificándose así en nosotros; permitiéndonos ver en ella (in-tuir), a través de su exotérica apariencia fenomenal, su esotérica sustancia numínica.

En consecuencia, habría que darle otro significado al término investigación cuando se trate de la astrología judicial adivinatoria, desde donde se revela, a través de lo que nos dice el símbolo, lo esencial de la existencia.

El símbolo sería la revelación lógica o día-lógica de un acontecer existencial como expresión del logos (de la palabra creadora y sabia) que es conforme al existir. Sólo el símbolo permite abrir el logos, el diálogo, a la existencia. Pero es el avalar quien se adelanta siempre al logos que el símbolo revela e ilumina. Por eso es el acontecimiento (como quería Mounier) nuestro maestro interior: porque, en definitiva, los avalares históricos tienen, como contrapunto celestial, avalares divinos.

En este libro se relata un camino investigador sobre el sentido de la muerte corporal en el que los símbolos astrológicos proporcionan una comprensión del mismo desde las premisas metodológicas que acabo de exponer. Será preciso aclarar previamente algunos problemas conexos que a primera vista dificultan la coherencia e incluso la licitud de una investigación así.

El primero de ellos es la relación histórica que guardan las diversas concepciones que los humanos hemos tenido y tenemos sobre la muerte de nuestro cuerpo y la postulada intemporalidad de los símbolos astrológicos. Éstos, aunque nutridos por la imaginación surgida del inconsciente colectivo y personal, sólo resultan reveladores si lo que revelan es la existencia de una trascendencia intemporal surgida del misterio mismo de la creación de la materia.

Por tanto, la primera cuestión que debemos plantearnos antes de cualquier investigación astrológica sobre la muerte del cuerpo es esta: ¿coincide el final de la vida de un ser humano con su destino, con la finalidad que le impulsa y dirige a la meta proyectada por aquello que otorgó sentido a su nacimiento? ¿Tiene alguna respuesta razonable a esta cuestión el saber astrológico? La filosofía suele encogerse de hombros. No sabe. No contesta. Agnosticismo escéptico. Pero en todos los pueblos arcaicos fue común la creencia en un renacimiento de los muertos. El final de sus vidas no podía ser su destino definitivo. A la muerte debía seguir un nuevo retorno a la vida, y al ser, por tanto, éste un renacimiento, cobró existencia la idea de la metamorfosis natural o de la

reencarnación o transmigración de las almas. Ambas buscan la inmortalidad del individuo, ya sea por una participación cósmica en los ciclos de renovación de la naturaleza, ya sea por una presunta escisión del ser

Cuerpo y alma, inseparables, son inmortales y sólo la muerte permite la plena posesión de una eternidad que era la finalidad suprema de haber surgido en el tiempo.

La astrología tiene, como sabemos, una cualidad radical que consiste en integrar formalmente los más diversos contenidos ideológicos en sus símbolos numéricos y algebraicos. Puede dar respuesta lógica a las concepciones más diversas y expresar el sentido que sobre la muerte anida en todas ellas. A medida que sus símbolos se han ido impregnando del significado que el inconsciente humano les va dando a lo largo del tiempo cronológico, reflejan todo el acervo acumulativo de la evolución creadora y en los últimos siglos ha incorporado también la tradición del significado cristiano de la muerte, sin excluir las concepciones precedentes que han subsistido, como, por ejemplo, la de reintegración cósmica, en la que creyeron Séneca, Spizona, Böhme y los románticos alemanes, así como Feuerbach o Schopenhauer.

El lenguaje que emplearé en este trabajo recoge, por tanto, el legado multicultural de la tradición esotérica en la que se basa la moderna astrología, sin que las afirmaciones hechas puedan considerarse meras creencias personales, axiomas dogmáticos o pura ideología. Sin duda, el background de mis pensamientos y sentimientos tiñe, como se verá, la investigación y sus hipótesis -cosa común a todo tipo de análisis cognoscitivo- pero sus conclusiones no pueden ser más que inconclusas e inconcluyentes, ya que las evidencias (las visiones bien vistas) de lo esotérico tan sólo son comunicables y no aspiran a lograr de sus receptores más que ser consideradas plausibles, posibles, compatibles. Como decía José Bergamín del aforismo: «lo importante es que sea certero, no acertado». Dar en la diana es siempre una cuestión personal de cada arquero.

2. EL OBJETO DE LA INVESTIGACIÓN

La muerte como objeto

Durante el verano de 1994 me propuse estudiar la posible sincronicidad entre la muerte de los cuerpos humanos y el horóscopo de su fallecimiento. Pero, instintivamente, se me reveló una cierta insuficiencia de mi proyecto por lo que se refiere al sentido de dicha muerte. Parecía más aleccionador relacionar el óbito con el nacimiento, pues al fin y al cabo y a efectos de significación personal, cualquier horóscopo diario de los tránsitos astrales se refiere a la carta natal del sujeto. Por consiguiente, era preciso trazar una sinastria entre ésta y la de la fecha de defunción. De ese modo, como ocurre en todos los horóscopos, los símbolos que definen el proyecto vital desde sus inicios entrarían en hipotética relación significante con los de su acabamiento, aportando así el verdadero sentido de este último.

Pero me apresuro a decir que la finalidad del estudio era algo más ambiciosa que la simple comprobación de una carta o de unas mantas. De por sí ya hubiera sido interesante fijarse en uno o en varios casos, pero, de limitarse a éstos, el análisis se habría concentrado inevitablemente en los aspectos más subjetivos de la cuestión: el sentido astrológico de la muerte de unos sujetos determinados; lo cual, sin merma de su interés, planteaba en tema tan singular un problema metodológico de fondo: ¿expresa el horóscopo de tal evento la situación subjetiva consciente del sujeto, es decir, como vive éste su muerte, o incluye algo más decisivo, algo que se impone a la conciencia, que afectaría en mayor medida al inconsciente humano y que, por encima de todo, constituye una realidad objetiva?

Parto de la base de que la muerte no es un mero fenómeno subjetivo, sino objetivo. Y no se debe esto a su indudable universalidad y a que responde aparentemente a una ley de la naturaleza material, sino a que tan sólo puede descubrirse su pleno sentido si la independizamos de la experiencia del muriente, la cual, por definición, es indefinible y definitiva, sin posible comunicación postrera. Parece obvio que, como sentenciaba Epicuro, cuando el hombre aún está vivo la muerte no existe y cuando llega, el hombre ya no está para recibirla. Lo que parece un tranquilizante sofisma no lo es, pues lo que inquieta al ser humano no es tanto la muerte real como la imaginada, ni cabe duda de que la vida y la muerte se excluyen mutuamente en el preciso momento de ésta. La muerte es, por tanto, un hecho que, aún produciéndose en y desde el cuerpo humano; siendo como es en tantos casos efecto del proceso vital y, siempre, su culminación o fin, es en sí misma, no obstante, un fenómeno objetivo en sentido propio. Es cierto que se encarna en los que mueren porque nace en su carne; es verdad que para ellos tiene un sentido final, recapitulador y supremo, pero podemos independizarla de la conciencia que la asume y del inconsciente que se libera de sus trabas materiales gracias a ella.

Una de las hipótesis de mi investigación era precisamente ésta: la muerte, como hecho objetivo y autónomo, es un momento del tiempo cualitativo en el que está inmersa la vida como tiempo físico. Cuando dicho momento se presenta, es todo el ser existente del sujeto el que se ve afectado, hasta el punto de que, más allá de conciencia y de inconsciente, la finalidad corporal abre paso a una total ocupación del cadáver por ese «momento», el cual, valga la paradoja, se inyecta del todo en una «naturaleza muerta» que, ya difunta o cumplida, consumada, carece de tiempo físico y, por tanto, expresa la encarnación límite de lo atemporal.

¿Una técnica de análisis contradictoria?

El problema que esta premisa me planteó enseguida fue justamente comprobar la presunta objetividad de la muerte mediante la técnica de la sinastria nacimiento-defunción. Todo análisis de ésta última debiera conducirme, como dije, a privilegiar lo subjetivo y personal: la muerte de una persona sería, lógicamente, su muerte propia, como la llamó Rainier M^a Rilke. No sería la muerte la investigada, sino la muerte de cada cual. Había que seguir el contradictorio camino de objetivar el fenómeno mortal en el seno de unas sinastrias inevitablemente subjetivas. Pero, ¿cómo?

La respuesta espontánea que me di, sin reflexionar apenas, fue la siguiente: si en lugar de analizar una, dos o tres sinastrias cuyo examen individual o su comparación no podrían aportarme nada que no estuviera ligado a las circunstancias personales de los sujetos implicados, levantaba cincuenta, cien o doscientas (es decir, un número amplio hasta donde alcanzara mi capacidad de trabajo) y, con tal «muestra» en sentido sociológico, detectaba la repetición o constancia de unos determinados aspectos astrales cuyo simbolismo permitiera una interpretación canónica de la muerte, entonces habría logrado independizarla, en su sentido propio, del componente subjetivo de sus encarnaduras humanas.

Pero este camino parecía destinado, insisto, a la más pura contradicción. Por un lado, si no quería caer en el sinsentido de una muerte abstracta e impersonal no debía intentar la ruptura de los lazos (indisolubles por otra parte) que unen los tránsitos astrales que la reflejan con los que señalan en la carta natal el proyecto de vida del individuo muriente. ¿Para qué, entonces la sinastria entre ambos momentos? Bastaría con interpretar las correspondencias existentes en el segundo de ellos, y aún así, lo personal volvería por sus fueros al no tener sentido aspecto alguno que pudiera interpretarse como expresión «objetiva» de muerte al margen de la estructura global del horóscopo, la cual, como es sabido, expresa la totalidad del sujeto y es el colmo de la subjetividad. Pero, por otro lado, caía también en la rechazable y rechazada técnica del cálculo cuantitativo, incompatible, en principio, con la astrología simbólica en la que pretendía fundamentarme. Si iba a comprobar en un puñado grueso de cartas, en una muestra «significativamente amplia» (¿?) un porcentaje, una repetición, una «constante» (?) de aspectos interpretables como característicos de toda muerte, ¿cómo podía deducir tal calidad esencial de la simple cantidad relativa?

Tiempo cronológico y tiempo cualitativo

Afirmo que, como ocurre con otros tipos de investigación en ciencias humanas, una misma técnica puede serle útil a métodos diferentes a condición de no hacerle decir más de lo que cada método permite y siempre al servicio de la finalidad buscada, la cual, a su vez, parte de una teoría fundada en anteriores conclusiones probadas o probables. Sobre la que a mí me sirve de fundamento diré algo a continuación:

En otro libro (Elogio de la Astrología y otras supersticiones, Ediciones Obelisco, Barcelona 1997) he intentado resumir una cosmovisión (en sentido literal, no en el metafórico de la *weltans-chauung* diltheyana), inspirada en la astrología, que concibe el Universo como surgido originalmente de una mente o inteligencia creadora; correlato lógico de su propia infinitud y vehículo revelador de un proyecto finalista o telúrico (de téelos, cumplido, perfecto), el cual otorga sentido o dirección a esa «cristalización» de la energía psíquica o espiritual que adopta la forma aparente de «materia».

Tal inteligencia se halla inscrita en el núcleo más íntimo de la naturaleza física y, según parece, el cerebro humano implica un elevado estadio de re-conocimiento de la misma

al participar en ella de forma cada vez más consciente. Por eso podemos, gracias a la microfísica y a la astrofísica, captar el sentido de las causas materiales sin llamarle «azar» y, gracias a Jung y a su escuela, aceptar fenómenos a-causales de una sincronicidad que es uno de los principales fundamentos fácticos de la astrología simbólica.

A partir de tales supuestos me he atrevido a ejercer una imaginación teórica según la cual el tiempo cualitativo se encarna en el cronológico, como expresa, por otra parte, la cuadratura casi exacta que tengo en mi carta natal entre Júpiter en Sagitario y Saturno en Piséis. El tiempo físico (Saturno) camina sobre las aguas caóticas del Universo, no desde el origen de éste como creía Einstein, sino, como afirma Prigogine, creado e impulsado por el verdadero tiempo, el cual es esa creación por la inteligencia (Júpiter) de un proyecto coherente y finalista (y, por tanto, irreversible) que es la historia natural y espiritual del Universo al que pertenecemos. Dicha historia despliega la cuadratura o reto fundamental de la creación entre el espíritu cristalizado en la materia sometida a sus determinaciones y ese mismo espíritu, energía libre, liberadora e indeterminada, creadora perpetua, que descristaliza una y otra vez a lo largo del espacio-tiempo material toda creación-creada.

Las consideraciones que he hecho al principio sobre el valor revelador del momento basado en la numeración simbólica y sobre la calidad de la muerte como uno de ellos que encarna lo atemporal en una situación humana límite son, para mí, corolario de la equiparación hecha entre inteligencia infinita, indeterminada, creadora y liberadora (mente, espíritu, sentido) y tiempo cualitativo de un proyecto finalista que es atemporal o eterno por pertenecer a la infinitud. Si lo infinito no puede serlo sin incluir a lo finito, lo eterno no tiene sentido si no se encarna en lo temporal. Las sincronías astrológicas revelan a la imaginación inteligente del ser humano esa encarnación de momentos; entre ellos, el más trascendental para éste: el de la muerte física, que le libera definitivamente de toda cristalización y determinación materiales y le transforma, según me atrevo a imaginar, en una huella o vestigio clarísimo, luminoso, revelador de la inteligencia creadora a la que Dante no dudó en llamar «l'amor che move il sole e l'altre stelle». Según esta teorización, el cuerpo sin vida biológica expresaría, por última vez, de forma paradigmática y sublime, la pura eternidad, grabada indeleblemente en la materia desde su origen. Pero en esta ocasión postrera, detenidos la vida y el tiempo físicos, ese núcleo original eterno habría invadido por completo el cuerpo y le otorgaría la luz reveladora de que morir es encarnar la muerte como un momento eterno y eternizante.

Repetición y preponderancia de aspectos

Pues bien, sin renunciar al método cualitativo, consubstancial a la astrología simbólica, y justo para servir a la finalidad de comprobar empíricamente, mediante el horóscopo, que la muerte corporal tiene un sentido objetivo y puede ser descrita con todas sus cualidades, incluida la fundamental que es la de realizarse como momento eterno y eternizador en el momento temporal preciso que revela dicho sentido, me aventuré a «manipular» la magnitud de los aspectos astrales de 200 sinastrías nacimiento-muerte sin otorgarles ningún valor estadístico concluyente, pero de forma que la preponderancia y la repetición de algunos de ellos, según una escala de mayor a menor en el conjunto de las cartas, me permitiera considerarlos, por una parte, indicadores objetivos de una realidad relativamente externa a los protagonistas de aquéllas y, por otra, al ser más o menos comunes al colectivo, autónomos en cierta medida respecto a la estructura de las mismas.

El principal problema técnico, de importancia obvia, era el criterio cuantitativo que debía fijar esa supuesta preponderancia y/o repetición de aspectos: ¿qué porcentaje mínimo resultaría significativo?; ¿quién decide a qué magnitud comienza lo significativo: lo que es significativo para el investigador o una magnitud lo suficientemente grande como para que éste crea que significa algo? Como se ve, el uso de una técnica cuantitativa plantea problemas que sólo lo son verdaderamente en el contexto de una filosofía estadística, pero que contagian, por coherencia lógica, cualquier otro método. Había que correr el riesgo de no hallar ni siquiera el mínimo de preponderancia y/o repetición plausiblemente reveladores de algo en el cálculo.

La solución fue computar todos los aspectos y jerarquizar sus' repeticiones sin darle significación al porcentaje. De hecho, el cómputo prescindió de los sextiles y de las diversas subdivisiones de los aspectos grandes por parecerme poco relevantes en un tema como el propuesto: los unos por su simplicidad y las otras por su sutileza. Sólo excluí de esta marginación las conjunciones (que en cualquier caso pueden ser significantes *per se* aunque también enormemente ambivalentes y ambiguas) y los quincuncios; esto último debido a lecturas iluminadoras sobre su presencia en casos de enfermedad y de muerte. El resultado final del cómputo realizado debía proporcionarme una «topografía» cualitativa que, por su sencillez y obviedad, no pudiese dejar de ser una realidad veraz pese a su escasa representatividad porcentual.

Tras reiteradas caídas en el cuantitativismo y sin lograr un criterio porcentual convincente desde mi ambiciosa pretensión de aunar el valor estadístico, probatorio de mi explicación, con el simbólico de la comprensión hermenéutica, opté por lo que a la postre es más sencillo y del todo coherente con el análisis astrológico.

Invertí el orden deductivo y decidí que no sería significativo el predominio por repetición de diferentes aspectos sinástricos que se produjese en un marco estadístico que reuniera los requisitos que su ciencia exige. Al fin y al cabo, como he apuntado más arriba, ¿puede una muestra de doscientas muertes definirnos un único, verdadero y universal rostro de la Muerte? Para trazar los rasgos más comunes de una hipotética faz objetiva a partir de dicha muestra sólo podía contar los más repetidos que previamente yo hubiera considerado como analógicos con los símbolos de la tradición astrológica vinculados secularmente a situaciones de tránsito iniciático, de cambio y transformación. En suma: de renacimiento en cualquiera de sus múltiples formas culturalmente imaginadas...

Con todo, me pareció que debía poner una base límite al orden jerárquico de las repeticiones. Si la muestra eran doscientas cartas, sólo consideraría trazos significativos del sentido de la Muerte aquellos aspectos astrológicos significantes hallados al menos en veinte cartas (10% de la muestra). Jerarquicé así (entre 36 y 20 cartas) veinte aspectos que no deben su importancia simbólica al número de repeticiones alcanzado, pero que permiten extraer reflexiones sobre su sentido en el conjunto del análisis.

Lo curioso del caso fue que, dentro de idéntico margen y entre quince y diecinueve cartas, se repetían cuarenta aspectos más, todos ellos muy interesantes por lo bien que completaban en su sentido a los «veinte principales». ¿Qué hacer con ellos?

Creí ser tan solo coherente si los incluía como «laderas» de las altas cumbres divisadas. Al inducirme, por sus características singulares, interpretaciones más ligadas a la vertiente personal y subjetiva de cada «muerte propia», deduje que matizaban muy bien lo más objetivo, común y universal del fenómeno, paladinamente expresado, a mi juicio, en los veinte aspectos más repetidos (de 36 a 20 cartas). Formé, pues, dos grupos en virtud del criterio expuesto, pero se hallan tan relacionados entre sí que no tendría sentido diferenciarlos en profundidad. En último término, su diferencia nace de un

ingenuo reparo cuantitativista: partir de un porcentaje mínimo para medir la altura sobresaliente de unos picos reveladores. Y es que, en realidad, el verdadero problema de la «cientificidad» de mi método viene ahora.

Los tránsitos por los signos

Me pregunté si los signos transitados debían tener algo que decir a la hora de valorar el posible mensaje de los tránsitos preponderantes. Sin embargo, desde el prisma de la aleatoriedad (clave del significado concreto), los signos dependen directamente del tiempo cronológico, sobre todo en el caso de los planetas exteriores y de Saturno, que son de tránsito lento. Ese tiempo afecta en especial a aquellas cartas levantadas con motivo de muertes coetáneas a la investigación y parecen perder de ese modo significación por ser tránsitos «obligados».

No obstante, el argumento desdeñador puede convertirse en confirmante de la tesis metodológica de la cual parto: es el momento de revelarse la Muerte el que me interesa, no el de morirse uno. Es uno el que penetra en el espacio mortal, no éste la ola que anega al que espera en la playa. Se muere en un momento dado, no «le llega a uno el momento» como se dice vulgarmente. Por eso no me interesé por las casas, aparte de la imposibilidad de trazarlas al desconocer casi siempre las horas de nacimiento; imposibilidad que se amplió a la fijación exacta de la Luna. Aunque fue muy revelador su estudio, no me atreví a deducciones que no tuvieran en cuenta todas las cartas.

La Muerte en sí tiene unos momentos privilegiados para expresarse, según la simbología de los signos: en Escorpio y en Capricornio, para citar los más indiscutidos. Pues bien, realizada la verificación, resultó obvia la preponderancia de los tránsitos de Plutón por Escorpio, debido al predominio de cartas de muerte ocurrida en las fechas correspondientes del calendario.

En su momento interpretaremos la «lógica» simbólica de estas «opciones» forzosas debidas al momento histórico de las muertes escogidas por el intérprete, pero ahora cabe centrar los términos del problema que plantean los signos transitados en su punto exacto: la «atracción» selectiva del investigador por las fechas en que llevó a cabo su rastreo ¿es «causa» de que se hayan producido los tránsitos por determinados signos? Causa claramente azarosa, pero que vincula el «azar» a un momento astrológico del investigador, particularmente sensibilizado para interrogarse sobre algunas muertes que se producen en su coetaneidad. Lo sincrónico, como vio Jung, no es principalmente lo simultáneo, sino la correspondencia entre un fenómeno físico (en este caso el tránsito astral) y una experiencia psíquica sin engarce causal alguno. Como ha escrito Geoffrey Cornelius (*The moment of Astrology. Origins in Divination*, Arkana Penguin books, London, 1994), un momento de sensibilidad astrológica puede revelarnos el mensaje de un horóscopo sobre fechas lejanas.

El papel del investigador

Mi madre murió el 11 de agosto de 1993 a los 88 años y sus cenizas se guardan bajo un altísimo ciprés que plantó mi padre cuando construyó la casita de campo en la que suelo retirarme para escribir. Durante el mes de julio siguiente, a punto de cumplirse el primer aniversario, creí hallar alguna respuesta astrológica al interrogante emocional que la muerte materna me había planteado: ¿dónde está mamá? ¿la he perdido? Recordé aquel día de mis cinco años en que su impaciencia y su angustia por no saber hallarme a su alrededor la llevó a salir del lugar gritando que su hijo se había perdido. Al cabo aparecí

yo, pregunté por mi madre y alegué en defensa de mi breve escapada que la que se había perdido era ella.

Medio siglo más tarde, mi situación era, en el fondo, similar. Mi pregunta ¿dónde está mi madre? suponía darla por perdida (muerta). Pero, en realidad, el que, sin estarlo, se sentía perdido era yo. Mi madre, transformada en un pequeño montón de cenizas, era la parte de mi cuerpo -como el mío lo había sido del suyo- que ya había vivido el momento de la Muerte. Era mi parte más material (maternal), difunta (cumplida), pero no menos, en mi imaginación, mi parte psíquica más adelantada realmente en el reino de un hipotético Más-Allá-de-la-Muerte. Sé muy bien que fue esta «curiosidad» por saber el destino postrero de mi madre, por saber a donde conducía el mío, guiado o impelido por un misterioso cordón umbilical simbólico nunca roto, la que me llevó a iniciar, en el mes de julio de 1994, la investigación sobre el sentido de la muerte corporal a través de la simbología astrológica.

Durante cuarenta días levanté 109 cartas sinástricas nacimiento-muerte y elaboré las principales conclusiones de mi trabajo. Pero subsistió el problema principal, centro de mi preocupación: las cartas no contenían ningún mensaje sobre el Más Allá. Mi madre seguía perdida para siempre. Tardé una semana en darme cuenta de que tenía la verdad delante de los ojos sin verla, hasta que mi horóscopo del día 11 de agosto, primer aniversario, me reveló lo que intuí como un relámpago ante el ciprés del jardín unas horas antes: todo el Más Allá de la Muerte está simbólicamente expresado en ella misma. Todo cuanto podemos esperar saber de ese estado sin tiempo y sin espacio lo podemos saber si logramos captar el mensaje de la Muerte simbólica en su momento. Para alcanzar tal logro es preciso, según mi experiencia, aspirar a él desde el fondo del ser; considerarlo como una cuestión de vida o muerte, un reto existencial que «nos ponga a parir» como a una madre. En sincronía con tal momento de mi alma, la posición de los astros en tránsito respecto a mi carta natal durante las dos fases de mi investigación (julio 1994, las 109 primeras cartas; agosto 1995 a diciembre 1996, las 41 restantes) fue, en sus aspectos más significativos, la siguiente:

Plutón transitó entre 25° Escorpio y 4° Sagitario haciendo trígono con mi Plutón natal en Cáncer y casa VI y yendo hasta la conjunción con mi conjunto de Sol-Júpiter-Mercurio en Sagitario y en casa IX.

Neptuno y Urano transitaron en conjunción entre 23°-26° Capricornio y 28° Capricornio —3° Acuario respectivamente, haciendo conjunción con mi Marte natal en Capricornio y casa XII.

Saturno transitó de 12° Piscis a 1° Aries, saliendo de una cercana conjunción con mi Saturno natal y mi Ascendente en Piscis para hacer trígono con mi nodo Lunar Sur en Cáncer, casa V, y acabar en otro trígono con Plutón, Júpiter y Mercurio natales y en conjunción con el Sol Negro (5° Aries, casa I)*. (Llamo «Sol Negro» en este libro, al polo opuesto de la Luna Negra (Lillith), usualmente llamado Príapo; nombre que me parece errado y engañoso.)

Por su parte, Júpiter transitó hasta abril de 1995 de 4° Escorpio a 15° Sagitario, alcanzando así mi Medio Cielo (14° Sagitario, casa X), y en retroceso hasta 5° Sagitario (agosto 1995) en conjunción con mi conjunto Sol-Júpiter-Mercurio (9°-5° Sagitario). A partir de esta fecha transitó hasta 24° Capricornio en conjunción con mi Marte natal (26° Capricornio) y mi casa XII (29° Capricornio) y en oposición a mi Plutón (27° Cáncer), tras haber estado conjunto a mi Nodo Lunar Norte (13° Capricornio) y en trígono con mi Urano (2° Tauro), mi parte de la fortuna (19° Tauro) y mi Neptuno (16° Virgo).

El Nodo Lunar Norte (Libra), en su marcha retrógrada, transitó desde 22° Escorpio a 2° Libra, haciendo sucesivos trígonos con mi conjunto Saturno-Ascendente-Luna (4°-0°

Piscis y 28° Acuario), trígono con Quirón en Géminis y Fondo del Cielo (13° Géminis) y conjunciones con Venus y Luna Negra natales.

Acabado el estudio a principios de 1997 y a punto de ir a la imprenta, vicisitudes editoriales retrasaron su publicación un año, durante el cual amplié la investigación a cincuenta cartas más. No varió sustancialmente mi situación astrológica. Persistió la referida influencia de Plutón y Neptuno y se produjeron como nuevos los trígonos respectivos de Urano en Acuario con mi Urano y mi Luna Negra (clara persistencia de la llamada astrológica); los trígonos de Saturno en Aries con mi Medio Cielo y el grupo Sol-Júpiter-Mercurio, uno y otros en Sagitario (preocupación por el tema de la muerte). De ella dan fe también el trígono de Júpiter en Capricornio y Acuario con mi Luna Negra en 5° de Libra y el del Nodo Lunar Norte en Libra y Virgo con mi Marte en Capricornio. Por otro lado sufrí la experiencia de cinco muertes próximas mientras Marte transitaba conjunto sobre seis puntos importantes de mi natividad y en trígono sobre otros nueve.

En cuanto esta investigación va dirigida, con toda modestia y prudencia, a personas versadas en astrología, no me extenderé en interpretar el sentido de los tránsitos citados para fundamentar argumentalmente la sincronía entre los mismos y mi propia investigación. Creo que muestran con cierta claridad mi inclinación a captar en aquel momento de mi vida y de la Historia (julio 1994-diciembre 1996) los posibles mensajes de la simbología astrológica relacionados con la Muerte, pues ésta se hallaba presente en las diversas encrucijadas simbólicas que acabo de describir.

Y en este punto llegamos al núcleo del problema metodológico planteado desde el principio: ¿es la propia subjetividad del investigador la que encuentra alas para interpretar según sus pulsiones más o menos conscientes las cartas que ha elegido por «simpatía» y, por tanto, sus conclusiones carecerán de objetividad y no podrán significar nada objetivo, como era su pretensión?

Nótese que no solamente afecta esta cuestión del sujeto a las fechas de muerte, con la consiguiente incidencia en las repeticiones forzosas de ciertos aspectos y de ciertos signos en las cartas (lo cual impediría considerar significativo lo no surgido de una verdadera aleatoriedad). Afecta ante todo a la selección misma de las cartas, surgida de la más pura simpatía (relación emocional).

La representatividad de la «muestra»

En el Apéndice I se reproduce la lista de las 200 personas cuyas sinastrías nacimiento-muerte constituyen el material de mi investigación. Sus características plantean de entrada una serie de críticas posibles en cuanto a una pretendida conclusión objetiva. Sin volver al tema del criterio cuantitativo (¿una muestra de sólo 200 cartas es suficiente para significar algo?) cabe dudar de la «representatividad» de las mismas, pues, por mucho que se intente separar y objetivar el significado de ciertos aspectos preponderantes del sentido de cada carta personal, ésta sigue siendo el soporte concreto de cualquier deducción no abstracta.

¿Por qué esas 200 personas y no otras? Desde tal punto de mira no cabe duda de que hubiera sido más convincente -al menos a primera vista— acudir al Registro Civil y escoger al «azar» 200 defunciones (con las correspondientes fechas de venida al mundo de sus protagonistas), según los criterios usuales de la elaboración de muestras aleatorias, para afinar en su representatividad probabilística.

Partido como estuve desde el principio entre la contaminación sociológica y la intuición viva del método astrológico, hice esfuerzos algo risibles de «objetividad» como, por ejemplo, escoger personajes de épocas y lugares muy diversos, de profesiones

diferentes; o incluir, junto a famosos conocidos, personas de mi familia o amistades que sólo yo o unos pocos conocen, como si quisiera igualar a mi padre con Jorge Manrique a los efectos de la Muerte, la gran igualadora:

«que a papas y emperadores
y prelados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores de ganados».

Pero está claro que todas y cada una de las cartas vinieron motivadas por la atracción que las personas producían en mí, tanto las muchas que iban muriendo mientras la investigación se continuaba gracias a ellas y que personalmente me resultaban interesantes, como las que en el pasado habían creado una obra o desarrollado una acción con las que me sentía en alguna medida identificado.

De ese modo, la nómina se constituyó con 35 escritores (poetas y novelistas sobre todo); 40 músicos (incluidos intérpretes); 26 artistas de espectáculo (desde el cine al deporte de masas); 22 políticos (en su mayoría españoles contemporáneos); 21 filósofos y científicos, 6 juristas amigos y colegas; 8 artistas plásticos de muy diferente valor; 26 familiares y amigos, 5 sacerdotes jesuitas (me educó esa orden) y 11 seres inclasificables entre sí si no fuera por un lazo misterioso que los juntaba en mi imaginación y a los que uní bajo el rótulo de «místicos». Si alguna orientación pudiera agruparlos en tres grandes bloques sería la trimembre de «intuyentes» (místicos, sacerdotes, artistas), «razonantes» (filósofos, políticos, juristas) y «emocionantes» (familiares y amigos).

A partir de esta motivación tan evidente, las agrupaciones factibles por épocas y nacionalidad carecen, creo yo, de relevancia. Aunque me pareció sugerente trabajar con personajes de siglos anteriores (Lope de Vega, Leibniz, Schubert, Teresita de Lisieux...) son muy pocos de hecho. Son más los nacidos en el XIX y muertos en el XX y, sobre todo, los fallecidos durante la investigación o en los años anteriores inmediatos imponen su presencia y su momento, pues constituyen casi la mitad (82). De todos están confirmadas sus fechas respectivas y, para sus horóscopos, he utilizado Les Grandes Ephémérides de Gabriel, The Rosicrucian Ephemeris 1900-2000 y las Tables du Noeud Lunaire, de Lilith et du Soleil Noir de Max Duval y J.M. Font, París, 1988.

Si excluimos a mis familiares y amigos, el gran número restante corresponde a personas dotadas de una singular sensibilidad espiritual, demostrada en la obra o en la acción que les ha dado merecida fama nacional o universal. Su predominio sirve para dar al destinatario de la investigación, a sus estudiosos, una referencia conocida, un soporte personal que, pese a todo, parece necesario aunque lo indagado pretenda ser un fenómeno significativo por su objetividad. Sin embargo, ese rasgo común de la sensibilidad espiritual lo comparten -como sé muy bien- casi todos, por no decir todos los componentes del grupo de «emocionantes», pues no puedo separar la emoción que me producen de su profundo talante psíquico, incluida mi nietecita Miren, que nos dejó precozmente, a sus cuatro meses, tras impresionarme su cálida huella de inteligentísima comunicación.

La pregunta crítica que me sigue asaltando la inspira precisamente esa alta calidad espiritual de las 200 personas cuyas cartas he estudiado. ¿Aparecerían los mensajes simbólicos que permiten trazar un «retrato» objetivo de la Muerte a partir de un porcentaje de esas cartas en otras que no correspondieran a una nutrida élite espiritual como la utilizada?

¿Tendrá la Muerte los mismos rasgos reconocedores en otras muchas, muchísimas cartas? Incluso cabe preguntarse: ¿Por qué no los hallamos en todas las consideradas? ¿Será que no existe una Muerte en sí misma como postulamos y sólo podemos hablar de muertes apropiadas a cada personaje? En tal caso lo único revelador sería analizar el sentido del tránsito mortal en la estructura biográfica del sujeto y olvidarse de «constantes» independientes de ella.

Si relacionamos la patente «subjetividad» de mi motivación investigadora y de mi elección del material preciso, veremos que los rasgos elitistas de la muestra son su consecuencia lógica y se integran en la indisoluble relación sujeto-objeto, propia del conocimiento astrológico y que la microfísica hace tiempo reveló como constitutiva de todo método científico, incluido el mitificado distanciamiento objetivista de las ciencias de la Naturaleza. Que el observador influye en lo observado es ya un nuevo dogma «subjetivista» de toda ciencia y no por eso se niega la realidad del objeto; simplemente y por el contrario, se profundiza en esa realidad más allá de la superficial mirada con la que se acostumbraba a observar los fenómenos materiales y, por extensión espuria, los humanos y sociales. En el fondo, esta reivindicación, para los científicos auténticos, de la tradicional identificación sujeto-objeto, propia de la mística y del arte poético en todas sus expresiones, no debiera asombrar al astrólogo, pues la experiencia indica, tanto a los profesionales como a los «amateurs» como yo mismo, que no sigue otro camino la Astrología desde sus orígenes.

La muerte de la que hablan las 200 cartas elegidas por mí ha podido mostrarse más evidente porque mi visión estaba potentemente motivada y porque fui a dirigirla allí y en el momento donde y cuando más visible podía hacerse. Aquí vuelve a jugar la subjetividad su más valioso papel objetivador y, sobre todo, nos abre la sonda que conduce a superar la aparente contradicción entre la muerte propia y la Muerte universal de todos para acabar comprendiendo que, por un lado, la muerte corporal es un momento que culmina los diversos momentos anteriores vividos por los humanos como «anticipos», no metafóricos, sino simbólicos (los mismos rasgos definitorios y ontológicos) del final físico, y, por otro lado, que quien, por su sensibilidad, estuvo cerca de poder comprender tales símbolos anticipadores puede mostrarnos, sin pretenderlo ni saberlo, a través de las correspondencias astrales que les son propias, el rostro de esa Muerte cercana, vivida, conocida; comunicable a quien por ella se pregunta con auténtica sed de conocimiento.

La Muerte y la muerte propia

Quedaría por resolver la cuestión de las cartas que no contienen esos aspectos más constantes o repetidos, considerados como predominantes y que de algún modo son como el eje vertebral de toda la estructura simbólica formada con el concurso de los restantes aspectos de menor constancia.

De nuevo debo superar la contaminación cuantitativista para ser fiel a la lógica cualitativa. Si olvidamos por un momento que la muerte le ocurre al protagonista de cada carta, ésta refleja una situación. El hecho de destacar ciertos aspectos astrológicos por estar presentes en mayor número de cartas no supone que su escasa o nula presencia en los restantes invalide el paradigma trazado. De algún modo éste se expresa en todas con mayor o menor relevancia, entre otras razones porque a la luz de esos aspectos príncipes, el resto se construye armoniosamente, aportando señales identificatorias del sentido de la Muerte que guardan con aquéllos y entre sí una clara vinculación.

Me parece innecesario insistir en que no puede darse un rostro único y universal de la Muerte, sino tantos como seres vivos mueren. Si cada carta del día del fallecimiento

tiene una fisonomía, ésta se construye cada jornada mediante combinaciones de aspectos extraídos de un inmenso calidoscopio. Cada uno de ellos puede significar la Muerte, no por sí mismo, sino en el contexto de la carta, la cual, a su vez, sólo sabremos que corresponde a la muerte de alguien cuando haya muerto, porque antes -y esto se presta a la más profunda reflexión— tan sólo incita a pensar, de modo forzosamente genérico, en una situación de grandes posibilidades transformadoras. Exactamente las mismas existentes aunque en ese día nadie muriera.

Todo día, todo momento, puede ser momento de muerte. Lo llamativo del mismo, desde la astrología, no es la presencia de unos símbolos de base astronómica universales y no ligados per se a la figuración alegórica mortal, sino su singular sinastría con la natividad del muriente. En ese sentido, mis dudas sobre la obligada «casualidad» de unas cartas marcadas por las fechas de los tránsitos desaparecen, pues por obvio que sea el predominio en mis doscientos horóscopos de planetas exteriores forzosamente en tránsito dentro del marco temporal de las muertes seleccionadas, lo significativo son los aspectos que forman con la cartas natales de personas nacidas en días muy distantes. Esto que, sin duda, hace del sujeto la clave de la sinastría, permite, no en menor medida, considerar tal «azar», cuando se repite en muchos sujetos, como un sentido, como un signo, como algo que nos dice algo. Si la interpretación astrológica, no arbitraria ni imaginativa en exceso, puede dar cuenta de ello razonablemente, sin forzar la hermenéutica, reconocerá ese sentido, esas señales y podrá dibujar, no tanto un «retrato robot» de la Muerte en sí como uno de los proteicos semblantes que puede mostrarnos, y podrá intuir que en todos ellos, sean o no repetidos o comunes, resplandecería la misma misteriosa luz.

Invocación a la Sabiduría

Como conclusión no concluyente de cuanto llevo escrito, quisiera reflexionar un resumen de todo ello para que su meditación conduzca con naturalidad a invocar a la Sabiduría, ese ser femenino que en el Libro de los Proverbios habla en forma de himno y se declara protocreación divina, espejo de su ser, colaboradora arquitecta— de todo lo creado y compañera entre los hombres. Se trata de una sabiduría que en el evangelio de Juan se identifica con el Verbo, la palabra paterna encarnada en el Mundo, y que en la obra de Goethe es sinónimo de acción creadora.

Esa Palabra y esa Acción sabias de la divinidad innombrable, al encarnarse, van al encuentro del ser humano y éste puede acudir a la cita cuando su daimon, su genio interior telúrico, le lleva a él merced a un avalar que afecta radicalmente a su existencia: un enamoramiento, una injusticia, un horror, una muerte...

Ese encuentro tiene dos frutos inseparables: la revelación de la Sabiduría y la paralela conversión de la persona, su nueva dirección de la mirada hacia la visión del Oriente y del Norte de su vida. Esta recuperación o vivencia del Sentido de ésta es un acto ético que afecta y modifica su conducta. El encuentro con la Sabiduría es el encuentro con el Sí mismo de uno y la conversión vivida se refiere simultáneamente al ser que esencialmente se es.

Se trata así de una cita con el Espíritu que está presente en toda materia y que constituye la esencia humana. La experiencia vivida en dicha cita es, por tanto, espiritual. La sabiduría del Espíritu es el Sentido experimentado. La clave del Sentido es el Símbolo, verdadero Ángel de la Anunciación, Hermes psicopompo que señala el horizonte final de la vida.

¿Y qué es la Muerte sino el límite vital que se confunde con ese horizonte finalista y telúrico (el proyecto cumplido) de toda persona? ¿Y qué es el Horóscopo sino el

observar y considerar (scópeo) ese horizonte liminar (oros) desde la altura (oros) que lo abarca y en la hora o momento en que la luz lo hace visible?

Toda muerte es el límite horizontal donde se dan cita, mediante el Símbolo, la Sabiduría y la Persona. Y todo horóscopo revela el encuentro de ambas y el morir cotidiano al que debe someterse una si aspira a alcanzar la otra. La Muerte y el Horóscopo, estando como están ontológicamente unidos en la Sabiduría, no hay adivinación astrológica que no los convoque ambos en todo momento, y esto explica y justifica que la carta del día de la muerte material no puede ser distinta esencialmente de cualquier otro día y, al mismo tiempo, muy similar en la forma (con las diferencias que todo momento tiene) a las que se levantaron o se pudieron levantar en otras circunstancias temporales.

No quiere esto decir que la carta del fallecimiento físico no tenga un sentido singular. Hubiera sido innecesaria la investigación llevada a cabo. Precisamente, su singularidad es la que permitiría, según mi intento, definir unos rasgos reconocibles del rostro objetivo de la Muerte mediante los símbolos astrológicos.

Al ser éstos multivalentes, como todo símbolo, su asignación a situaciones de cambio, transformación e, incluso, «muerte», referida al encuentro con la divinidad y su sabiduría, no pasa de ser un acto metafórico por analogía premonitoria con la muerte real. Sólo el momento de ésta nos puede revelar lo acertado de dicha analogía, de tal metáfora. Por mucho que sepamos leer en las «muertes» anteriores mensajes anunciadores de lo que será la última, únicamente ella es la verdadera y la que, en todo caso, ha servido de referencia a las que evoca anticipadamente.

Esto se debe a que la objetividad de la Muerte, como he dicho tantas veces, se halla encarnada en la subjetividad de la persona. Destacar sus rasgos propios es posible, pero sin olvidar que se trata de un rostro afectado por su presencia ante un ser humano que muere. Cómo afecta a éste último ese rostro es cuestión conexas, pero autónoma, que también intentaré explorar, al final de este libro, a través de un pequeño grupo de cartas, sobresalientes en la muestra utilizada.

La conexión postulada es obvia si partimos de la finalidad de ese encuentro al que convoca el daimon de cada ser humano con la Sabiduría. El límite de la vida física personal (lo que llamamos «muerte técnica» de encefalograma plano) coincide con ese horizonte ontológico, liminar y simbolizador, en el que el Hombre y el creador de su destino ya no se encuentran sólo para la gnosis revelada o la orientación existencial y ética, sino para culminar el proyecto único intransferible que les une en relación paternofilial.

La muerte, en consecuencia, es la unión de las dos partes del Símbolo. Es el Símbolo por antonomasia, el sacramento o signo de lo sagrado. No podía la descripción de la Muerte mediante símbolos prescindir de lo que simboliza objetivamente para el Hombre, aunque éste, subjetivamente, tenga diversas formas de asumir su encuentro definitivo con la Sabiduría, mostrando así que no es un objeto material, sino un ser sujeto a pasión y con razón, voluntad y conciencia, no por disminuidas inexistentes; mostrando, en suma, que en alguna parte de su ser goza de autonomía para enfrentarse con lo que en apariencia es una fuerza ciega e irresistible de la Naturaleza.

La íntima relación entre objeto y sujeto, propia de la visión astrológica, permite unir lo personal y lo universal de la Muerte en una síntesis peculiar que es esa encarnación de lo intemporal en el tiempo. Pero ocurre que la misma no se produce sólo en el caso definitivo del fallecimiento supremo de la materia corporal. Como indica obviamente todo horóscopo del día del óbito y como ocurre en la vida real, la muerte se ha ido gestando desde un tiempo anterior; proceso éste que puede detectarse incluso en casos de muerte súbita por accidente o por homicidio, por no hablar ya del suicidio o muerte voluntaria. Por tal razón, los tránsitos producidos con anterioridad a la muerte en días,

meses y, a veces, hasta años, nos indican dicho proceso, sin que la indeterminación de todo evento permita vincularlo inequívocamente a una futura muerte física. La vejez, la enfermedad, una plenitud personal en forma de agotamiento o de cénit son etapas que preludian la culminación del proceso citado. Este carácter procesual de la Muerte se ve muy claro en los momentos vitales que se corresponden con tránsitos astrales indicadores de cambio, ruptura y transformación. No tiene sentido asignarle a unos tránsitos, en vida del sujeto, unas posibilidades de crisis y de metamorfosis -no siempre comprendidas ni aceptadas- V negárselas cuando se producen por última vez en su vida. ¿Qué sentido tendría su interpretación canónica si no implicara, una vez más, un cambio? Justamente el motivo de llevarla a cabo en esta ocasión postrera es comprobar que, en efecto, el sujeto no sólo muere, sino que se transforma. Y no únicamente en cadáver, cosa para la cual no era preciso extraer más significado que la obviedad del cambio biológico. El sujeto tiene ante sí una situación de camino consciente o inconsciente, cuya importancia afecta en mayor medida a su parte no intelectual, a aquellos factores de su ser que más que comprender la situación son comprendidos por ésta.

Si alguna lección moral puede extraerse de la interpretación simbólica de la sinastria nacimiento-muerte es que la nuestra futura será resultado de cómo aprendamos a leer las que se van produciendo a lo largo de la vida, detectando, analizando y siguiendo los signos astrales que reflejan nuestras situaciones cotidianas de renovación. Pero especialmente cuando esos signos nos confirman lo que ya experimentamos en nuestro cuerpo y en nuestra mente: el inicio de la vejez, los primeros síntomas de una enfermedad, el agotamiento de un proyecto vital, y en algún caso, tal vez, la sensación de una plenitud tan intensa que el deseo de morir se confunde con el entusiasmo.

Desde la perspectiva astrológica, el horóscopo de muerte corporal ha de hablarnos forzosamente de cómo se desarrolla el encuentro definitivo entre la Sabiduría y el ser humano, integrándose así en la estructura formal de la carta el rostro de la Muerte y el del muriente en un diálogo que los símbolos revelan. El sentido que dicha estructura tenga no puede separarse del Sentido de la Muerte tal como lo experimenta o «siente» en su más profunda y misteriosa intimidad el que va a morir. Pero le está vedado al astrólogo, por mucho saber e intuición que tenga, decir palabra acertada y concluyente alguna sobre el final de ese diálogo. Ni siquiera puede asegurar que es verdad cuanto ve si el horóscopo ha de responder a las premisas teóricas de las que parto. Quien no las admita, en legítimo uso de su inteligencia, negará probablemente mucho de cuanto he investigado y lo atribuirá a una fantasía producto de motivaciones psíquicas ya muy estudiadas, sin que por ello, tal vez, deje de reconocer algunos fenómenos astrológicos ya confirmados por la experiencia. Quien, como yo, las sostiene no puede negar nada de cuanto ha visto y de lo que su imaginación creadora ha interpretado, pero, como digo, no puede tener la menor seguridad «científica» debido a su propio punto de partida, que es el misterio mismo de la Sabiduría, a cuyo encuentro fue convocado en el momento en que su daimon le impulsó a preguntarse donde estaba su madre muerta.

El encuentro con el daimon, como recuerda el ya citado filósofo Eugenio Trías, no es fruto de la voluntad racional, sino del eros, del deseo profundo cuya raíz griega es también, significativamente, la de «interrogan». El eros, ese deseo que se pregunta por el sentido de lo que más puede afectar a la existencia, lleva siempre a los pies del gran interrogante de la Muerte: su más allá de ella. No busca el que se cuestiona tan insondable espacio futuro un conocimiento epistemológico como es el que versa sobre las cosas u objetos, sino gnóstico, que es un saber sobre el propio indagador.

Si al perder a mi madre y no saber nada de su más allá era yo el perdido, mi investigación, mi rastreo de los vestigios de doscientas personas (que para mí

representaban toda la humanidad, pasada y futura) tenía como íntima motivación el sentido de mi muerte propia, mi ser más allá de la misma.

Mi análisis astrológico de los horóscopos en sinastría nacimiento-muerte supuso para mí, por tanto, una notable experiencia intelectual y espiritual. Me confirmó la importancia para el astrólogo del momento en el que procede a interpretar; puso de manifiesto mi intencionalidad afectiva al escoger como temas las cartas de personajes y personas muy admiradas o queridas, desde Bach a una nieta mía de pocos meses, o cordialmente adversarias como Francisco Franco; y si me dejó suspendido el juicio sobre el mensaje profundo que el estudio comportaba, el día 11 de agosto de 1994, en el jardín de casa, junto al ciprés alzado como una llama de esperanza sobre las cenizas allí guardadas de mi madre, muerta aquel día un año antes, el eros me llevó a comprender su sentido y con él el del Más Allá de la muerte propia y ajena.

Yo había pretendido hallar en la astrología respuesta al sentido de la muerte en sí, y el análisis realizado, con todas sus limitaciones, habló de una transformación objetiva de la persona, de un estado o situación en que la subjetividad de ésta —no su conciencia, que puede verse altamente alterada— se ve, por así decirlo, invadida por una realidad superior a ella y a la que debe inexorablemente someterse. Dicha transformación implica, sin duda, una destrucción material, corporal, pero, al ser tan evidente en los horóscopos que, como siempre y aún más que nunca, los fenómenos físicos se producen causados y acausados en el sentido que les infunde la Inteligencia Universal, la destrucción del cuerpo y la consiguiente pérdida de los mecanismos cerebrales de la conciencia dejaban más puramente a la vista la transfiguración de la persona en espíritu, como el cuerpo incinerado de mi madre se hizo una sola cosa con el fuego que la envolvió.

Morir es renacer del todo a la vida eterna que nos habita desde que fuimos creados. El «más allá» de nuestra muerte lo podemos vivir antes de su llegada en cada renacimiento que nos acerca a la plenitud del renacer total. Pero esta afirmación, al acabar, no nace de mi creencia por astrológica que sea, sino de mi fe, ese don que recibe todo anhelo ferviente. La gracia que responde al enigma de Eros.

3. SIMBOLOGÍA DE LOS PLANETAS Y DE OTROS FACTORES ASTROLÓGICOS QUE INTERVIENEN EN LOS ASPECTOS OBSERVADOS

Los rasgos simbólicos de los planetas y puntos zodiacales que forman los aspectos más repetidos en las cartas estudiadas son de general conocimiento entre astrólogos, pero tal vez no esté de más recordarlos someramente antes de comprobar el sentido de sus relaciones para el conjunto de la muestra.

1. A *Plutón* se le asigna de forma unánime una cualidad escorpina de renovación vital mediante la destrucción de lo viejo. No es, por tanto, un símbolo de muerte, sino de vida inagotable que se renueva con la violencia de toda vitalidad de la Naturaleza. Si, por un lado, se vincula a Plutón con lo inferior, lo infernal (el Hades griego) y con el inmenso poder abrumador e impersonal de la Tierra, por otro, es ese mismo poder el que renueva toda tierra yerma, como recuerdan el mito de Koré (rejuvenecimiento), la máxima evangélica («si el grano no muere...»), Parsifal o los poemas de T.S. Eliot.

Alguna astrología reciente ve en Plutón lo que Rubén Darío llamó: «lo fatal»: el hado (Hades) que constituye el núcleo de la tragedia; lo contradictorio irremediable que no admite superaciones dialécticas a lo Hegel ni síntesis revolucionarias a lo Mao Tse Tung (Liz Greene). Pero también le asigna, en relación con la casa XII, la de la Muerte, la cualidad de guía virgiliano por el Infierno dantesco concebido como el reino del Inconsciente. Plutón sería (como indica su nombre latino) el tesoro enterrado, el mensaje secreto y nuclear pre-material que se esconde, encarnado, en la materia: la Inteligencia, Mente o Psique creadora y orientadora de ésta (Jeff Green).

Los tránsitos de Plutón traerían a la superficie tanto el tesoro del Inconsciente como la ganga que lo envolvía, lo ocultaba y lo inmovilizaba, para así liberar lo duradero de lo transitorio, el espíritu del cuerpo, el Sí Mismo junguiano del «ego». La influencia de Plutón se considera la más fuerte, pero de tan concentrada como es resulta sutil. Sus tránsitos expresarían experiencias que parecen predestinadas y al mismo tiempo insondables, pero se trata de experiencias de la realidad terrena y, por tanto, terrible, que llevan al desapego, a la liberación por corte brusco y tajante: fundamento del desarrollo de la sabiduría. Plutón arrastra los «complejos» inconscientes y otorga una ardiente conciencia dolorosa: único estímulo eficaz para la metamorfosis renovadora. No en vano se le relaciona con el energético Marte, también símbolo ambivalente, destructor y creador.

2. *Neptuno*, frente a un Plutón insondable en sus designios destructores-creadores, es confuso en su poderosa capacidad de confundir -mediante la disolución acuosa- la materia y el psiquismo singulares en la materialidad psicoide del Universo creado. Su ambivalencia reside en que para unir una parte con el Todo ha de disolver la concentrada, cerrada y aislada particularidad del individuo (o indiviso). Pero su acción en tránsito no es el golpe de pico del Plutón desenterrador de tesoros y enterrador de despojos, sino la suave invasión silenciosa del agua, que es el elemento básico del cuerpo, y de su correlato psíquico que es la imaginación emocional, la intuición del espíritu, el íntimo deseo de disolución que habita en el instinto tánático-erótico de la muerte de Isolda. El deseo de escapar de toda limitación y de unirse a lo infinito tienen también su ambivalencia en la locura, la fantasía y la visión ilusoria, pero penetra

Neptuno en lo misterioso y azuza el progreso espiritual por la vía de la intuición emotiva y amorosa. Con razón se han visto sus concomitancias con Venus.

3. *Urano*, el dios del cielo para los griegos, ha sido definido por Dane Rudhyar como «poder creador del espíritu universal». Si Plutón guarda celoso o descubre violento el tesoro de la Inteligencia creadora que habita el Inconsciente y si Neptuno rompe los muros de la materia disolviéndolos o anegándolos para liberar ese tesoro y conducirlo a su origen, Urano es el antiguo Mercurio de los alquimistas, el moderno «mensajero de los dioses» que resuelve la contradicción de los opuestos mediante la clásica «conjunctio oppositorum» (no la disyuntiva «o...o», sino el «ambos»).

Urano es el poder mismo de la Mente Universal, con su intuición lógica o lógica «rápida». Su misión es reorganizar la conciencia para un nuevo crecimiento del psiquismo, para un ascenso inteligente hacia lo original, con independencia de los lastres materiales. Su acción es súbita por rápida, como un rayo iluminador y revelador que se rebela contra toda limitación mental, pero libera con su excentricidad subversiva y revolucionaria. A partir de su acción las cosas ya no serán como antes, pues cambia lo que percibe como situación vital de asfixia dando el impulso necesario para escapar de situaciones inhibitorias o frustrantes.

Contra las defensas del «ego», simbolizadas por Saturno, rompe Urano las barreras de la mente «lógica» gracias a otra lógica más racional si cabe: la vinculada a un conocimiento del sentido del Todo-Uno. Urano comienza, por decirlo así, donde acaba Saturno. Su mensaje celeste habla de un horizonte universal sin fronteras, abierto a la trascendencia absoluta de un Más Allá infinito.

4. *Saturno* ha sido considerado tradicionalmente por la astrología como un planeta maléfico por hallarse vinculado al paso del tiempo físico (Cronos) y expresar toda limitación, obstáculo y dificultad. Pero ha sido recientemente Liz Greene, entre otros astrólogos, quien ha hecho ver la función positiva de «gran maestro». Por mucho que exprese el principio de autoconservación al dar forma, estructura y estabilidad (cuerpo) al psiquismo constituido en «ego» y, por tanto, sea prototipo de toda limitación definitoria y sombra del Sí Mismo (creada por aquellas partes que bloqueamos, tememos y de las que nos sentimos culpables), su acción, paradójicamente, tiene la virtud del reto, de la cuadratura que, como una valla, permite saltar por encima de ella.

Cuando Saturno transita se nos muestra como un duro reproche, como un acto desafiante del destino que nos induce a atender a las necesidades de la más profunda y verdadera autoconservación de nuestra naturaleza interior fundamental. Si Neptuno nos empuja hacia lo ilimitado, Saturno muestra la necesidad de acudir a Neptuno como vía de escape. Saturno revela lo que se debe hacer, modera nuestro exceso de vida cuando se da, expresa el instinto de apartarse de ella con frialdad ascética de quien enseña a valorar lo que tiene aún más valor que la vida.

Se ha dicho que Saturno es «la mano del destino» porque (como Urano, Neptuno y Plutón e incluso también su aparente opuesto, Júpiter) imparte el magisterio de que la verdadera vida está en oír parte. Quien nos permite vivir como cuerpo individual, distinto (aun semejante) de los otros, es quien, por eso mismo, puede superar su propia expresión limitadora, demostrándonos lo razonable, lo racional, de no asfixiarnos por un exceso de protección, como si nuestro cuerpo y nuestra psique hubiesen de acabar ahogados por la propia coraza protectora que nos defiende de lo externo y extraño.

5. A *Júpiter*, llamado por Alan Leo, el «preservador», se le identifica con el mismo Zeus, dios de los dioses, y es símbolo de poder espiritual, hasta el punto de que sus

capacidades de expansión, iluminación y fecundidad rejuvenecedoras, consoladoras y protectoras lo aproximan al Sol, y es, como se sabe, regente de Sagitario, Piséis y de la casa IX, la de la Sabiduría. Lo que Saturno oculta, Júpiter lo revela. Si el primero supone limitación, el segundo se extralimita y utiliza a Mercurio como mensajero de lo que su Mente espiritual concibe.

Júpiter representa el crecimiento espiritual porque él mismo vendría a ser, en la tradición cristiana, lo que el Espíritu Santo: el gran inspirador, libre, independiente, efusivo, del sentido del Universo y de su Historia. Por otra parte, dicho crecimiento no nace de una expansión o comunicación caótica, arbitraria y anárquica, sino *integradora*, creadora de comunidad, ordenada por una norma suprema anterior a toda organización jerárquica de sociedad humana. En este sentido, Júpiter es símbolo de toda religión paterna, de toda re-ligación con la figura arquetípica del Padre creador y providente amoroso del destino de sus criaturas. Júpiter es un planeta exterior que, por decirlo de algún modo, llama a la puerta del defensivo y desconfiado Saturno. El diálogo Cielo-Tierra (Espíritu-Materia-Inteligencia-Razón) es su relación característica.

Cuando Júpiter se muestra todo lo poderoso que puede llegar a ser, encontrará (como coadyuvante del raudo y elocuente Mercurio, su fiel mensajero) a un Saturno que ha asumido lo razonable del fogoso espíritu jupiteriano y se ha rendido a su sabiduría sobrenatural.

6. Aunque *Marte* sea considerado como un planeta «personal», le ocurre como a los «exteriores», pero al revés, cuando aparecen en la carta natal: si Plutón, por ejemplo, cuando transita, destruye para renovar, su tránsito el día del natalicio lo deja fijado a la persona como principio *renovador que destruye*. Así, Marte, que es personal en la natividad porque simboliza la propia energía de la nueva vida, deja de serlo cuando transita sobre ella en el momento de muerte para representar esa misma energía en su íntima naturaleza cósmica y universal que acude a recuperar su parte depositada para reincorporarla al acervo originario. En ese sentido cabe ver a Marte como un poder conflictivo (cuadraturas, oposiciones o quincuncios entre el Marte que transita y ciertos planetas personales) pero también puede formar trígonos energetizantes. Igual que el Marte natal, claro símbolo del principio de vida, puede entrar en conflicto pero también en armonía con los planetas exteriores, más energéticos que él porque su energía «viene de lejos».

7. El planeta *Venus* encarna en astrología la atracción instintiva, el amor, la simpatía, la armonía y la dulzura. Es el astro del arte y de la gracia. Tiene la capacidad de conmovir y puede considerarse como un arquetipo goethiano de lo femenino eterno en cuanto presenta lo eterno con los atributos implícitos en la feminidad. Venus es comunión afectiva. Más allá de las connotaciones personales y subjetivas, trasunto de las arquetípicas, Venus en tránsito de muerte sobre la carta natal no significa tanto placidez de los sentidos o suave agonía (aunque así sea en ocasiones comprobadas) como armonía entre el destino mortal y el eterno.

8. El *Sol* simboliza en la mitología astral la figura paterna y, de hecho, todos los signos zodiacales son expresiones de una sola esencia solar, cuya influencia se refleja en ellos. Todo cuanto se relaciona con la fecundación y la iluminación es solar. Por eso el Sol simboliza también dimensiones de aprendizaje, disciplina y sometimiento a valores y normas de convivencia social que psicológicamente constituyen el Super-Ego coercitivo de la persona. Sin embargo, cuando el Sol transita por una carta natal su sentido no es el

que corresponde a la personalidad individual sino al *Sobreconsciente* espiritual (el Inconsciente o subconsciente corresponde a Plutón).

9. *Mercurio* es el escudero del Sol, y, al mismo tiempo, el hijo del Padre, el mensajero de Zeus-Júpiter, principio de comunicación y de cambio, instrumento de la inteligencia sobre las cosas. Su papel en tránsito es anunciar al Sol y difundir su mensaje iluminador. En la carta natal simboliza la capacidad receptiva, inteligente y racional de comprender dicho mensaje.

10. El *Eje Nodal Lunar*. Como es sabido, el eje nodal lunar lo forman dos puntos opuestos de la Luna que el ojo humano crea y que en el tránsito astrológico tienen orientación casi siempre retrógrada simbolizando una realidad más esotérica o numínica, ligada a una trascendencia a la cual el ser humano estaría destinado según el proyecto de la Inteligencia creadora suprema. Puiggrós compara bellamente este eje con la serpiente Kundalini, la vara de Moisés o el báculo alado de Hermes, símbolos todos ellos del camino de retorno del Hombre a su origen celestial. El Nodo Sur representa el pasado vivido, el tiempo cronológico y aquello en que vamos consistiendo por el hecho de vivir. El Nodo Norte es el destino proyectado para nosotros por la Inteligencia que nos creó. Su ascenso a él a lo largo del tiempo físico es la *history* de nuestra *story* (el desarrollo de nuestro potencial acumulado) y nuestro Norte en la vida espiritual. Rupert lo resume así: «El Nodo Norte y el período del ciclo lunar durante el cual la luna tiene la latitud Norte son símbolos de los tiempos de la propia vida en que nuestra naturaleza psíquica o lunar se orienta hacia el poder del *espíritu creador* o es transmisora de éste». Complementariamente, el nodo Sur simboliza el tiempo de asimilación de las fuerzas vitales y espirituales generadas durante la mitad norte del ciclo.

11. *El Eje Luna Negra-Sol Negro*, más allá de las connotaciones sexuales que la astrología suele destacar, simboliza como han visto Joële de Gravelaine y Jean Carteret, el rito iniciático del morir. Una y otro son «luminarias metafísicas» que expresan precisamente el *sentido* o *dirección* que tiene la vida y cuya meta es la muerte. La Luna Negra simboliza la sed de absoluto con la que nace y vive el ser humano, «siempre más allá del gozo». El Sol Negro es la hiperconciencia, la conciencia pura a la que apunta la Luna Negra como experiencia e instinto de todas las cosas de la vida. La acción clave de la Luna Negra es la *remise en question*. En tránsito significa o puede significar el cambio radical, el rechazo definitivo, la toma de conciencia iluminadora. Es un corte doloroso, una separación, un duelo, pero también un sacrificio iniciático, una iluminación, un *insight*. Su esencia es *ir más allá de*. Ella conduce al descubrimiento del *anima* a través de las sombras. En la carta natal nos religa al pasado arcaico de la Madre Naturaleza y se presenta como instrumento del destino personal y como esfinge enigmática y silenciosa, distante y lúcida, límite irónico de la sed de absoluto que ella misma provoca. Pero el saber que contiene lleva oculto el amor. Es una madre que, como Cibele, Afrodita o Isis, será capaz por amor de cortar el cordón a través del cual se le unen los hijos-amantes y así —en el momento del tránsito mortal— retornarlos al origen paterno, allí donde todo es fusión identificadora, comunión, abandono ilimitado, misterio de amor, casa del Padre: el Sol Negro.

4. ESPECIAL CONSIDERACIÓN DEL ASPECTO QUINCUNCIO (150°)

De los sesenta aspectos predominantes en el conjunto de las cartas estudiadas dos son oposiciones, trece forman cuadraturas, dieciocho constituyen quincuncios y veintisiete, triángulos.

Se comprende que este aspecto «menor» me haya llamado la atención por su repetición, pero, sobre todo, por su relativa concentración en las afectaciones de los planetas exteriores, las cuales avisaron de su posible significado. Es verdad que ningún otro aspecto menor de 90° fue rastreado (el más obvio: el sextil) pero ya advertí que en un principio pugnó por hallar los elementos expresivos de una Muerte impersonal y los aspectos menores involucran totalmente a la actividad humana. Como recuerda Robert Hand respecto al sextil, este aspecto de la que él llama «serie del tres» se caracteriza frente a su correspondiente mayor, el triángulo, por la colaboración del esfuerzo personal, mientras que éste último «con frecuencia significa que las cosas se resolverán solas», algo más apropiado a la muerte que a la vida.

En realidad, de hacer caso a Robert Hand, el quincuncio no debiera haberme interesado, ya que, según él, representa, como el semisextil (30°), «tensiones y dificultades molestas, pero generalmente triviales». Sin embargo, me animó a mantener el interés, e incluso lo acreció, el hecho de que dicho autor afirma inmediatamente: «La excepción a esto es que, de acuerdo con muchos investigadores, parece haber una conexión entre los quincuncios, las enfermedades y la muerte».

Espigando entre diversas interpretaciones sobre el significado del quincuncio, encontré varios elementos que se complementaban y que, juntos, parecían aplicables a los que, en mis cartas, insistían una y otra vez en expresar posibles tensiones mortales. Así, para Stephen Arroyo, este aspecto correspondería a una corriente de energía «demasiado compulsiva y molesta» que obliga a una «aguda discriminación», pues el sujeto encuentra difícil expresar uno de los deseos o satisfacer una de las necesidades sin tratar también la otra energía.

Para Hand, el quincuncio representa conexiones entre entes que no tienen conexión lógica «y no parece que haya suficiente energía para cambiar la relación». Según esto, se trata de una opción forzada entre dos situaciones que exige desprenderse totalmente de una y adherirse a la otra, pero no nos podemos liberar de la alternativa a la que hemos de renunciar. Por tanto, sólo queda tomar «aguda conciencia» de la dificultad y despegarse emocionalmente. Para Hand, los efectos negativos son tan sutiles y están tan entrelazados en la estructura del propio ser que no dejan ver con claridad lo que sucede.

Tal vez por ello Josep Fábregas cree que el quincuncio es el único aspecto que contiene en sí la tensión y su regeneración, y Dane Rudhyar ve en él el símbolo del retorno de la actividad a su fuente, una especie de sublimación interior o de transmutación espiritual que implica creación y, en todo caso, algo muy alejado, si no de la cotidianidad, sí de la trivialidad. Lo que está claro es su ambivalencia suma. Unas veces genera profunda armonía por lo que tiene de triángulo y otras tiene efectos desafiantes como una oposición. El malogrado Howard Sasportas decía que «en la mayoría de los casos he comprobado que se trata de un aspecto poderoso que hay que tener siempre en cuenta» y acababa advirtiendo que «lo que pide un quincuncio es que se haga todo lo posible para unir sus extremos de manera constructiva». Según Liz Greene, en este aspecto «el conflicto es a la vez demasiado grande y demasiado pequeño. Creo que ésta es la razón por la cual se asocia con frecuencia con la mala salud».

Después de este recorrido no me cupo duda de la importancia del quincuncio y de lo justificado que estaba su relación con la enfermedad. Pero, por lo visto, se trataría de las «pequeñas» dificultades, molestias y tensiones que ésta suele provocar: casi algo cotidiano y trivial como le parecía a Hand. ¿Podría aplicarse también a la muerte misma? ¿Cabe hablar en tal caso de simples molestias?

Reflexioné sobre ello y me di cuenta que mis autores consultados hablaban de quincuncios en horóscopos simples, no sinástricos. Lo que en una situación dada puede significar un conflicto coyuntural más o menos molesto, en una sinastría nativida-muerte puede simbolizar, a través de los rasgos ya sabidos de todo quincuncio, algo mucho más radical y arquetípico: nada menos que la tensión objetiva entre el momento de morir y la vitalidad, es decir uno de los rasgos capitales de la Muerte: su sustitución en el lugar de la Vida, ocupando su lugar, siendo ella la otra vida del cadáver.

Fue de nuevo Liz Greene quien vino a confirmar mi interés por los muchos y (como comprobé después) significativos quincuncios de la muestra al afirmar en un seminario que «el quincuncio aparece mucho también (subrayado mío) en sinastría, lo cual refleja un carácter de tira y afloja o de atracción y rechazo». Sin duda la inteligente astróloga estaba pensando en relaciones interpersonales pero, a los efectos de mi investigación, el concepto de sinastría puede aplicarse a la relación entre los horóscopos de nacimiento y de muerte, no porque los astros del segundo transiten en aspecto con los del primero (según esto todos los horóscopos diarios, en cuanto referidos a la carta natal, son sinastrías) sino porque la Muerte no es un avatar más del día en que se muere, sino, en su impersonalidad objetiva, todo un ser que tiene la entidad que ese momento expresa y que es algo radicalmente otro frente al sujeto. El contradictorio y conflictivo diálogo entre éste y «su Otro», donde, como veremos, se yuxtaponen relaciones «fáciles» y «difíciles», trígonos, cuadraturas y oposiciones, conjunciones ambiguas o explosivas, tiene en el quincuncio su expresión más característica y ambivalente; tanto como la misma «conjunctio oppositorum» en que consiste la unión constructiva de esos dos extremos, la vida y la muerte, a la que animaba Howard Sasportas al hablar del sentido de un aspecto tan importante.

5. LO QUE LA MUERTE ME DICE

Una vez computados los aspectos sinástricos que se repetían entre un máximo de 36 y un mínimo de 16 cartas, elaboré un sencillo cuadro de doble entrada que sirviera para facilitar la visión de la estructura global del análisis. En el cuadro se puede observar cada tipo de aspecto que los símbolos transitivos (situados arriba en línea horizontal) forman con los natales y el número de cartas en el que el mismo se produce. Se puede comprobar también, por líneas y columnas, el total de tipos sinástricos y de aspectos que forma cada símbolo, transitivo o natal, así como la cantidad de cartas en las que cada tipo aparece. Se desglosa asimismo el total de tipos para conocer el total de trígonos, cuadraturas, quincuncios y oposiciones y valorar consecuentemente la presencia relativa de los aspectos surgidos y el mayor o menor protagonismo de cada símbolo transitivo o natal.

Es evidente que de nuevo lo cuantitativo pedía a gritos ser una prueba de lo cualitativo. ¿Iban a ser las micromagnitudes surgidas del cómputo efectuado argumentos irrefutables para asignar un Mentido a la mayor presencia o protagonismo de unos símbolos o de unas relaciones sinástricas entre la carta natal y la de muerte de tan solo 36, 27, 19 o 16 sujetos? Creo que estuve a punto de caer en tan seductora trampa, pero no desdeñé el «guiño», el signo evocador, analógico, de pura «correspondencia»- que las magnitudes —y, más que ellas, su orden numérico y sus interdistancias— me hicieron a simple vista y que, después reflexionando, me ayudaron a confirmar lo que los símbolos astrológicos vienen diciendo de modo genérico y universal desde siglos.

Los nueve símbolos transitivos más afectantes

Son, por este orden: Neptuno (10/194), Urano (8/161), Sol Negro (7/136), Nodo Lunar Norte (7/130), Plutón (5/107), Sol (5/102), Saturno (5/97), Luna Negra (4/74) y Júpiter (4/72).

El liderazgo en solitario de Neptuno (que, como veremos, lo ostenta también en el conjunto de los símbolos natales afectados) incita a pensar que su repetida presencia se debe materialmente al predominio de fechas de muerte entre las que lentamente se movió como planeta durante largo tiempo. Pero su tan repetida presencia en aspecto (sobre todo consigo mismo natal: 19 oposiciones, 16 quincuncios y 16 trígonos), distante de su inmediato seguidor, Urano, en 33 puntos permiten asignarle formalmente un indudable protagonismo.

De momento sorprende que no sea Plutón, sino Neptuno, el más actuante en el oficio fúnebre. ¿No es Hades el gran destructor? ¿No se le vincula tradicionalmente a toda clase de muertes? En la escala trazada ocupa el quinto lugar y Neptuno le sobrepasa en 87 puntos. ¿Qué podría significar esto?

Neptuno, regente de Piscis y de la casa Doce o de la Muerte, simboliza el agua -elemento básico del cuerpo- y el íntimo deseo de disolución de éste que se corresponde con la intuición psíquica de lo espiritual amoroso. Neptuno, pues, sintetiza lo cósmico material con el Espíritu creador del Universo y el eros tanático de unión con la Gran Madre así como el ágape fraternal que postula un Padre común. ¿No puede ser este el sentido más universalizable de su presencia simbólica en los casos de muerte? ¿Será un simple azar el que, también en las cartas natales estudiadas se halle tan presente y el más veces afectado por sí mismo (51 sobre 190:1/4)?

No parece incoherente con Urano ese segundo puesto en el podium erigido. Si Neptuno formaba preferentemente trígonos, indicadores de acción armónica, de suave disolución

acuosa, Urano actúa aquí, sobre todo, en quincuncios, con tensión contradictoria, propia del mensaje eléctrico, instantáneo e imperioso del dios del cielo, que abre un horizonte trascendental impuesto por la propia lógica del espíritu de vida pero que no deja de pronunciarle a la materia un irrefutable «se acabó».

El Sol Negro, como polo de la Luna Negra, depende ciertamente de la presencia de ésta en las cartas, pero puede crear aspectos en su tránsito en diferente medida (en nuestro caso 136 frente a los 74 de ella. Aunque aparece distanciado de los dos anteriores planetas, se halla muy por encima de la media de la escala, seguido de cerca por el Nodo Lunar Norte. Será interesante relacionar uno y otro porque, simbólicamente, son complementarios y expresan una teórica armonía entre el sentido del *momento mortis* y el destino de la persona proyectado desde su concepción.

Llama la atención que el Sol Negro actúe formando trígonos en todos los casos menos en uno. Ese indicador de acción armónica se adecua al carácter de hiperconciencia o conciencia pura del Sol Negro, que lo vincula a Urano, y de fusión identificadora y abandono ilimitado, que lo aproxima a Neptuno, como se comprueba en el orden de la escala. Pero ¿no es ese el sentido del Nodo Lunar citado, que es nuestro norte espiritual o ideal a lo largo de la vida? No es forzoso ni mucho menos que la muerte coincida con ese norte, pero, en el campo simbólico, el eje nodal lunar apunta hacia lo que significa el Sol Negro (en la escala esa punta se halla distante sólo 6 puntos).

Plutón no necesita demasiadas argumentaciones para justificar su presencia predominante en casos de muerte. De los cinco tipos de sinastría detectados, tres son trígonos (con Neptuno, Nodo Lunar Norte y Luna Negra natales) y hace una cuadratura con Saturno y un quincuncio consigo mismo; todo lo cual tiene su lógica simbólica pues el carácter positivo, renovador y revitalizador de Hades se aviene con todo lo que es ideal inconsciente de absoluto y de plenitud y topa con la resistencia del ego cristalizado que se defiende de la muerte. Por otro lado ¿se quiere más contradictoria tensión o quincuncio que la de Plutón sobre Plutón? Sobre ella hablaremos en su momento.

Tal vez extraña que el Sol, considerado luminaria «personal», sea un agente tan activo en los tránsitos de muerte, pero no se olvide que esa asignación se debe precisamente a que la personalidad encarna el origen del Espíritu, tenga el nombre que tenga éste en cada cultura histórica. El Sol, por tanto, simboliza aquí ese sobre-consciente espiritual que atrae, iluminador, a la persona muriente. Es notable comprobar que predominan por completo en su acción sinástrica las cuadraturas, pero, si éstas simbolizan los retos que el sujeto debe superar ¿no consiste en eso la muerte? Corroboraría esa impresión las 17 cartas en las que el Sol hace quincuncio con el Nodo Lunar Norte natal. A menudo el reto mortal es sumamente contradictorio con el proyecto ideal humano. Sin embargo, como en toda tensión de ese tipo, el mensaje solar ciega con su luz la sombría expectativa y acaba con aquélla.

Saturno es, como se sabe, el gran maestro de lo que se debe hacer. El especialista en formalizar las cosas nos demuestra lo razonable de la aceptación del destino moderando el exceso de vida, poniendo límite a ella con lógica rigurosa. Su cercanía al Sol en nuestra escala aproxima al sentido del mensaje espiritual el de su recepción posible cuando es el gran maestro el que lo comunica.

La Luna Negra en tránsito exige ir más allá de la vida y se asemeja al Sol Negro de nuestro análisis en el predominio de sus aspectos en trígono, precisamente con Neptuno y Plutón natales. Los astrólogos insisten en la estrecha relación existente entre Plutón y su instrumento, la Luna Negra, pero, como vimos, no es diferente, en sustancia, la misión de Neptuno.

Con Júpiter concluye el orden numérico de símbolos más activos en tránsito y con él podemos rubricar la unidad profunda que les vincula entre sí formando una estructura lógica. Júpiter, símbolo del poder espiritual, tiene ese carácter protector y consolador que le aproxima al Sol. Zeus y Apolo se solían confundir como confundimos el Espíritu con la divinidad. Júpiter, dios de dioses, resume con su presencia todo lo que nos evocan los anteriores símbolos actuantes en el momento de la muerte. El regente de Sagitario y Piséis vincula el Más Allá de ella a la Sabiduría.

Los nueve símbolos natales más afectados

Son, por este orden: Neptuno (10/190), Plutón (7/174), Marte (7/132), Urano (7/128), Nodo Lunar Norte (6/121), Nodo Lunar Sur (4/77), Sol (4/73), Saturno (4/70) y Luna Negra (4/69).

Hasta el quinto puesto de la escala, la coincidencia con la de los símbolos transitivos es prácticamente total. Los tres planetas exteriores (Neptuno, Plutón y Urano) y el Nodo Lunar Norte son en muchos casos los grandes protagonistas de las sinastrías, confirmando de algún modo la lógica interna del fenómeno. Tan sólo el Sol Negro desaparece para ser sustituido por Marte. El primero ni siquiera se encuentra entre los nueve natales citados, como si su función preponderante fuera la de confirmar la culminación objetiva de un deseo más que la experiencia subjetiva de la misma.

Marte simboliza en la carta natal la energía de la nueva vida. Es la vida como tal. Parece obvio que figure al lado y detrás de esa agua primordial (Neptuno) del *bios* y del aguardiente vital (Plutón) de la materia. Muy próximo a él, el nervio eléctrico de Urano, clave de la mente, y después, el Nodo Lunar norte o proyecto ideal de ésta. Estos cinco símbolos guardan, pues, la unidad del ser humano nacido, al cual afecta el momento del tránsito mortal. Los cuatro restantes parecen expresar, en su agrupada distancia del pelotón en cabeza, una lógica de la historia personal del sujeto.

El Nodo Lunar Sur es el tiempo cronológico, el pasado vivido, la vida en su desarrollo mientras dura. El Sol es la personalidad forjada existencialmente a lo largo del tiempo. Saturno, la estructura organizada de la persona.

Y la Luna Negra, el sentido o dirección que en si misma tiene la vida humana, conectada con el Universo, en espera del orto del Sol Negro para colmar su sed de absoluto, de ilimitada comunión con el Todo. Parece, por tanto, razonable que en la simbología sinástrica analizada sean estos nueve planetas y puntos zodiacales los más afectados por los transitivos y guardan entre sí unas relaciones también coherentes con sus significados tradicionales.

Las clases de aspectos

A - En el cuadro que recoge los aspectos más repetidos a partir de 16 cartas no se incluye ninguna conjunción, pues su máxima presencia se halla por debajo (13 cartas). Sin embargo, algo diré sobre su significación porque las sinastrías más repetidas, aunque pocas, me parecen sugerentes desde la perspectiva simbólica.

Es notorio el carácter ambivalente y ambiguo de toda la conjunción. En el caso de sinastría nacimiento-muerte, su mensaje tanto puede indicar armonía como conflicto, fomentando la capacidad de los símbolos para lo mismo indicar algo, que su contrario. Con todo, tienen siempre la lógica que la natividad supone y, así, cuando, como en este caso, los puntos natales más afectados son el Sol, Mercurio y el Nodo Lunar Sur, seguidos por el Nodo Lunar Norte y Marte, podemos pensar que la personalidad y la historia del sujeto, así como su proyecto y su energía vitales, están siendo claramente

afectadas por los tránsitos. Por otro lado, los puntos transitivos más repetidos son el Sol Negro y el Nodo Lunar Sur. Ya sabemos lo que simboliza el primero como «toque» de lo Absoluto que, en conjunción, se torna excepcionalmente expresivo. En cuanto al Nodo Lunar Sur, parece sensato concebirlo, cuando transita, como una de las formas de expresar el momento histórico de la muerte que pasa, en el sentido más temporal y coyuntural de la palabra.

B - Destaca en el cuadro el primer lugar que ocupan los trígonos (27 tipos de aspecto que, sumado al número de cartas en que aparecen, suponen la cantidad de 503) frente a los quincuncios (17/ 369), las cuadraturas (15/276) y las oposiciones (2/38).

Los trígonos, expresión de cómo «las cosas se resuelven solas», según Robert Hand, suelen considerarse aspectos «fáciles», que van de *soi*; símbolos de una armonía que, en el caso de la sinastría con el día de la muerte, parecen darnos una visión «naturalista», aceptante y realista de la vida humana y su fin. Pero, como veremos, son los símbolos en aspecto los que otorgarán un sentido más preciso y profundo a la obviedad citada. Sin excluir la dimensión natural que expresan, sino, todo lo contrario, identificándose con ella, algo quiere decir, sin duda, que el Sol Negro en tránsito crea una quinta parte del total de trígonos (103), seguido a distancia por los tres planetas exteriores (Neptuno, 67; Plutón, 66; Urano, 53), distanciados a su vez del resto en gran medida. De nuevo muestran su protagonismo los de siempre y de algún modo lo vinculan a un aspecto armonioso como es el trígono. La lógica natural de la muerte se integra así en la *sobrenatural*. La predominante presencia de lo Absoluto, de lo Ilimitado Amoroso, del Espíritu y de la Renovación, es predominantemente armoniosa como si esa cosa tan dura de morir se resolviese sola.

De ello daría fe Neptuno natal con sus 6/112 trígonos, seguido por el Nodo Lunar Norte (4/82) y, a distancia, los dos primeros de un resto aún más distante: Mercurio (3/55) y el nodo Lunar Sur (3/54). La armonía implícita en la suave disolución neptuniana, en los trígonos recibidos por el proyecto vital del sujeto, también puede vislumbrarse en la dimensión mercurial de éste, allí donde puede captar el mensaje de los dioses, y en el sentido de la propia vida vivida.

C - Las cuadraturas cuadran muy bien con el tema de la muerte, pero, en relación con ella, son aún más indicadores de un posible enfoque positivo de la misma. Hay más «fatalidad» en los trígonos, por naturales y «fáciles», que en las cuadraturas, que son auténticas hazañas de la libertad frente a la necesidad de los trígonos. Si es verdad que con ellas se expresa un choque, un obstáculo, los obstáculos que se han de saltar son la palanca del salto.

De los trece símbolos transitivos, siete presentan sólo un aspecto así (que en el conjunto de cartas correspondientes supone la cantidad de 117); dos, dos (67), tres, ninguno y uno (el Sol) cuatro (85), es decir, algo más de la tercera parte del total de 276 cuadraturas. Sabemos que el Sol expresa, entre otras cosas, el sentido del día, del momento mismo de la muerte que en ese día y no en otro se produce. Su mensaje primario es que ahora es el momento de morir. Se comprende bien que acumule tantas cuadraturas y si analizamos con que símbolos natales topa tal vez las entendamos mejor. En 25 cartas la cuadratura del Sol ocurre con el Urano natal. Justamente porque este planeta expresa el dios del cielo, gravado en el ser humano como principio de razón superior, el sujeto puede vivirlo también como racional endiosamiento de su ser y negarse a aceptar que el Sol apolíneo, simple bisnieto de Urano, le traiga el imperioso mensaje de su acabamiento. El ego se opone a su destino pero el reto no hará más que

confirmar su libertad de aceptación frente a la necesidad ineluctable que se le impone. La cuadratura, como un muro, está ante él para saltarlo.

D - Los quincuncios del cuadro estadístico trazado superan con mucho las cuadraturas (369 frente a 276) y es el Urano transitivo quien se lleva más de la cuarta parte (4/89), seguido de Neptuno (1/58) y el Nodo Lunar Norte (3/56). Tan sólo Saturno, mucho más lejos, cuenta con 27 en un solo aspecto con el Neptuno natal.

Ya hemos visto con detenimiento especial la significación del quincuncio, especie de síntesis entre la oposición y el trígono. Expresa muy bien, con más matización que las oposiciones (a la postre, meros complementos) la ambivalencia de la muerte objetiva-subjetiva y plantea el conflicto real sin conceder nada a una piadosa ontología del fenómeno. El hecho de que el quincuncio, en casos de muerte, no se resuelva más que a favor del astro o símbolo transitante no elimina el valor del conflicto, sino lo contrario: lógicamente, se pone de relieve primero la oposición (por ser esa la propia naturaleza del momento) y, luego, en segundo lugar, se expresa el trígono, porque, en efecto, las cosas que mueren se resuelven solas. El *fatum* de la muerte no expresa, pues, su propiedad esencial en la lógica de oponer la vida a la muerte ni en la naturalidad de que se imponga la segunda a la primera, sino en la *conjunción de opuestos*, en la unión constructiva de los extremos que pedía Sasportas. Es el «y...y» en vez del «o...o».

Parece, por tanto, plausible que el número de quincuncios sea superior al de cuadraturas por lo que tienen de analogía con el hecho mortal; tensión de tensiones, contrarios que, ónticamente, buscan su conjunción. En la muestra seleccionada, el dios del cielo concentra sus quincuncios sobre Plutón natal (35 cartas), Venus (19), Marte (17) y Júpiter (18) natales. La vida celeste o sobrenatural que implica Urano (dios de la Astrología) ¿cómo no iba a entrar en tensión con la vitalidad natural que expresan estos planetas personales, sustentados por la energía auto-renovadora de Plutón? Pero, asimismo, ¿cómo no armonizarse con ellos si en la persona expresan sus emociones, su inteligencia y su capacidad de transformación renovadora?

Que Neptuno, el gran protagonista de los tránsitos, forme quincuncios, cuando tan proclive es a los trígonos, puede extrañar. Pero sus planetas en tensión son Hades (con el máximo de cartas: 36), Neptuno (16) y Saturno (16) natales. No es tan extraño que el principio de disolución entre en conflicto con la vitalidad primaria de Plutón y con la coraza defensiva de Saturno, pero ¿y Poseidón contra Neptuno? Son muy pocas las cartas que recogen este enfrentamiento, pero la curiosidad obliga a una posible explicación simbólica que, de paso, ayuda a distinguir en el seno del siempre confuso y confusionario símbolo acuoso. No es lo mismo el Neptuno transitivo de la muerte que el Neptuno natal de la vida. El segundo es agua no siempre clara que impregna el cuerpo de la mente. Tarea objetiva del conflicto, del quincuncio, es precisar qué es fantasía turbia de agonizante y qué es su límpido espejo trascendental. La fusión con el Todo habrá de imponerse a la confusión con la Nada.

Esta hipótesis hermenéutica nos lleva de la mano a ese Saturno transitivo que forma una sola vez en 27 cartas quincuncio con... Neptuno precisamente. Era forzoso que el maestro conformador, el riguroso estructurador racional de las ilimitadas voluntades, pasiones e instintos humanos, haya de emplear su dialéctica para poner orden y lógica en la confusión del psiquismo.

E - Las oposiciones computadas son muy pocas: tan solo dos, que corresponden al Neptuno respecto al natal (19) y a Plutón en natividad (19).

Las oposiciones son consideradas actualmente por la Astrología, más que como aspectos trágicos e irreductibles entre símbolos opuestos, como índices

6. UN POSIBLE ROSTRO DE LA MUERTE

Los aspectos que vamos a interpretar -tan sólo los que considero más reveladores- constituyen, como dije en su momento, la base o núcleo esencial de un esquema simbólico descriptivo del sentido de la Muerte. Tal esquema pretendo que sea todo lo objetivo y universal que permite una concepción teórica del fenómeno como la postulada en páginas anteriores. La «arbitrariedad» de construirlo a partir de ciertos aspectos más repetidos en una muestra de horóscopos muy reducida y claramente seleccionada por afinidad simpatética forma parte de la única opción que la Astrología permite: transmutar lo cuantitativo en cualitativo, hallarle el sentido a las magnitudes sobresalientes, no por su dimensión extensa, sino por su «otra dimensión» pensante, valga la fórmula cartesiana. Aquello que sobresale en un conjunto no nos importa por su altura sino porque, al emerger, revela. Su cúspide es ante todo un índice, una señal, un mensaje digno de interpretación, pues algo quiere decir; para decir algo sobresale.

He titulado este capítulo *Un posible rostro de la Muerte* porque aquello que sobresale puede ser lo más evidente si la visión no engaña, si el hermeneuta no «ve visiones». Pero no se trata de una evidencia racionalista, sino de algo más sencillo. Cuanto más sobresalen las cimas de un terreno montañoso mejor se perciben a distancia, como si la agudeza de sus puntas aguzaran la visión del observador y fuera innecesario captar otro detalle que la concentrada pureza unitaria de la cumbre. Mientras que las laderas van perdiendo su visibilidad a medida que descienden y parece que, por eso mismo, nos interesan más sus detalles, los cuales, sin embargo, sólo percibiremos aproximándonos a ellos.

Algo similar ocurre con mi intento de interpretación de esa especie de cordillera que forman las cartas estudiadas y cuyos picos más elevados son para mí las señales más evidentes de lo que es ese fenómeno orográfico monumental que tengo ante mis ojos. Después, aún más prendido de «lo que me hablan las montañas», me acercará a sus faldas para captar los aspectos de un paisaje con más vegetación, riscos, veredas, grutas y hondonadas, sin las cuales las enhiestas agujas de allá arriba no podrían ser ni incitarnos a un conocimiento más rico de su totalidad: saber no sólo el qué, sino el cómo de ese ser que son. Si espontáneamente ha surgido en mí esta metáfora orográfica se debe tal vez a que el símbolo de la montaña se ha vinculado siempre al lugar sagrado de las grandes revelaciones (Moisés, Mann, Merton) y porque, si bien la palabra «horóscopo» proviene del griego ora (tiempo físico), su raíz es la misma que la de oros (límite, horizonte y, con declinación distinta, montaña). El verbo *oromai* significa ver, vigilar y, por extensión, comprender y saber. Ahora bien, no se olvide que el rostro de la Muerte que se me ha hecho evidente es uno de sus múltiples rostros. Yo he creído verlo en los aspectos «cimeros» de un grupo semialeatorio de doscientas personas.

Quincuncio de Neptuno en tránsito con el Plutón natal (37 cartas)

Neptuno se enfrenta con el espíritu de la Tierra. Algo de ésta (justamente el espíritu) busca su liberación renovadora y Neptuno le ofrece una salida no «traumática»: no la explosión del polvorín volcánico de Plutón, sino la sutil disolución de los lazos materiales mediante la conciencia de los complejos inconscientes que, emocionalmente, vinculan el espíritu humano a sus modestos pero queridos medios de expresión vital. Neptuno extrae el tesoro enterrado anegando el terreno donde yace y arrastrándolo hasta «la mar que es el morir». El acuerdo con Plutón, por mucha tensión que implique, tiene mucho de aceptación del dios del Hades porque, en el fondo de la tierra y de la carne

está el origen del Hombre, sus aguas ancestrales, que desde siempre esperan volver a su primer océano.

Cartas nº: 3-9-10-16-18-22-26-27-38-39-46-48-51-52-53-54-59-60-64-71-75-78-82-88-94-111-115-117-151-157-163-164-175-180-184-185-187.

Quincuncio de Urano en tránsito con el Plutón natal (33 cartas)

Enuncia una obviedad, ya que según la naturaleza del quincuncio, la tensión que expresa entre una energía espiritual que «aterriza» y aterriza y otra, terrestre radical, siempre a punto de estallar para expulsar impureza, es similar a un misil que cayera sobre un polvorín. Hay un acuerdo tácito entre Urano y Plutón en liberar el cuerpo humano y su espíritu de lo que ya ha cumplido su función en el proyecto cósmico. Pero ese apretón de manos es la Muerte y quien se ve estrechado en ellas (estresado, estrellado...) vive la íntima tensión de ser y no ser, vivir para morir, morir para vivir. La pura y sencilla condición humana.

La astrología suele interpretar este aspecto con idéntica sencillez. Se trataría de la enfermedad sin más, no siempre seguida de muerte. Por otro lado, sólo esas cartas en una muestra de 200 cuentan con este aspecto, pese a que muchos de sus protagonistas murieron por enfermedad, y, según la interpretación que acabo de hacer, no se habría mostrado en ellas este rasgo fundamental, definitorio, del rostro de la Muerte. Pero no ha de olvidarse que nunca pretendo hablar de la muerte física y que en Astrología y en Psicología profunda la muerte es un estado espiritual que puede ser cotidiano. Aquí me refiero a ese punto central ontológico, a esa cima significativa que es toda muerte en sí: el momento de un encuentro formidable y de un terrible acuerdo entre el Cielo y la Tierra, entre el Espíritu puro y el tesoro espiritual enterrado en el ser humano para que se cumpla su más hondo destino.

Cartas nº: 8-10-13-16-18-22-26-27-31-38-43-51-60-64-69-71-72-78-93-106-111-116-117-126-132-136-137-139-156-164-184-187-199.

Quincuncio de Saturno en tránsito con el Neptuno natal (27 cartas)

En este aspecto de las cartas el tenso acuerdo entre el Gran Maestro y mano del destino y el Neptuno natal tiene, no menos que en los casos anteriores, todas las características de una síntesis perfecta. Ahora es el dios de la ¡limitación el que abre sus compuertas cumpliendo las órdenes del más inflexible y riguroso señor del tiempo. El espíritu encarnado clama por su liberación de manera típicamente ambigua, en la que interviene el deseo de disolución en el Todo pero también el de no perder la individualidad lograda gracias a ese mismo Saturno que ahora parece exigir su final en nombre de una individuación, de un ser un sí mismo más pleno y real, con una nueva forma menos rígida y más luminosa. Neptuno y Saturno, tan diferentes pero tan complementarlos, exponen sus razones: las del corazón, que la razón inferior no sabe, y las de la razón superior, que comprende muy bien el oscuro objeto del deseo humano; ese objeto que Neptuno suele confundir porque no en vano el Hombre está hecho del material de sus sueños.

Cartas nº: 9-13-16-17-24-32-34-37-48-50-56-57-61-67-70-79-92-99-101-109-110-116-130-132-134-160-193.

Trígono de Plutón en tránsito con el Nodo Lunar Norte natal (27 cartas)

Si el Nodo Lunar Norte natal simboliza el proyecto espiritual mismo de la divinidad, grabado como una memoria en el cuerpo del ser humano, como un receptor de mensajes del origen remoto y brújula que señala el norte de su vida, ha de vibrar su aguja, exaltada, cuando Plutón (memoria-brújula él también, empotradas en la tierra como señal en ella del espíritu infundido en cada ser terrestre) utiliza su código secreto para comunicarle que si un día llegó el momento oportuno de nacer, llega, por fin, el momento de morir. Plutón señala ese momento porque obliga a la memoria del Nodo Lunar Norte a un *memento mori*, a recordar en su corazón que se nace para morir y se muere para resucitar, como canta el poema de Klopstock en la 2ª Sinfonía de Mahler, «Resurrección».

También el cante hondo se plantea este misterio:

«Cada vez que considero
que me tengo que morir
echo miradita al cielo:
Dios mío ¿"pa" que nací?»

La respuesta que da el Ave Fénix plutoniana es que el destino último del hombre se halla más allá de esta vida mortal y que, como dice el personaje de la novela de Giorgio Bassani, *El jardín de los Finzi-Contini*, «cuanto antes se muere antes se resucita». El descenso a los infiernos es para muchas culturas trámite necesario para la Ascensión futura. Nada de este mundo se pierde.

Cartas n°: 18-19-20-23-33-37-40-42-43-49-51-52-62-76-87-96-125-136-137-144-149-153-159-165-171-175-182.

Cuadratura del Sol en tránsito con el Urano natal (25 cartas)

¿Puede enfrentarse el dios del cielo, grabado desde la natividad del hombre, al Sol, hijo del Padre celestial, que envía el mensaje de éste para alumbrar al Mundo?

Urano en el natalicio representa, sin duda, la aspiración a retornar a la casa del Padre y es el símbolo reconocido de la Astrología como ciencia de la Razón superior que indaga ese camino de retorno. Su cuadratura, su retador encuentro con el sol que anuncia el día y la hora, el momento, de la Muerte -ese que nunca se sabe de antemano- parece un contrasentido más que una contradicción. Sin embargo, Urano a lo largo de la vida simboliza la rebeldía del espíritu a toda limitación intelectual, social y personal justamente porque es el núcleo motor de la marcha revolucionaria y renovadora de la Humanidad hacia el Reino del Padre. Su misma racionalidad superior es fría como la ciencia y en su propósito revolucionario, como recuerda el marxista «cálido» Ernest Bloch, aspira a acabar incluso con la muerte física. Paradójicamente, ese Urano natal puede reivindicar, frente al mensaje del Sol, su rechazo a la Muerte. De algún modo el ego más elevado del hombre, su dignidad históricamente alcanzada, se revela ante su destino y opone un último escepticismo «humanista» a un mensaje que sólo la fe-esperanza en un Más Allá de suprema dignificación (la más profunda capacidad intuitiva, no racional, de Urano) podría compensar.

Sin ánimo de ejemplo pero con afán explicador citaré la presencia de este aspecto en las cartas de cinco músicos: Bach (126), Wagner (130), Wolf (150), Scriabine (148) y

Rossini (156); dos poetas: Lope de Vega (132) y José M^a Valverde (136) y un filósofo de la ética y la política: J. L. Aranguren (133), a los que muy probablemente no les resultaría extraña esta cuadratura, de la cual algunos de ellos, por lo que me consta, fueron conscientes.

Cartas n°: 17-21-28-37-40-42-44-57-58-72-75-76-91-92-120-126-130-132-133-136-140-148-150-156-159.

Marte en quincuncio con el Sol natal (25 cartas)

La energía mortal y la personalidad del Yo entran en conflicto perplejo por la misma razón radical que enfrenta -en un plano forzosamente superficial- la Muerte a la Vida. El sujeto podría ser consciente, eso sí, de que está recibiendo un torpedo en la misma línea de flotación y de que esa conciencia es la única síntesis posible entre su persona y el hecho de morir.

Cartas n°: 5-39-48-51-57-73-74-78-80-84-86-87-93-98-112-115-129-140-155-160-168-169-185-190-199.

Plutón en quincuncio con Plutón natal (24 cartas)

Conflicto por excelencia entre el principio vital y el revitalizador. Morir para vivir no deja de ser una paradoja y la tensión dialéctica que implica se traduce en «enfermedad física». El cuerpo elabora su propia transformación en espíritu.

Cartas n°: 9-14-16-22-26-32-38-41-42-48-53-54-60-64-66-78-79-111-112-159-163-164-167-187.

Saturno en trígono con Plutón natal (23 cartas)

La Razón superior se reconcilia con el Inconsciente de forma plenaria, pues, siendo una y otro rostros de un mismo Jano, durante la vida se hacen mutuamente sombra. Sólo la Muerte desvela las muchas y muy buenas razones superiores acumuladas como un tesoro en el Inconsciente y sólo ella pueda convertir a Saturno en colaborante de la autodesintegración del «ego».

Cartas n°: 4-15-23-26-32-38-42-60-64-67-81-89-90-95-96-101-107-111-162-163-165-190-193.

Plutón en trígono con el Neptuno natal (23 cartas)

Activación del deseo de fundirse con lo Otro más vasto. La espiritualidad se moviliza.

Cartas n°: 32-40-41-42-49-54-61-66-85-89-90-95-114-129-153-154-178-182-183-185-186-191-195.

Quincuncio del Sol Negro en tránsito con el Nodo Lunar Sur (23 cartas)

La experiencia vital del sujeto ha acumulado con los años vividos una secreta desconfianza respecto a una realidad más allá de la muerte, proyectando así su realismo escéptico. ¿Habrá una trascendencia que redima todo mal? La inteligencia y la emoción, empero, se rebelan contra esa última injusticia que supondría la Nada como fin. El Todo, el Absoluto, resolverá esta contradicción.

Cartas nº: 30-44-59-67-72-77-81-84-82-88-89-114-124-134-142-156-163-173-178-181-183-196-199.

Luna Negra en quincuncio con Nodo Lunar Norte natal (22 cartas)

De algún modo se está forzando aquí el proyecto ideal del ser humano por parte del lazo singular que une al sujeto con la materia terrenal. Parece como si se provocara la muerte: una forma más o menos explícita del suicidio, es decir, de romper el nudo gordiano de una situación personal insoportable, autodestruyéndose con el instrumento plutoniano por excelencia que es Lilith.

Cartas nº: 30-44-59-62-77-79-81-82-84-88-89-97-124-134-142-156-163-178-181-183-184-196.

Trígono del Sol Negro en tránsito con Marte natal (22 cartas)

Lo Absoluto acoge amorosamente toda la energía desarrollada durante la vida y concede el premio merecido a quien se esforzó en ello. Como afirman los ángeles en el Fausto de Goethe: «A quien siempre se esfuerza con trabajo podemos rescatar y redimir»

Cartas nº: 2-5-25-50-56-58-76-77-91-108-117-120-126-134-135-137-149-153-154-155-177-180.

Trígono del Sol Negro en tránsito con el Júpiter natal (22 cartas)

Lo Absoluto, como casa del Padre, acoge a los hijos que en el fondo de su inteligencia emocional tuvieron fe en él, fuera cual fuese el nombre con el que le llamaron. Su sed de absoluto, reflejado en sus obras —a menudo fanáticamente perfeccionistas— se ve por fin saciada.

Cartas nº: 32-43-47-53-60-64-73-74-87-93-94-107-112-113-114-118-119-124-130-138-148-185

Cuadratura de Neptuno en tránsito con el Marte natal (21 cartas)

He aquí un conflicto sin atenuantes que, aun con presencia menor en las cartas, expresa un rasgo muy importante, por revelador, del rostro de la Muerte.

El Marte natal es la Vida en toda su energía egoísta y combativa. Es el apego al vivir, es la condición humana, terrestre y fogosa, que no parece necesitar más futuro que la inmortalidad física.

Ante fortaleza tal, las aguas de Poseidón (Neptuno) no poseen otra estrategia combativa que la conocida habilidad ilusionista, engañadora, mareante. La Muerte se disfraza de sirena, canta sus más seductoras promesas de felicidad sin fin e intenta que los ulises se ilusionen con una muerte paradisiaca o en todo caso adormecida, poblada de fantasías eróticas, confusión, letargo, inseguridad. Marte no podrá resistir y la vida escapará hacia un paraje incierto. Porque nuestra visión no puede tener la claridad que sólo se alcanza pasado el umbral que nos separa del reino «que ningún ojo vio». El intérprete se halla ante este aspecto tan confuso como se muestra Neptuno.

Sólo puede confiar en su propia energía para, pese a todo, seguir rasgando los velos con que se oculta el misterio.

Cartas nº: 1-2-8-12-30-31-62-70-79-91-92-95-102-106-121-124-127-134-137-140-181.

Nodo Lunar Norte en quincuncio con Plutón natal (21 cartas)

Al Plutón natal nada le sorprende, y menos el NLN, que es la esperada señal luminosa en el cielo, indicadora del momento en que ha de estallar. ¿Por qué, pues, el quincuncio? Éste es un caso en el que el acuerdo constructivo del «y...y» destaca más que el conflicto previo y permite al intérprete poner más el énfasis en la resolución del quincuncio que en su planteamiento. Como en todos los quincuncios, es revelador comprobar en qué signos se producen para entender mejor este aspecto concreto entre el NLN transitivo y Plutón. De las 21 cartas, el NLN transita en cuatro por Escorpio, Capricornio y Acuario (signos de alta espiritualidad) y tres por Sagitario (sabiduría y renovación) mientras que el Plutón natal está en Géminis (inteligencia comunicativa) 7 veces y 5 en Cáncer (Inconsciente).

Cartas nº: 3-6-7-8-9-10-14-23-29-54-56-83-88-104-111-123-130-175-179-181-192.

Nodo Lunar Norte en trígono con el Mercurio natal (21 cartas)

Mercurio expresa la vía solar de progreso y, por tanto, de algún modo puede identificarse con el Nodo Lunar Norte cuando éste transita sobre él. Dos mundos se enlazan en un mismo sentido. El sujeto podría vivir la Muerte con una conciencia clara de la síntesis que cabe entre el mensaje hermético grabado en su cuerpo y el momento de alcanzar el Norte.

Cartas nº: 2-9-25-27-46-49-54-60-68-71-77-78-88-99-116-126-160-167-171-191-192.

Marte en trígono con el Nodo Lunar Sur natal (20 cartas)

La Muerte y lo vivido espiritual se dan la mano.

Cartas nº: 10-12-19-54-55-64-74-80-87-101-102-109-115-117-118-123-162-166-178-193.

Júpiter en trígono con el Nodo Lunar Norte natal (20 cartas)

Parece imposible mayor identificación entre el destino personal y el mensaje de expansión sabia y celeste que trae la Muerte.

Cartas nº: 5-11-29-42-44-45-54-59-63-68-70-92-99-107-109-142-154-162-166-195.

Cuadratura del Sol en tránsito con Marte natal (20 cartas)

A primera vista se trata de un aspecto muy sencillo. El Sol es el día, el momento, de morir. La energía vital se niega con toda naturalidad. La muerte choca con la vida como ésta se topa con la muerte inevitable. Pero cabe una lectura más sutil. Las vidas que han sido combativas aborrecen la muerte porque no sólo se deja de luchar, de agonizar, sino que se sufre la máxima derrota. Para aceptarla sólo cabría ver el sol del día de la muerte como puro mensajero de otro sol distinto. El que la Muerte evocó en verso al poeta José Bergamín (carta nº 5):

«Sobre tus ojos cerrados
pondré mi mano de nieve
para abrirlos a otra luz,
a otro sol resplandeciente»

Cartas nº: 5-10-20-24-27-33-36-47-50-68-77-86-105-112-145-162-177-186-194

Cuadratura del sol en tránsito con la Luna Negra natal (20 cartas)

Expresa el enigma de la muerte. Cuando éste llega, el eje Luna-Sol negros se tensa como un mastín que oscila entre atacar o reconocer al amigo. El sol trae la prueba para la cual el eje ha estado preparando oscuramente al sujeto desde su nacimiento, diciéndole en silencio lo que Rubén Darío no pudo oír cuando escribía «Y no saber a dónde vamos ni de donde venimos». Ironía y sed de absoluto pugnan en el alma y el mensajero de la muerte halla ante él un ser que ama y no ama la vida, que rechaza y ansia la muerte.

Cartas nº: 2-13-22-43-59-60-69-73-84-88-90-94-95-98-119-130-134-139-147-168.

Cuadratura del Sol en tránsito con el Sol Negro natal (20 cartas)

Este aspecto, complemento del anterior, es, no obstante, mucho más duro en sí. ¿Qué grado de conciencia pura o hiperconciencia alcanzó en su vida el muriente para reconocer como amigo al Sol que aparece, tan luminoso que ciega la oscura llama de su Sol Negro natal? No bastan las creencias religiosas heredadas y asumidas. La Luna Negra natal no siempre acepta cortar el cordón umbilical que nos une a la tierra tan amada.

Las mismas cartas del aspecto anterior.

Nodo Lunar Norte en quincuncio con Marte natal (19 cartas)

La energía vital de Marte siempre es sorprendida por el «final de trayecto» implícito en la finalidad del proyecto humano. Pero la energía no se destruye, tan solo se transforma y, en definitiva, como siempre, el destino ideal (el NLN) se confunde con su instrumento característico: la muerte cotidiana de todo lo material para que la energía no cristalice nunca más de lo conveniente. Para seguir siendo energía viva.

Cartas nº: 4-8-9-30-33-37-70-73-77-81-82-84-99-103-107-127-171-183-188.

Urano en quincuncio con la Venus natal (19 cartas)

Venus en la carta natal no podría estar tensa frente a Urano si éste no viniese a demostrar que la equilibrada armonía en que la Muerte sorprende al sujeto no es nada si se la compara con el futuro sobrenatural que el dios celeste augura. El acuerdo, que superará este aspecto, no parece demasiado laborioso.

Cartas nº: 4-10-21-30-39-40-56-62-64-82-86-93-123-131-170-172-174-182-199.

Urano en cuadratura con el Saturno natal (19 cartas)

Es el aspecto inverso del nº 17, pero por eso mismo resulta ser de interpretación más sencilla. Cada planeta cumple su misión característica: Urano viene a bombardear la fortaleza saturnina. El «ego» salta hecho pedazos. Desde la perspectiva del sujeto puede considerarse éste, si se quiere, víctima de un Destino cruel.

Cartas nº: 3-11-21-24-40-57-67-69-86-87-90-113-131-156-162-167-169-182-190.

Urano en quincuncio con el Júpiter natal (18 cartas)

Aquí Júpiter no se reconoce fácilmente como hijo de Urano, si no es en su categoría de parricida. La «muerte del Padre» es fruto del endiosamiento del espíritu humano, olvidado de su origen por su propia capacidad de expansión y de autonomía. Una esperanza utópica de no morir el sujeto le otorga a éste un jovial escepticismo respecto a la victoria de Urano. Pero, por otro lado, hay tal incitación al Más Allá por parte de éste que el espíritu inteligente y viajero se siente tentado al acuerdo con lo más profundo de sí mismo. Situación, pues, en que el sujeto podría vivir una auténtica conversión espiritual en el momento de morir.

Cartas nº: 7-13-14-39-40-50-61-77-79-87-97-103-108-113-125-133-151-182.

Júpiter en quincuncio con el Urano natal (18 cartas)

En apariencia estamos ante el aspecto inverso (no contrario), pero aquí se pone muy bien de manifiesto el diferente sentido que adquiere un símbolo astral cuando actúa en tránsito o cuando -olvidado el que tuvo en un natalicio- ya figura, toda una vida personal, vinculado al sujeto.

Si con Urano en tránsito, Júpiter se permitía responder al mito teogónico griego de «muerte del padre», ahora, cuando el que transita es él sobre su progenitor, recibe la respuesta de un Urano tan confundido con su inteligencia divina que -al igual que su hijo en el caso anterior— se jacta de ser más racional que el Espíritu y se enfrenta, escéptico, al mensaje de una expansión espiritual que cree innecesaria por haberla alcanzado ya.

El conflicto se resuelve, sin embargo, igual que en el caso inverso. No puede haber contradicción insuperable entre el Padre y el Hijo. La conversión espiritual del sujeto no es imposible si su orgullo uraniano se somete a la radiante invitación de quien no puede ocultar que es su más fidedigno mensajero.

Cartas nº: 2-4-14-15-17-20-23-31-35-46-57-74-83-98-128-130-160-173.

Nodo Lunar Norte en trígono con el Neptuno natal (18 cartas)

Penetración en el misterio. Es el momento de abrir las compuertas del Inconsciente y sus vías de escape.

Cartas nº: 10-25-36-37-44-54-55-65-86-89-97-104-105-106-130-157-196-200.

Júpiter en trígono con el Saturno natal (18 cartas)

Encuentro entre lo que Alan Leo llamaba «alma personal» y «superalma». La Muerte es la expansión del Yo profundo. Al romperse las barreras que se inundan de luz, la sombra brilla. Todo lo acumulado se preserva y se recompensa, como canta Mahler en su Segunda Sinfonía, «Resurrección». El cuerpo resucita cuando muere y se transforma en luminosa carne para quien sepa verla.

Cartas nº: 10-26-32-34-36-41-50-64-70-86-87-99-126-138-139-162-164-198.

Venus en trígono con el Nodo Lunar Norte natal (18 cartas)

El cumplimiento del proyecto divino no puede mostrar mejor su condición armoniosa y amorosa.

Cartas nº: 12-15-21-33-36-41-42-46-50-68-91-107-125-129-151-158-160.

Urano en trígono con el Nodo Lunar Sur natal (18 cartas)

Si el Nodo Lunar Sur es el depósito espiritual, acumulado por el paso del tiempo, parece obvio este aspecto fácil y natural. Desde el sujeto supondría la súbita intuición sintetizadora del sentido de lo vivido como un don celeste, es decir, una honda certeza de que la Muerte es la culminación de un viaje de retomo al origen celestial de todo ser.

Cartas nº: 2-26-32-33-37-38-42-53-57-76-91-99-115-121-126-128-144-193.

Nodo Lunar Norte en cuadratura el Júpiter natal (18 cartas)

Máxima contradicción entre el cumplimiento del proyecto divino y el principio de expansión personal. La Muerte no se presenta con su faz de apertura a la plenitud, sino como aparente negación de toda esperanza.

Cartas nº: 9-30-44-54-58-62-66-67-81-84-107-120-137-144-163-175-177-184.

Luna Negra en cuadratura con Urano natal (18 cartas)

También aquí caben dos situaciones diferentes y me siento incapaz de escoger una como la más plausible. Si el Urano natal expresa la aspiración celeste y la Luna Negra se hace mensajera de una Muerte airada, casi ciega, como una explosión volcánica de la

que nunca sabremos los motivos aunque sepamos sus causas, entonces entre esa Lilith y ese Urano sólo puede haber malentendidos.

Pero si la Luna Negra transita como agente telúrico transformador, aguda visionaria del futuro del cuerpo, que ha de vivir su metamorfosis, entonces la cuadratura sólo se concibe porque el Urano natal expresa el racionalismo utópico rebelde de una supervivencia imposible por sí misma.

Cartas nº: 5-17-37-46-50-54-56-60-71-79-88-97-109-173-177-179-182-197.

Neptuno en trígono con el Mercurio natal (18 cartas)

Neptuno fomenta la natural comunicación con el mensaje esotérico. Inspiración y clara intuición. El sujeto comunica con su Inconsciente. En el cuerpo, los hemisferios cerebrales se unen.

Cartas nº: 8-9-18-27-39-52-56-62-64-89-91-106-159-160-167-169-175-180.

Plutón en cuadratura con el Saturno natal (17 cartas)

Aspecto bastante tópico pero muy clarificador. Plutón en tránsito derriba las fronteras -o al menos pretende derribarlas— que Saturno ha levantado con el paso del tiempo entre la conciencia y el Inconsciente. La sensación subjetiva podría ser muy bien la de un enfrentamiento trágico con un Destino exterior que llega en forma de enfermedad mortal. O se le halla sentido o uno es aniquilado. Cuando se da este aspecto es que él mismo simboliza tal aniquilación del sujeto que osó enfrentarse a Plutón.

Cartas nº: 9-10-12-23-27-62-64-73-79-81-82-91-135-139-142-147-179.

Neptuno en trígono con el Nodo Lunar Norte natal (17 cartas)

Adecuación exacta entre los dos principales momentos (principio y fin) de encarnación del proyecto divino en el sujeto. Plenitud del NLN natal.

Cartas nº: 3-7-9-15-45-50-55-65-72-89-104-110-123-131-153-167-181.

Venus en trígono con el Marte natal (17 cartas)

La armonía entre la Muerte y la energía vital se expresa en esta situación, la cual debe ser análoga a la de la experiencia subjetiva de morir. Venus aporta paz y tranquilidad suave que favorece a las energías declinantes como un bálsamo que ayuda a soportar la agonía.

Cartas nº: 20-21-31-33-37-42-49-76-83-90-93-105-110-140-141-145-196.

Urano en trígono con el Urano natal (17 cartas)

Vale la pena recordar que un aspecto así, tan esplendorosamente espiritual, se suele producir alrededor de los 28 y los 56 años de la vida. Si son momentos de ser el que somos, y más allá del papel convencional que desempeñamos en el Gran Teatro del

Mundo, con la muerte se proclama el ser más propio del Hombre: Sencillamente somos. Y Machado dixit: «desnudos como los hijos de la mar».

Cartas nº: 24-46-55-56-57-62-85-90-93-95-98-99-102-113-115-158-161.

Urano en quincuncio con el Marte natal (17 cartas)

Urano anima a afirmar la energía vital profunda dejando huella en la vida. Intentar sobrevivir físicamente puede enfermar aún más. Si Marte se revuelve contra su trascendencia, la energía se agotará de tanta excitación. Al fin y al cabo, la depresión ante-mortem es resistencia al cambio. El sujeto debería reconducir la agresividad agónica hacia una ilusión de trascendencia temporal y ¿por qué no? eterna.

Cartas nº: 21-28-37-40-43-49-53-58-73-83-94-106-165-166-168-169-182.

Neptuno en quincuncio con el Saturno natal (16 cartas)

La más paradigmática disolución de fronteras. Conciencia posible de lo limitado de la vida. Aceptación final de la Muerte como la gran liberadora.

Cartas nº: 2-23-33-42-49-54-66-82-83-95-99-107-114-118-120-193.

Saturno en cuadratura con el Urano natal (16 cartas)

Es difícil interpretar este aspecto como una crueldad filial racionalista que frena el sueño utópico de un Más Allá. Parece más consecuente ver al Gran Maestro enfrentado (como el Júpiter transitivo, en quincuncio con Urano, del aspecto nº 12) al endiosamiento uraniano del sujeto, que no acepta lo razonable de la Muerte y no ve en Saturno más que su rostro temporal, su cruel advertencia de que ya es la hora, como un hipócrita reloj de cuco.

Cartas nº: 3-23-24-31-56-66-68-70-97-106-107-122-137-146-147-173.

Luna Negra en trígono con el Plutón natal (16 cartas)

Lilith es la conductora catártica hacia la Muerte porque es el vehículo de Plutón. Saltan las represiones del Inconsciente. Su misión en la carta natal ha concluido cuando la muerte llega. Perséfone, Isis sin velo, virgen negra: cualquiera de sus rostros incita a perder el miedo a morir.

Cartas nº: 5-19-26-31-33-38-40-49-71-72-73-84-102-105-173-192.

Neptuno en trígono con el Nodo Lunar Sur natal (16 cartas)

Según algunos astrólogos, el Nodo Sur se vincula a Saturno (tiempo de vida vivida) y se representa por Urano en cuanto depósito de experiencia espiritual proveniente del Nodo Norte, representado por Neptuno. El equilibrio entre este planeta y el NLS natal expresa el acuerdo entre el proyecto divino y la vida que ha llegado a su fin.

Cartas nº: 21-26-30-32-33-37-42-43-52-57-75-91-96-144-149-175.

Saturno en cuadratura con la Luna Negra natal (16 cartas)

Rechazo de la Muerte. Incomprensión de su sentido porque es justo ese rechazo el que produce frustración y soledad. Hay un suicidio espiritual al negarle a la Muerte su mensaje de vida. Al no querer morir, se muere dos veces en una y, en caso de suicidio corporal, lo que se intenta probablemente es que la Muerte llegue tarde, pues nunca podrá matar a un cadáver.

Cartas nº: 5-20-23-38-39-47-62-75-78-103-112-115-121-128-155-193.

Saturno en trígono con el Sol natal (15 cartas)

Puente entre el ser y el no ser. Instinto de ser perdurable. Saturno cosecha la personalidad temporal y hace que perdure su obra. Victoria del yo pensante, inteligente, que comprende lo divino y acepta la ley natural justa. Devoción. Sabiduría paciente. Contemplación. Soledad profunda pero casi mística. La sombra es la otra cara de la luz.

Cartas nº: 9-15-32-39-42-45-54-79-93-105-108-109-162-164-176.

APÉNDICE N° 1

LAS 200 CARTAS SINÁSTRICAS

Carta

1. Miguel de Unamuno (27-9-1864/31-12-1936)
2. Antonio Machado (26-7-1875/22-2-1939)
3. Juan Ramón Jiménez (23-12-1881/29-5-1958)
4. Pedro Salinas (27-11-1891/4-12-1951)
5. José Bergamín (30-12-1895/28-8-1983)
6. Carlos Barral (1-1-1928/12-12-1989)
7. Jaime Gil de Biedma (13-11-1929/8-1-1990)
8. Rosa Chacel (3-6-1898/27-7-1994)
9. Graham Greene (2-10-1904/3-4-1991)
10. Elias Canetti (27-7-1905/14-8-1994)
11. Cesare Pavese (9-9-1908/26-8-1950)
12. Aurelia Capmany (3-8-1918/2-10-1991)
13. José María de Llanos S.J. (26-4-1906/10-2-1992)
14. Pedro Arrupe S.J. (14-11-1907/5-2-1991)
15. Juan N. García Nieto S.J. (9-7-1929/23-7-1994)
16. Antonio Polo (20-1-1907/1-3-1992)
17. Eduardo Vivancos (8-12-1922/30-11-1990)
18. Ignacio de Otto (23-5-1945/10-5-1988)
19. Fryderyk Chopin (22-2-1810/17-10-1849)
20. Gustav Mahler (1-7-1860/18-5-1911)
21. Enrique Granados (27-7-1867/24-3-1916)
22. Olivier Messiaen (10-12-1908/27-4-1992)
23. Kathleen Ferrier (22-4-1912/8-10-1953)
24. Lucía Popp (13-11-1939/16-11-1993)
25. Walter Benjamín (15-7-1892/26-9-1940)
26. Juan David García Bacca (26-6-1901/5-8-1992)
27. María Zambrano (22-4-1904/6-2-1991)
28. Emmanuel Mounier (1-4-1905/22-3-1950)
29. Louis Althusser (16-10-1918/22-10-1990)
30. Emiliano Zapata (8-8-1879/19-4-1919)
31. Francisco Franco Bahamonde (4-12-1892/20-11-1975)
32. Juan de Borbón y de Battemberg (20-6-1913/1-4-1993)
33. Willy Brandt (18-12-1913/8-10-1992)
34. Josep María Serra i Martí (14-11-1927/3-6-1991)
35. Antonio de Senillosa (25-4-1928/27-2-1994)
36. Francisco Fernández Ordóñez (22-6-1930/6-8-1992)
37. Manuel Broseta (13-10-1932/15-1-1992)
38. Marlene Dietrich (27-12-1901/6-5-1992)
39. Greta Garbo (18-9-1905/16-4-1990)
40. Bette Davis (5-4-1908/6-10-1989)
41. José Ferrer (8-1-1912/26-1-1992)
42. Burt Lancaster (2-11-1913/20-10-1994)

43. Ingrid Bergman (29-8-1915/29-8-1982)
44. Rita Hayworth (17-10-1918/15-5-1987)
45. Marilyn Monroe (1-6-1926/5-8-1962)
46. Grace Kelly (12-11-1929/14-9-1982)
47. Romy Schneider (23-9-1938/29-5-1982)
48. Xavier Cugat (1-1-1900/27-10-1990)
49. Mary Santpere (1-9-1913/23-9-1992)
50. Casto Sendra, «Cassen» (28-10-1929/4-8-1991)
51. Camarón de la Isla (5-12-1950/2-7-1992)
52. «Gato» Pérez (11-4-1951/18-10-1990)
53. Lluís Rull (21-6-1902/30-10-1990)
54. Lluisa Renom (8-7-1914/8-6-1994)
55. Gloria Miret (20-12-1930/13-1-1983)
56. Nissa Torrents (19-9-1937/19-10-1992)
57. Cristina Roviralta (4-2-1939/27-1-1993)
58. Teresa Muñoz (15-10-1941/18-8-1978)
59. José González Billón (2-12-1862/30-1-1946)
60. Adriana Casanova (11-4-1906/11-8-1993)
61. Josep Virós i Moyes (6-12-1905/25-1-1987)
62. Pancho Poveda Casanova (11-8-1963/10-4-1991)
63. Miren Goenaga González (3-12-1991/5-3-1992)
64. Severo Ochoa (24-9-1905/1-11-1993)
65. Lucchino Visconti (2-11-1906/17-3-1976)
66. Francis Bacon (28-10-1909/28-4-1992)
67. Marión Grópius (5-10-1916/22-4-1935)
68. Mayte Aguado (9-6-1931/27-11-1990)
69. Alejandra Vidal (7-7-1937/10-3-1988)
70. Luis Ocaña (9-6-1945/19-5-1994)
71. Gabriel Ordeig (4-8-1954/25-2-1994)
72. Ayrton Senna (21-3-1960/1-5-1994)
73. Josep Duran i Passola (30-1-1963/22-7-1991)
74. Santiago Udina i Abelló (20-1-1943/15-8-1994)
75. Alfonso Comín Ros (9-8-1933/23-7-1980)
76. Wolfgang Amadeus Mozart (27-1-1756/5-12-1791)
77. Johannes Brahms (7-5-1833/3-4-1897)
78. Rosa Galtier (10-3-1911/6-2-1995)
79. César Rodríguez, «César» (5-7-1920/1-3-1995)
80. Alfonso Grosso (6-1-1928/10-4-1995)
81. Charles L. Dogson, «Lewis Carroll» (27-1-1832/14-1-1898)
82. Carl Schmitt (11-7-1888/7-4-1985)
83. Ludwig van Beethoven (15-12-1770/26-3-1827)
84. Joan Maragall i Gorina (10-10-1860/20-12-1911)
85. Ovidi Montllor (4-2-1942/10-3-1995)
86. Johann Wolfgang Goethe (28-8-1749/22-3-1832)
87. Fernando Pessoa (13-6-1888/30-11-1935)
88. Pierre Teilhard de Chardin S.J. (1-5-1881/10[^]-1955)
89. Carl Gustav Jung (26-7-1875/ 9-6-1961)
90. Mariano José de Larra (24-3-1809/13-2-1837)
91. James Joyce (2-2-1882/13-12-1940)
92. Franz Kafka (3-7-1883/3-6-1924)

93. Gustave Flaubert (12-12-1821/8-5-1880)
94. Thomas Mann (6-6-1875/12-8-1955)
95. Friedrich Wilhelm Nietzsche (15-10-1844/25-8-1900)
96. Ludwig Wittgenstein (20-4-1889/29-4-1951)
97. Pablo Ruiz Picasso (25-10-1881/8-4-1973)
98. Vladimir Illich Oulianov, «Lenin» (22-4-1870/21-1-1924)
99. Santa Teresita de Lisieux (2-1-1873/30-9 1897)
100. Edith Piaf (19-12-1915/12-10-1963)
101. Cipriano García (26-9-1927/22-5-1995)
102. Humphrey Bogart (23-1-1899/14-1-1957)
103. George Gershwin (26-9-1898/11-7-1937)
104. Dionisio Ridruejo (12-10-1912/29-6-1975)
105. Malcolm Lowry (28-7-1909/ 27-6-1957)
106. Luis II de Baviera (25-8-1845/13-6-1886)
107. Elizabeth de Austria, «Sissi» (25-12-1837/10-9-1897)
108. Rudolf Steiner (27-2-1861/30-3-1925)
109. Jaime de Mora y de Aragón (18-7-1925/26-7-1995)
110. Francisco F. De Villavicencio (21-3-1923/7-9-1995)
111. Wilhelm Kempff (25-11-1895/23-5-1991)
112. Dane Rudhyar (23-3-1895/13-9-1985)
113. Ane Goenaga (4-7-1968/28-7-1995)
114. Alma Mahler-Werfel (31-8-1879/11-12-1964)
115. María Callas (3-12-1923/16-9-1977)
116. Néstor Lujan (1-3-1922/22-12-1995)
117. Gene Kelly (23-8-1912/2-2-1996)
118. Giuseppe Verdi (10-10-1813/27-1-1901)
119. Francisco Tomás y Valiente (8-12-1932/14-2-1996)
120. Friedrich Wilhelm Schelling (27-1-1775/20-8-1854)
121. Francisco de Goya (31-3-1746/16-4-1828)
122. F.L. von Hardenberg, Novalis (2-5-1772/27-3-1801)
123. Carlos Gardel (11-12-1890/5-2-1936)
124. Luís Carroño i Piera (24-8-1933/4-2-1996)
125. Adolf Hitler (20-4-1889/30-4-1945)
126. Johann Sebastian Bach (21-3-1685/28-7-1750)
127. Franz Schubert (31-1-1797/19-11-1828)
128. Gottfried Wilhelm Leibniz (1-7-1646/14-11-1716)
129. Piotr Ilyitch Tchaikovsky (7-3-1840/6-11-1893)
130. Richard Wagner (22-5-1813/13-2-1883)
131. Henri-Louis Bergson (18-10-1859/4-1-1941)
132. Félix Lope de Vega (2-12-1562/27-8-1635)
133. José L.López Aranguren (9-6-1909/17-4-1996)
134. Sylvia Plath (27-10-1932/11-2-1963)
135. Friedrich Hölderlin (20-3-1770/7-6-1843)
136. José María Valverde (26-1-1926/6-6-1996)
137. Alejandro González Bans (15-12-1906/12-10-1996)
138. Simone Weil (3-2-1909/24-8-1943)
139. Hans Blumenberg (13-7-1920/29-3-1996)
140. Vicenc Guarner (11-9-1893/23-1-1981)
141. Oriol Martorell (10-11-1927/24-8-1996)
142. Milena Jesenska (10-8-1896/17-5-1944)

143. Marcelo Mastroiani (28-9-1924/19-12-1996)
144. Giuseppe Dossetti (13-2-1913/15-12-1996)
145. Gabriel Fauré (12-5-1845/4-11-1924)
146. Xavier Virós i Galtier (28-9-1947/8-11-1996)
147. Joan Coromines (21-3-1905/2-1-1997)
148. Alexandre Scriabine (6-1-1872/27-4-1915)
149. Kurt Weill (2-3-1900/3-4-1950)
150. Hugo Wolf (13-3-1860/22-2-1903)
151. Margarita Galtier (22-2-1909/6-9-1997)
152. Miguel Fleta (1-12-1897/29-5-1938)
153. Artur Rimbaud (20-10-1854/10-11-1891)
154. Anna Mahler (15-6-1904/3-6-1988)
155. Charles Darwin (12-2-1809/19-4-1882)
156. Rossini (29-2-1792/13-11-1868)
157. Teresa de Jesús (28-3-1515/4-10-1582)
158. Manuel Rodríguez «Manolete» (4-7-1917/29-8-1947)
159. Joaquina Julia S.J. (10-9-1899/19-2-1987)
160. Miguel Ángel Blanco (4-5-1968/12-7-1997)
161. Pilar Miró (20-4-1940/19-10-1997)
162. William Faulkner (25-9-1897/6-7-1962)
163. Salvador Bacarisse (12-9-1898/5-8-1963)
164. Fernando Casanova Seco (10-12-1911/25-9-1997)
165. Fernando González Billón (19-8-1858/13-9-1949)
166. Josep M^a Pinol (9-9-1923/23-8-1996)
167. Ivés Cousteau (11-6-1910/25-6-1997)
168. Teté Montoliu (28-3-1933/24-8-1997)
169. J.A. Primo de Rivera (24-4-1903/20-11-1936)
170. Lady Diana de Gales (1-7-1961/31-8-1997)
171. Giordano Bruno (22-1-1548/19-2-1600)
172. Carlotta Valdés* (3-12-1831/5-3-1857)*
173. Robert Capa (22-10-1913/25-5-1954)
174. Benjamín Bonet Beltrán (30-3-1884/16-11-1971)
175. Beniamino Gigli (20-3-1890/30-11-1957)
176. Conxita Badía (14-11-1897/2-5-1975)
177. Charles Ivés (20-10-1874/19-5-1954)
178. Bruno Walter (15-9-1876/17-2-1962)
179. Leonard Bernstein (25-8-1918/14-10-1990)
180. Bruno Maderna (21-4-1920/13-11-1973)
181. Dimití Chostakovitch (25-9-1906/9-8-1975)
182. Herbert von Karajan (5-4-1908/16-7-1989)
183. Alfred Cortot (26-9-1877/15-6-1962)
184. Adriana Michelson (25-12-1954/3-4-1995)
185. Víctor González de Echávarri (20-1-1867/20-6-1946)
186. Jordi Massas i Guardiola (16-11-1927/30-7-1989)
187. Joan Grau i Arís (7-7-1912/11-2-1997)
188. Santiago Goenaga (8-9-1930/17-9-1993)
189. Dolores Galtier Fiera (13-9-1913/2-2-1986)
190. Fidel Galtier Alda (21-2-1871/4-2-1931)
191. Dolores Fiera i Arús (28-9-1879/21-4-1966)
192. Aav Evald (22-2-1900/21-3-1939)

193. Norman del Mar (31-7-1919/6-2-1994)
194. Morton Feldman (12-1-1926/3-9-1987)
195. Emil Hlobil (11-10-1901/25-1-1987)
196. Emmy Loóse (22-1-1914/14-10-1987)
197. Giulio Neri (21-5-1909/21-4-1958)
198. Jean-Pierre Ponnelle (19-2-1932/11-8-1988)
199. Jacques Singer (9-5-1911/11-8-1980)
200. Mario Zafred (21-2-1922/22-5-1987)

* "Me he permitido incluir la carta de esta persona (172) pese a que no me consta que haya existido nunca. Se trata de un personaje de ficción (del filme de Alfred Hitchcock *Vértigo*) cuyas fechas de nacimiento y muerte aparecen en un fugaz fotograma de su tumba. La lógica de la cana sinástrica es tan evidente que Carlotta Valdés tuvo que existir en realidad (¿o no?) y por eso la incluyo, como una más pero con especial emoción, en este estudio.

APÉNDICE N° 2

LO QUE ME DICEN UNAS CARTAS

Entre las doscientas cartas utilizadas para trazar un rostro comprensible de la Muerte ¿hay alguna o algunas que reúnan suficientes rasgos definitorios de ella como para hacernos la ilusión de que al contemplarlas estamos ante la misma Muerte desvelada?

Con la sencilla y tal vez ingenua técnica que he empleado para considerar significativos los aspectos más repetidos aunque fueran estadísticamente irrelevantes, he hecho lo mismo con las cartas que contenían el mayor número de aspectos analizados como rasgos definitorios del objeto de nuestra investigación. La carta n° 54 contenía 15 de ellos; la n° 9, 14; las n° 42 y 21, 13; y las n° 23, 37, 57, 62, 97 y 99, 10 aspectos respectivamente. Estos diez horóscopos contendrían la máxima concentración de rasgos significativos de la Muerte observada y, en cierto sentido, pudiérase decir que la expresan con mayor plenitud que las demás sin menoscabar ni alterar por ello el sentido particular que cada carta tiene.

Reconsiderar, es decir, «volver a consultar los astros» en latín primitivo (de *sidus*, estrella) estas diez cartas seleccionadas, con el conocimiento y la reflexión que se adquiere tras la tarea llevada a cabo con anterioridad, podría conducir a nuevas revelaciones. Por un lado permitiría tal vez comprender mejor el horóscopo del día de un fallecimiento. Por otro, quizás aportaría argumentos nuevos sobre la difícil cuestión que me planteé al principio: postulada la Muerte como un fenómeno objetivo que, no obstante, es inseparable de una experiencia subjetiva, ¿qué reacción o qué «colaboración» de forma consciente o inconsciente puede ofrecer la persona agonizante o incluso sorprendida por un acto mortal, súbito de la Muerte?

Me refiero a algo muy misterioso y sutil, ya que la conciencia puede verse alterada por las circunstancias que rodean el hecho y el Inconsciente no tiene en sí «conductas» ni pensamientos captables. Muchísimas veces ni el mismo protagonista del evento llega a saber lo que su Inconsciente experimenta y cuál es su íntima y secreta reacción.

¿Nos dará algo de luz la interpretación astrológica de algunas de las cartas antes citadas? Para saberlo habría que captar primero el sentido de cada carta, es decir la relación profunda que se da entre la biografía espiritual del sujeto y el encuentro final con la Muerte. Una vez logrado esto -cosa nada fácil- habría que deducir por los rasgos visibles de aquélla cuál parece ser la reacción subjetiva en alguno (o en ambos) de los dos niveles referidos. Ni que decir tiene que la interpretación corre el grandísimo riesgo de dejarse llevar por la fantasía y que cuanto pueda yo decir respecto a las cartas con las que trabajaré a continuación no pasa de ser un mero ejemplo de cómo puede uno aventurarse tanto, sin que me sea posible ni honesto extraer conclusión alguna.

Una primera aproximación tanteante puede ser ésta: las cartas seleccionadas por contener mayor número de los aspectos más reveladores coinciden parcialmente, por grupos de cuatro, en cinco de ellos: uno principal y los restantes, complementarios. Si relacionamos estas cinco experiencias de Muerte con las personas que las acogen podríamos intuir qué significado o sentido de aquéllas comparten éstas desde su ser individual, desde su vida que acaba. Se trata, como digo, de un experimento exploratorio. Lo objetivo se presenta ahora como común, y esta comunidad puede desvelarnos cómo la objetividad de la Muerte enlaza con la subjetividad de sus protagonistas. Si la prueba permite alguna deducción plausible, se podría avanzar en el análisis de la estructura de sentido de cada carta incluida en los grupos interpretados.

Las cartas nº 9 (Graham Greene), 37 (Manuel Broseta), 57 (Cristina Roviralta) y 99 (Santa Teresita de Lisieux) comparten Saturno en tránsito, quincuncio con Neptuno natal. La tensión que se expresa puede resumirse en un doble deseo inconsciente: de morir y de no dejar de ser uno mismo. Temer, en definitiva, la disolución a la que se aspira por si no queda nada de cuanto somos. En el plano consciente supondría una alta autoestima que busca perennidad y, por otro lado, un íntimo desdén por las cosas mundanas, que se ven como inevitablemente pasajeras y caducas.

No es difícil relacionar este aspecto con el amoroso entregarse a una muerte joven por parte de Teresita de Lisieux, llevada por su deseo místico de fusión con la divinidad, pero creyente cristiana en la inmortalidad personal y en la resurrección de los cuerpos.

De Graham Greene sabemos su larga vida acumuladora de escepticismos, frustraciones y depresiones, aunque también de afectos profundos y fidelidad a nobles causas. Su fe religiosa no era ciega. Su fatiga vital era grande. Pudo morir perplejo sin saber si descansaba para siempre o sólo era dormir en vísperas de un nuevo viaje a un lejano país.

Cristina Roviralta, amiga personal mía, sufrió hacia los cincuenta años un cáncer al que no pudo vencer pese a su enorme entereza y férrea voluntad. Sé de su fe religiosa tradicional. Amaba la vida pero sabía dejarla. Como tantas personas que mueren jóvenes no quería morir pero creía en un Más Allá personalizado.

Manuel Broseta, político y universitario, compañero y amigo mío, asesinado por un etarra de un tiro en la nuca, no tuvo tiempo material de saber lo que le ocurría pero era inteligente, intuitivo y de rápida comprensión. No sé lo que esperaba tras la muerte. Como tantos había crecido creyente y, a menudo, la mente deja de ser crédula para que el Inconsciente pueda seguir creyendo en lo fundamental.

Las cartas nº 21 (Enrique Granados), 37 (Manuel Broseta), 42 (Burt Lancaster) y 57 (Cristina Roviralta) comparten dos aspectos: Cuadratura del Sol en tránsito con el Urano natal y Trígono de Neptuno en tránsito con el Nodo Lunar Sur natal. El primero ya fue interpretado y a continuación se citaban excepcionalmente a personajes (músicos y poetas famosos, profesores muy conocidos) que «entonaban» con dicho aspecto: la dignidad humana puede revelarse ante la muerte, la propia autoestima protesta, por mucha fe religiosa que se tenga... o se crea tener.

En este aspecto me cuesta menos penetrar intuitivamente en la reacción consciente y/o inconsciente de Cristina y de Manuel: la crueldad del cáncer y del disparo en la nuca en plena juventud madura implica en ellos, personas sobresalientes y justamente orgullosos de sus méritos, un rechazo profundo desde el fondo del ser. ¿Y qué decir sino lo mismo de Enrique Granados, ahogado a los 50 años y en plena fama musical, al naufragar el navío en que viajaba por un torpedo alemán durante la I Guerra Mundial?

Del gran actor cinematográfico Burt Lancaster lo ignoro casi todo. No sé si valdrá como interpretación mía la que él hizo del Príncipe Salina en «El Gatopardo» de Luchino Visconti. La silenciosa protesta, ante una copia del cuadro de Grenze «La muerte del justo», del profeta de una decadencia que él considera injusta encontró en la mirada de Lancaster una expresión que sólo podía surgir de alguien muy identificado con su papel.

El segundo aspecto compartido por estas cuatro personas indica el acuerdo armonioso entre el proyecto divino para la persona y el momento oportuno de culminarlo a través de la muerte. Todo lo positivo acumulado en la vida se torna corona fúnebre, pero no de despedida, sino de reconocimiento y exaltación. Léanse los comentarios luctuosos con motivo de la muerte de Granados, Lancaster o Broseta o recuérdense por quienes la conocimos las palabras que tantos amigos dedicaron a las virtudes de Cristina Roviralta para comprender que las buenas o bellas obras de la vida son conservadas y ensalzadas

por la Muerte y que es ella quien les otorga también una eternidad dentro del tiempo futuro y en la memoria de las gentes.

Manuel, Cristina y Burt comparten con la joven monja de Lisieux el aspecto de Urano en tránsito, trígono con el Nodo Lunar Sur natal. Para el amigo de uno y otra y admirador del tercero no cabe mayor consuelo que imaginar vivida por ellos de algún modo esa coronación interior que supone intuir que la Muerte premia el sentido profundo de una vida dedicada primordialmente a la Verdad, el Bien o la Belleza. Y en esa intuición serían tan santos como Teresita.

Por último, el aspecto quincuncio de Neptuno en tránsito con el Saturno natal es compartido por las cartas de Teresa, Lancaster, Kathleen Ferrier (la gran contralto desaparecida a los 39 años en la plenitud de su arte) y mi anciana amiga Luisa Renom, muy ligada a Cristina Roviralta. Este aspecto dijimos que simbolizaba la más paradigmática disolución de fronteras y la final aceptación de la Muerte como la gran liberadora.

En Teresa, la mística, parece obvio este aspecto y oyendo la última interpretación de la Ferrier del final de «La canción de la tierra» de Gustav Mahler, pocos meses antes de morir de cáncer, uno intuye la dolorosa pero resignada esperanza de Kathleen en un ewig que no se acaba nunca, interminable como en las notas suspendidas de dicho final. Por otra parte, recuerdo la serena alegría de Luisa Renom unas horas antes de su muerte y sé que el gran actor americano murió plácidamente, tras penosas vicisitudes (como Luisa) que culminaron en una parálisis de medio cuerpo. Poco tiempo atrás, había dicho: «Cuanto más viejo me hago más se me abre la mente». ¿Fue Neptuno quien le agrietó los muros de Saturno?

APÉNDICE N° 3

LAS SIETE CARTAS MÁS REVELADORAS

De las diez cartas utilizadas en el Apéndice n° 2 para explorar su particular comunidad en el mayor número de aspectos compartidos por la muestra total he seleccionado siete: las cuatro más nutridas, que son las n° 54, 9, 21 y 42 (con 15 y 14 aspectos respectivamente las dos primeras y 13 las dos últimas) y, dentro del grupo restante (6 cartas con 10 aspectos cada una), las tres que, una vez analizadas en detalle, me han parecido, junto con las anteriores, más explícitamente significativas para la pedagogía de este trabajo: las n° 23, 97 y 99.

Se trata con ellas de intentar una aproximación a lo que he llamado encuentro entre el muriente y la Muerte, fundamento del misterioso sentido de ésta y momento plenario del destino humano. En estas cartas, que muestran el mayor número de rasgos «universalizables» de la Muerte objetiva, también encontramos otros, menos repetidos pero, a menudo, comunes a muchas otras de la muestra, con los cuales se acaba de configurar la estructura que expresa el sentido simbólico de la integración Muerte universal-muerte propia.

Para interpretar estas siete cartas se han tenido en cuenta, a parte, claro está, de sus aspectos, aquellos datos de la vida, la obra y la muerte de sus protagonistas que pudieran guardar alguna analogía plausible con lo que el sentido astrológico de su carta parece indicar. No he de reiterar por sabido que toda interpretación —y más la mía, que no puede sustentarse en una experiencia superior a las mil cartas— puede resultar arbitraria o fantasiosa. He hecho todo lo posible por superar el capricho o el exceso de imaginación. En cuanto a los datos aportados para hacer más convincente y comprensible la interpretación, son los más conocidos en general, si bien, yo ignoraba algunos hasta que los supe, y tal vez le ocurra lo mismo a algún lector.

En el caso de la primera de las cartas, que corresponde a mi amiga, la señora Luisa Renom García, la información no puede ser más directa, y se me deberá hacer confianza respecto a la misma. El hecho de que, de nuevo coincida un gran afecto mío con una carta relevante y altamente reveladora -nada menos, esta vez, que la mayor de todas según mi método selectivo- no ha de influir, espero, en la interpretación, más allá de esa capacidad intuitiva que el eros ha demostrado tener.

Las siete cartas se han escogido, en último término, porque muestran, según creo, un diálogo con la Muerte que las convierten en paradigma de situaciones arquetípicas y, por tanto, muy comunes. Así la carta de Luisa Renom expresaría la ambivalencia de ese diálogo; la de Graham Greene, su nexo con la esperanza humana; la de Enrique Granados, la relación entre agonía y paz; la de Burt Lancaster, el acogimiento de la muerte; la de Kathleen Ferrier, la protesta de la vida; la de Teresa de Lisieux, la felicidad del alma, y la de Pablo Picasso, la plenitud de la materia.

Luisa Renom García **(8 de julio de 1914-8 de junio de 1994)**

La abundancia de cuadraturas y quincuncios frente a los triángulos indica predominio del conflicto sobre la armonía. De entrada, dos oposiciones plantean claramente el momento de una transformación radical. Saturno transita por Piséis opuesto a la conjunción Marte-Nodo Lunar Sur en Virgo. La energía vital y el espíritu de servicio sacrificado de Luisa, demostrado ampliamente por su larga dedicación a su marido y a

su hija, enfermos de una misma dolencia cerebral grave, son convocados al sacrificio final de la propia vida, asaltada por un prolongado cáncer, descuidado al principio por cuidar a su hija y detectado a la muerte de ésta, seis años antes. Por otra parte, Urano y Neptuno conjuntos en Capricornio se oponen a Neptuno y Mercurio natales en Cáncer, indicando así que dicho sacrificio es la culminación de un profundo deseo espiritual arraigado en la psique. Pero dos conjunciones expresan la promesa de que el último sacrificio es también culminación amorosa de una vida entregada a los demás. El mismo Saturno transita conjunto al Nodo Lunar Norte natal como mensajero del proyecto divino y Venus se sitúa entre el Sol y el Neptuno natales en Cáncer.

El conflicto, con todo, se presenta con mucha dureza y es un buen paradigma de toda muerte. La enfermedad se refleja en los quincuncios de Plutón y Urano con el Plutón natal y la cuadratura entre el NLS y Venus en Leo.

La ambivalencia que caracteriza esta carta se perfila primordialmente en los quincuncios entre el Plutón natal y los tránsitos de Neptuno en Capricornio y el NLN en Escorpio, indicadores de tensión entre la vitalidad y la disolución, un «sí, pero no» a la muerte. A esto se añade el quincuncio de Neptuno con el Saturno natal: resistencia del Yo a dicha disolución.

Junto a estos quincuncios aparecen en la carta otros siete que confirman los anteriores. Nótese lo significativo de sus grandes activadores en tránsito: la doble pareja de Urano-Neptuno en Capricornio y de Plutón-Nodo Lunar Norte en Escorpio. La primera «quincecea» con Venus en Leo y combate con la brillante energía de Luisa, que hasta su mismísimo final practicó un humor irónico y divertido. La segunda pareja forma cuadratura con Júpiter en Acuario (altiva independencia) y también con Venus.

El resto de los quincuncios, apoyados por diversas cuadraturas dibujan el cuadro de una fuerte resistencia a la muerte, tanto física como mental.

El quincuncio entre Urano y el Saturno natal en Géminis, completado por su cuadratura con la Luna Negra y el quincuncio que con ésta forman Plutón y NLN en tránsito por Escorpio, expresa la resistencia del sentido realista y práctico de Luisa y de su poderosa materialidad al mensaje «utópico» de un Más Allá restaurador del sufrimiento padecido. Una frase suya, llena de humor, habla mejor que cualquier símbolo: «Sí después de la muerte no hay nada, Dios me va a oír».

La resistencia llega al punto de considerar con escepticismo el «consuelo» de Venus, al estar en quincuncio exacto con el Júpiter natal en Acuario, y a dudar del mensaje transformador, tal como parece indicar el Eje Nodal Lunar en cuadratura con el mencionado Júpiter y la del Júpiter transitivo por Escorpio con el Urano nativo. En definitiva: una personalidad fuerte se resiste a morir, desea según-viviendo pese a la enfermedad y con ello confirma su propia energía innata, sobradamente ejercida durante su larga existencia.

Frente a tal poder de resistir se alzan suavemente diez trígonos de la carta, indicadores de una fuerza equilibradora que acabará venciendo a aquél.

El principal símbolo lo constituye el trígono formado por Plutón-NLN en Escorpio con Neptuno-Mercurio en Cáncer. Se trata de un gran deseo de fusión con el Todo, que en el caso de Luisa, tenía un nombre: su hija Alejandra. La sinastría de sus cartas natales y mis muchos años de amistad con ambas confirman su estrecha unión, a la que tantas veces invocaba Luisa para reconocer que su deseo de morir no era otra cosa que el deseo de recuperar a su hija.

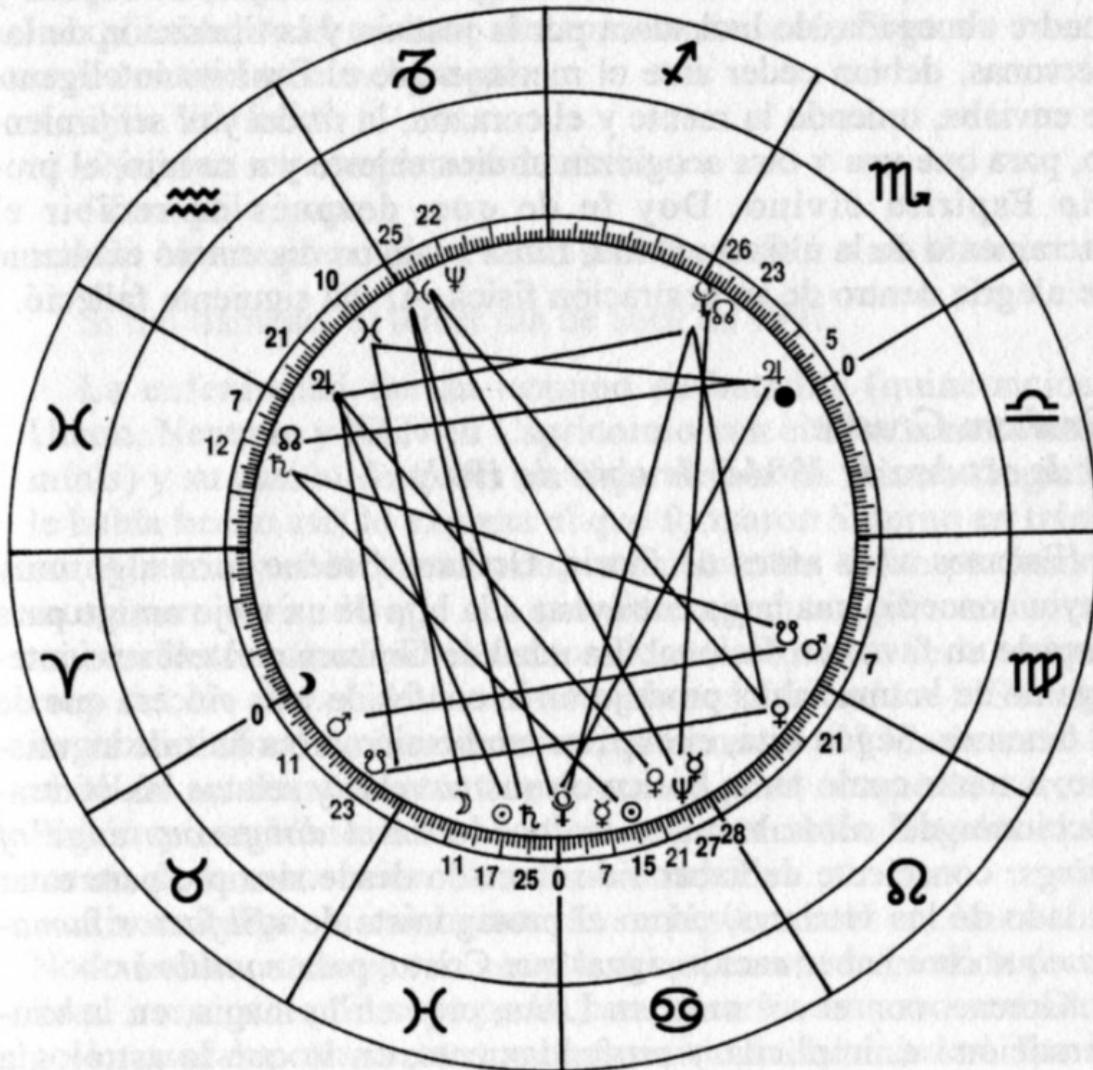
El trígono citado, especialmente por lo que afecta a Mercurio natal, y el que forma Júpiter en tránsito por Escorpio con el Plutón natal en Cáncer dan una clara idea de la capacidad instintiva de Luisa para creer en un Más Allá de la Muerte, como, en efecto, reflejan cinco trígonos más.

El deseo de recuperar a su hija se presenta, pues, paralelo a la capacidad de creer en dicha recuperación. De ello parecen dar cuenta el trígono entre Júpiter transitivo y el NLN natal (el destino de Luisa es ser acogida por el Espíritu y éste conecta bien con su vitalidad) y el que forma Saturno con el Sol natal para indicar que el mensaje espiritual de la Muerte conecta con su psiquismo básico. Psiquismo que siempre fue algo vivido por ella y al que la muerte no puede asustar (trígono Marte-NLS natal) porque, al fin, las dos fuerzas en pugna, la de la vida y la de la muerte, se reconcilian en una sola: la misma (trígono del Marte mortal con el Marte natal).

Como colofón positivo de la fuerte ambivalencia que expresa la carta de Luisa, entre resistencia a morir y deseo de renacer para volver a estar con los suyos, el Sol y la Luna de la hora de su fallecimiento, conjuntas en Géminis, formaron también trígono con los planetas que, en la carta natal de Luisa, simbolizan precisamente los pilares psíquicos de su resistencia a morir: Júpiter y Urano en Acuario. Su fuerte personalidad, su orgullosa independencia, que tanto habían hecho a favor de su dignidad de mujer, de esposa y madre abnegada, de luchadora por la justicia y la liberación de las personas, debían ceder ante el mensaje que el Espíritu inteligente le enviaba, uniendo la mente y el corazón, la razón y el sentimiento, para que una y otra acogieran al dios celeste y a su hijo, el propio Espíritu divino. Doy fe de que, después de recibir el sacramento de la última unción, Luisa vivió un día entero exultante de alegría dentro de su postración física. Al día siguiente falleció.

LUISA RENOM GARCÍA

(8 de junio de 1914 - 8 de junio de 1994)



Graham Greene **(2 de octubre de 1904-3 de abril de 1991)**

Escasos años antes de morir, Graham Greene hizo algo muy suyo: concedió una larga entrevista a la hija de un viejo amigo para hacerle un favor profesional. La edad de Graham o el encanto inteligente de la muchacha produjeron la confesión más sincera que de él tenemos. Según ésta, el escritor tendió siempre a huir de sí mismo, a tratar como tema básico en sus novelas y relatos las contradicciones del alma humana, colocado en el *dangerous edge of things*; consciente de haber sido llamado desde siempre para estar al lado de las víctimas, como el protagonista de «El factor humano» que cree haber nacido, igual que Cristo, para equilibrar.

Greene, con el sol natal en Libra, cree en la magia, en la «superstición» e, implícita y profundamente, en lo que la astrología consiste. Reconoce que su vida se ha ido transformando de manera radical por acontecimientos sobrevenidos «sin que hubiera ninguna razón lógica para que lo hicieran». En el laberinto de su vida percibe hilos directores que se devanan bajo la vigilancia de un poder superior, que es el de conocer el porvenir que el hombre tiene la posibilidad de forjar. Considera que ese poder inexplicable es un dios misterioso cuya presencia no siente muy vivamente pero tienen la esperanza de que nunca deje de acosarle tras sus talones. Sería para él una bendición experimentar la fe de forma permanente pero eso no le ha ocurrido nunca. Incluso, con la edad, parecen dominar las dudas, pero para él la fe está por encima de la creencia y declara que mantiene la suya pese a sus largos períodos de incredulidad. Los mismos errores que comprueba en la Iglesia católica jerárquica «han reavivado en mí súbitamente una fe profunda en lo inexplicable, en el misterio de la resurrección de Cristo».

La entrevista concluye así:

-¿Es Vd. feliz?

—No creo ser completamente feliz.

-Tranquilo, pues.

-Sí. No me preocupo. Pronto seré llamado... o no lo seré.

Sí fue llamado: el tercer día de abril de 1991.

La enfermedad fue su «campo de batalla» (quincuncios de Urano, Neptuno y NLN en Capricornio con el Plutón natal en Géminis) y su pasión de morir sin dejar de ser él mismo (Inglaterra le había hecho así) lo expresa el que formaron Saturno en tránsito por Acuario y el Neptuno natal en Cáncer. Su deseo profundo de morir para vivir, de que «el que pierde, gana» (quincuncio entre ambos Plutones) se vio atormentado con el temor de la aniquilación del Yo por el destino mortal (su «ídolo caído»). Sin duda, llegaba al «final de la aventura» (quincuncio del Marte natal con el NLN en tránsito por Capricornio) pero el que trazaron su Plutón y ese Nodo Lunar indicaba que también llegaba el momento de la renovación, de «una cierta vida».

Sin embargo, la cuadratura de su Júpiter natal en Aries con el Nodo Lunar citado era un aspecto desesperante de pérdida de vitalidad irreversible. El suyo podía considerarse «un caso acabado» y no le quedaba otra tarea que el «ministerio del miedo». Por otra parte, la esperanza de una gloria literaria póstuma no podía entusiasmarle. No existe el Premio Nobel en la otra vida. Un mínimo «sentido de la realidad» le dice que la tensión entre «el poder y la gloria» se inclina siempre a favor del poder y él lo ha perdido ante la Muerte. No en vano el Sol en Aries quincuncea con su NLN en Virgo y hace cuadratura con su Neptuno en Cáncer mientras que su Urano en Sagitario forma quincuncio con el Júpiter transitante de Leo y el NLS que recorre Cáncer. Su energía

literaria (Marte en 0° de Virgo) también se halla en quincuncio con Saturno, transite de Acuario, que no parece reconocer la universal trascendencia de sus libros, pese a su preocupación por la mejores causas de la Humanidad (Saturno acuariano) y que, para mayor inri, recibe la cuadratura de Venus en Tauro. ¿Qué esperanza puede mantenerse si, en resumen, su Sol natal en Libra se halla en oposición al tremendo Sol en Aries del día de su muerte?

Pero esa muerte desesperada no puede desesperar al autor de «El revés de la trama». En «Vías de escape» Greene había dicho: «La imaginación de un escritor, igual que el cuerpo, lucha contra la muerte sin dejarse persuadir por la razón».

Intuir «el revés de la trama» vital es tener conciencia de que morir y no morir es un mismo destino (trígono entre el NLN que transita por Capricornio y su Mercurio en Virgo). Surge la paz interior ante la Muerte (trígono de Venus natal con el Marte transitivo). Es el Mercurio en Virgo el que, al hacer trígono con Neptuno, conjunto al NLN y a Urano (los tres transitantes capricornianos) le comunica con el inconsciente, su «universo secreto» y le otorga una inspirada intuición de recibir el mensaje. Neptuno será su «vía de escape» y su «agente confidencial». El trígono que con él forma su Nodo Lunar Norte le asegura una plenitud de destino. El «otro es su doble». Lo que cuenta es, ante todo, ese «factor humano» que es trasunto de una humanidad radicalmente transformada.

La esperanza de Greene tiene unos indicios complementarios. Venus en Tauro forma trígono con la conjunción natal de Nodo Lunar Norte, sol Negro y Mercurio en Virgo. Su obra es acogida amorosamente y asegurada en lo eterno.

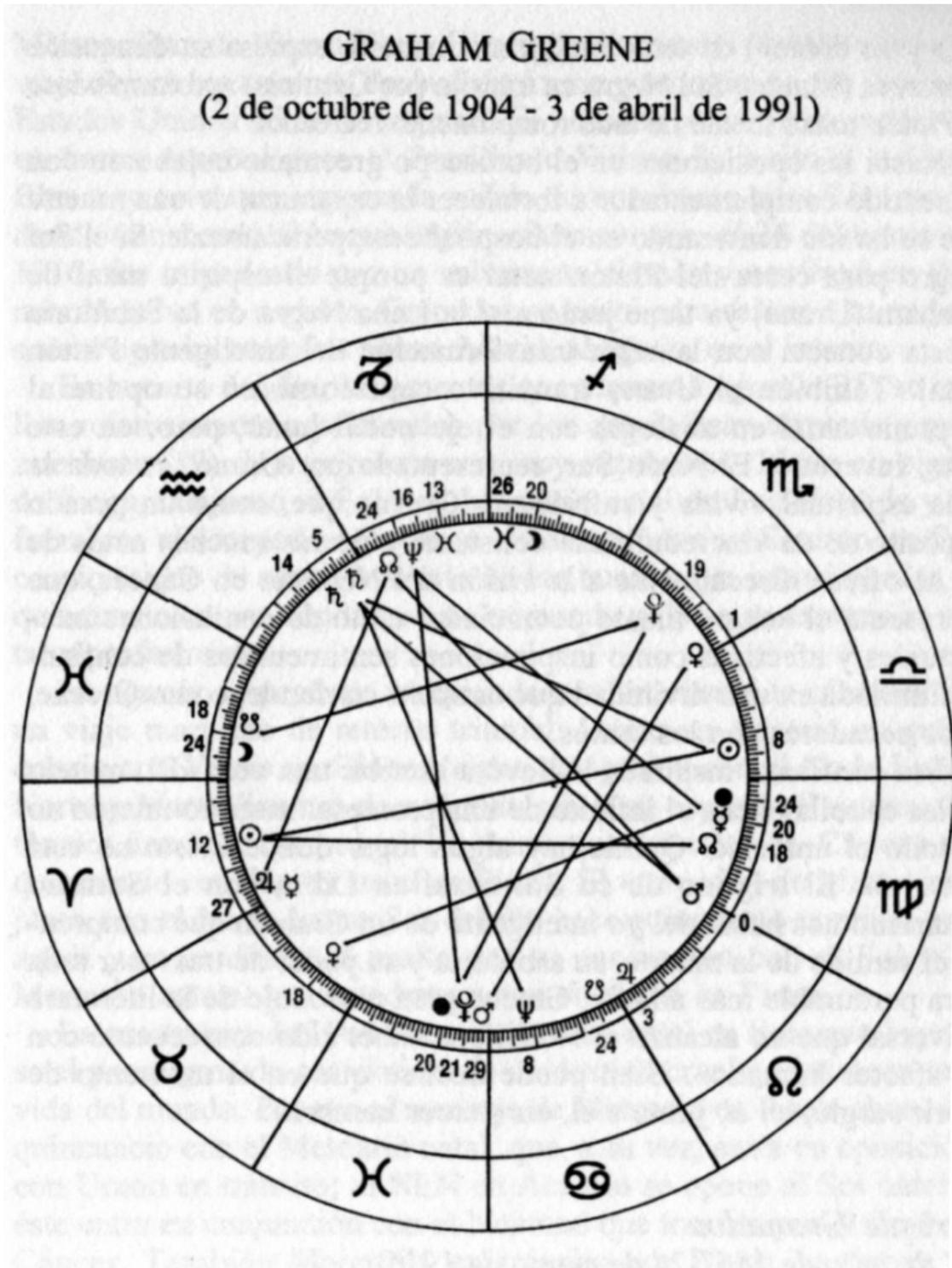
Su amor a toda la Creación y su radical unión a ella tendrá su perpetuación más allá de su reino (trígono del conjunto NLS-Luna Negra en Piséis con Plutón en Escorpio).

Su inspiración religiosa y justiciera (Urano en Sagitario) y la inspiración literaria a su servicio (Marte en Virgo) concuerdan con la inspiración hermética primordial (Mercurio en tránsito por el final de Aries). No por azar ese mismo Mercurio coincide con el Júpiter natal casi exactamente y la Luna Negra transita cerca del Urano sagitariano natal. La misma Muerte, que rompe la dualidad («el otro y su doble») de toda inteligencia natural, expresa su dimensión rupturista (Marte y Sol Negro en tránsito por Géminis) aproximándose al Plutón natal, fuente de todo rompimiento recreador.

Hasta las oposiciones en el horóscopo greeniano colaboran con su sentido complementador a fortalecer la esperanza de una muerte que se ha ido demorando en el hospital desesperadamente. Si el Sol Negro pasa cerca del Plutón natal es porque el espíritu natal de Graham (Urano) ya tiene junto a sí la Luna Negra de la Sabiduría y ésta conecta con la sabia transformación del Inteligente Plutón natal. También el Urano transitivo capricorniano se opone al Neptuno natái en analogía con el eje nodal lunar, pero, en este caso, invertido. El Nodo Sur, representado por Urano, es toda la vida espiritual vivida y sufrida por Greene que, como un pesado depósito de su «incredulidad» constante y de sus muchos actos de fe, se ofrece directamente a la visión del Neptuno en Cáncer, que representa el «chip» innato potenciador tanto de confusiones intelectuales y afectivas como inspiraciones sentimentales de confianza ilimitada en una divinidad que también confunde, como Greene, a los pecadores con los santos.

Esa confianza inspirada le llevó a escribir una vez: «El mundo de las estrellas llena el infinito de una promesa: nuestro mundo no es todo el universo. Quizás hay algún lugar donde Cristo no está muerto». El trígono de su Sol natal en Libra con el Saturno acuariano nos habla del yo inteligente de un Graham que comprende el sentido de la muerte, su sabiduría y su poder de trasvasar toda obra perdurable más allá del Greene gran personaje de la literatura universal que no alcanzó el Nobel por haber sido

consecuente con su «factor humano». Bien puede decirse que en el momento de morir surgió, en él, junto a él, un «tercer hombre».



Enrique Granados **(27 de julio de 1867-24 de marzo de 1916)**

La muerte del Chopin español superó todos los obstáculos que encontró a su paso. El gran éxito internacional de Granados, que consagró su obra para siempre, fue la ópera Goyescas. Debía estrenarse en París pero la I Guerra Europea trasladó su premiére al Metropolitan de Nueva York. El compositor temía al mar. «En este viaje dejaré los huesos» declaró de forma premonitoria. Su éxito en Estados Unidos dilató el regreso. Él pensaba volver a su patria en un barco español pero el Presidente Wilson le invitó a la Casa Blanca y tuvo que esperar la salida de otro barco para Liverpool, donde transbordó al buque inglés «Sussex» que, el 24 de marzo de 1916, fue torpedeado por un submarino alemán y naufragó en llamas. A salvo en un bote, Granados se lanzó para salvar a su mujer, que se agitaba entre las aguas. Murió, ahogado, en el intento.

En la carta del día, los aspectos que expresan agonía (25) se hallan relativamente equilibrados por los que indican armonía y paz interiores (19). Los primeros son muy expresivos: Marte en signo de fuego, conjunto al Sol y al Mercurio natal en Leo (la vida y la fama), es el «torpedo» que hace cuadratura con su Saturno en Escorpio (signo de agua), símbolo de los huesos que intuyó perder, y quincuncio con su Júpiter, en un tremendo golpe a su expansión vital y profesional.

La agonía se produce rompiéndose súbitamente la placidez de un viaje marítimo de retorno triunfal: Urano en Acuario en quincuncio con Venus en Cáncer (signo de agua) y con el Nodo Lunar Norte y Marte (intento de sobrevivir él y su esposa). Hay una auténtica inundación por el Neptuno que transita en Cáncer en quincuncio con Júpiter natal en Piséis. El «torpedo» de Marte conjunto con el Nodo Lunar Sur del día hace quincuncio también con aquél y se confirma el asalto por su conjunción con el Sol y el Mercurio natales y su cuadratura con el Plutón en Tauro.

La cuadratura de Urano con el Saturno natal en Escorpio expresa el paradigma de ser víctima de un destino cruel que arranca una vida del mundo. Por eso el mensaje de Mercurio en Piséis choca en quincuncio con el Mercurio natal, que, a su vez, entra en oposición con Urano en tránsito; el NLN en Acuario se opone al Sol natal y éste entra en conjunción con el Neptuno que transita por el final de Cáncer. También Mercurio, en tránsito por Piséis, se opone al Marte natal en Virgo.

La cuadratura del Mercurio natal con el Venus que transita por Tauro, indica la incertidumbre y las dificultades del sentimiento amoroso, pues el amor de músico está a punto de desaparecer tragada por las aguas. Ante tal situación, el sol del día, en cuadratura con Urano natal, y el NLN en quincuncio con éste, claman la protesta de Granados contra el Destino.

Pero esta agonía terrible, física y moral, es también un bautizo redentor en las frías aguas del Atlántico, océano de misterios ancestrales. Hay en la carta una oposición positiva entre Venus transitando Tauro (signo de tierra firme) y el Saturno escorpiano, esqueleto inmortal como lo calificaría José Bergamín. Afrodita, surgida de las aguas, se une en conjunción con el Plutón y el Sol Negro en Tauro (máximo deseo de renovación segura) mientras que el Saturno que transita por Cáncer se une al Urano natal: la Razón superior y el Espíritu del compositor se encuentran en el signo de las aguas profundas del alma. El hijo que castró al padre y éste (Cronos y Urano) se reconcilian en el mismo mar donde él y este poder generador del segundo dio vida a la Afrodita amorosa, refugio acogedor de naufragos.

El resto de la carta es ya tan sólo nueve trígonos, de agua y de fuego, simbolizando la misteriosa armonía que puede surgir de un buque en llamas que zozobra, culminada en el trígono más ígneo de todos: el de ambos soles.

El primer trígono, Marte-NLS en Leo sobre Neptuno en Aries, reconcilia el torpedo material con el principio de disolución que estaba llamado a realizarse en una situación bélica y/o primitiva.

El segundo, Júpiter en Aries sobre Sol-Mercurio de la natividad, reconcilia el disparo del Espíritu con la línea de flotación del Yo y, el tercero, el que forma, a su vez, tal Júpiter con el Neptuno natal, hunde, sin duda, el navio vital, pero exalta, como mensaje liberador, el principio de disolución. Estos tres trígonos ($3 \times 3 = 9$) de fuego incendian la aventura en la que estaba embarcado el gran compositor, pero sus cenizas son signo de resurrección.

De los cinco trígonos de agua, el primero (Neptuno en Cáncer sobre Nodo Lunar Sur en Piséis) expresa la armonía entre la muerte por inmersión en las aguas del mar y la entrada en una nueva vida espiritual (renovación de un bautismo regenerador).

El segundo (Plutón también en Cáncer sobre Júpiter) confirma dicho bautismo con su esperanza de continuidad, tanto en forma de larga fama póstuma (la música de Granados gana con los años) como de resurrección.

El tercero (Saturno también en Cáncer) se desdobra entre el Saturno escorpiano natal y el Júpiter de Piséis. El sacrificio sirve, en efecto, a la renovación y a la expansión espiritual.

El cuarto (Mercurio en tránsito por Piscis) se produce asimismo sobre dos puntos natales significativos: de nuevo el Saturno de Escorpio (el mensaje mortal de las aguas es comprendido por el instinto de renovación) y el conjunto Urano-Venus en Cáncer (símbolo, entre otras cosas, de la genial inspiración musical) que, con el trígono mercurial, nos viene a decir que la muerte se mueve como un pez en el agua del alma de los poetas.

El quinto trígono acuático muestra como se produce la desconexión del espíritu humano con el mundo cuando son las aguas las que cortan la corriente (Luna Negra en Cáncer sobre Júpiter en Piscis).

Como culminación del canto armonioso del agua y del fuego ante la muerte del tierno, sensible y delicadísimo pianista, creador del lied en castellano y compositor de inolvidables melodías, el sol del día de su nacimiento y el sol del día de su muerte forman un trígono de fuego diciéndonos que el mensajero de la luz celestial ha estrechado la mano de quien la supo conservar, brillante como un vals, iluminadora como Goyescas, hasta el fin de su vida. A la agonía sucedió la paz radiante de una muerte que vino entre las aguas.

Burt Lancaster **(2 de noviembre de 1913-20 de octubre de 1994)**

El gran actor del cine norteamericano nació el día de los Muertos y su número del Destino es el 9, símbolo de la Sabiduría sagitariana. En «El Halcón y la flecha» hizo famosa su extraordinaria complexión física y su agilidad pasmosa, la que lucía en «Trapezio» y en su aguda mirada de gatopardo. En su carta natal, los aspectos positivos se equilibran con los negativos, superándolos en cierta medida (33 frente a 23). Su muerte parece análoga a la que inició, en la ficción cinematográfica, su carrera artística. La película «Forajidos», con una Ava Gardner arquetípica como «mujer fatal» o del Destino, comienza justamente con un Burt Lancaster, que, estoico, aguarda tumbado en el jergón de un cuarto de hotel misérrimo una muerte anunciada y que él cree merecida. Sabremos, a lo largo del filme, que va a ser castigado de modo injusto por un conjunto de avalares que tienen todo el carácter de una fatalidad, desencadenada por una atracción erótica insuperable. Pero nuestro protagonista comunica una imagen de absoluta paz consigo mismo y, en su miseria, resplandece como un héroe.

De los trece rasgos de su muerte astrológica que le son comunes con las cartas más abundantes en los mismos, sólo cuatro indican el conflicto entre su vida y su muerte. La enfermedad de que murió se indica en los quincuncios entre Urano, que transita por Capricornio y el Plutón natal en Cáncer y entre éste último y el Plutón transitivo por el final de Escorpio. Otro quincuncio más entre Urano y Neptuno con Saturno natal en Géminis expresa la resistencia a la liberación que se traduce en rebeldía frente a la muerte que anuncia el Sol en cuadratura con el Urano natal en Acuario.

Otras cuadraturas (7) y 13 quincuncios más confirman lo dicho. El conjunto Nodo Lunar Norte, Venus, Júpiter y Sol Negro en Escorpio se enfrenta con el Saturno natal. Sol y Mercurio, transitando al final de Libra, lo hacen con el NLN natal al final de Piséis. La llamada imperiosa de la Tierra (NLS y Luna Negra en Tauro) topa en quincuncio con el Venus natal en Libra, y un fuerte Marte en Leo crea lo mismo con Júpiter natal en Capricornio. En fin, Neptuno quincuncea con el Plutón nativo en Cáncer. Por otra parte, la unión de Urano y Neptuno está en cuadratura con el Venus natal en Libra; Saturno en Piséis, con Mercurio natal en Sagitario y, por último, el fogoso Marte en Leo con el Sol natal en Escorpio.

Se comprende la resistencia de una constitución física sana y vigorosa a tanto mensaje mortal pero nótese el simbolismo de renovación espiritual que ejercen los principales planetas y otros factores en tránsito: Neptuno y Urano en Capricornio; Plutón, Júpiter, Venus, Nodo Lunar Norte y Sol Negro en Escorpio; Saturno en Piséis y Sol-Mercurio en Libra. El resto de los aspectos son veinticinco trígonos, cinco conjunciones y una oposición positiva o complementadora, que es la que forma la pareja transformadora Urano-Neptuno capricornianos con el Neptuno y el Marte natales en Cáncer. Movilizando así las energías psíquicas hacia la disolución corporal.

Las conjunciones son también muy reveladoras de la apremiante pero serena presencia del mensaje renovador. El decisivo dúo Urano-Neptuno se une al Júpiter capricorniano natal; Plutón escorpiano está tocando al Mercurio sagitariano; Saturno está a cuatro grados de Quirón en Piscis y el tránsito del Nodo Lunar Norte roza el Sol del natalicio de nuestro actor (8° de Escorpio).

Pero, como siempre, son los trígonos los indicadores de la armonía final, que se impone a la dura tensión entre la Muerte y un cuerpo sano pese a la enfermedad.

El mensajero Plutón armoniza, ante todo, con el NLN en Piséis. Se muere para resucitar. Armoniza asimismo con Neptuno, movilizando y activando el deseo de fusión con el Todo ilimitado. Urano-Neptuno armonizan con el depósito espiritual almacenado

en una larga vida de obras artísticas, identificada con tantos personajes humanísimos (NLS). Júpiter escorpino hace trígono con el NLN para decir que la expansión de la sabiduría, coincide con el destino personal. Saturno, transite por Piséis, se entiende bien tanto con la personalidad de Lancaster como con su Inconsciente (trígonos con el Sol y con Plutón natales en signos de agua). Y last but not least, Venus aporta paz y tranquilidad por los trígonos que forma con Marte y con el NLN natales también en signos acuosos. El cumplimiento amoroso del proyecto divino sobre Burt no podía ser otro que su muerte.

Si éstos son los trígonos más compartidos con las restantes cartas más abundantes en ellos, los más particulares y singulares los confirman de modo casi redundante.

El Sol y el Mercurio por Libra, al armonizar con el Plutón natal en Cáncer, anuncia la renovación, y ésta se expresa claramente en los trígonos que forma el Marte natal también en Cáncer con el conjunto que, en tránsito por Escorpio, forman en batallón el NLN, Venus, Júpiter, el Sol Negro y Plutón.

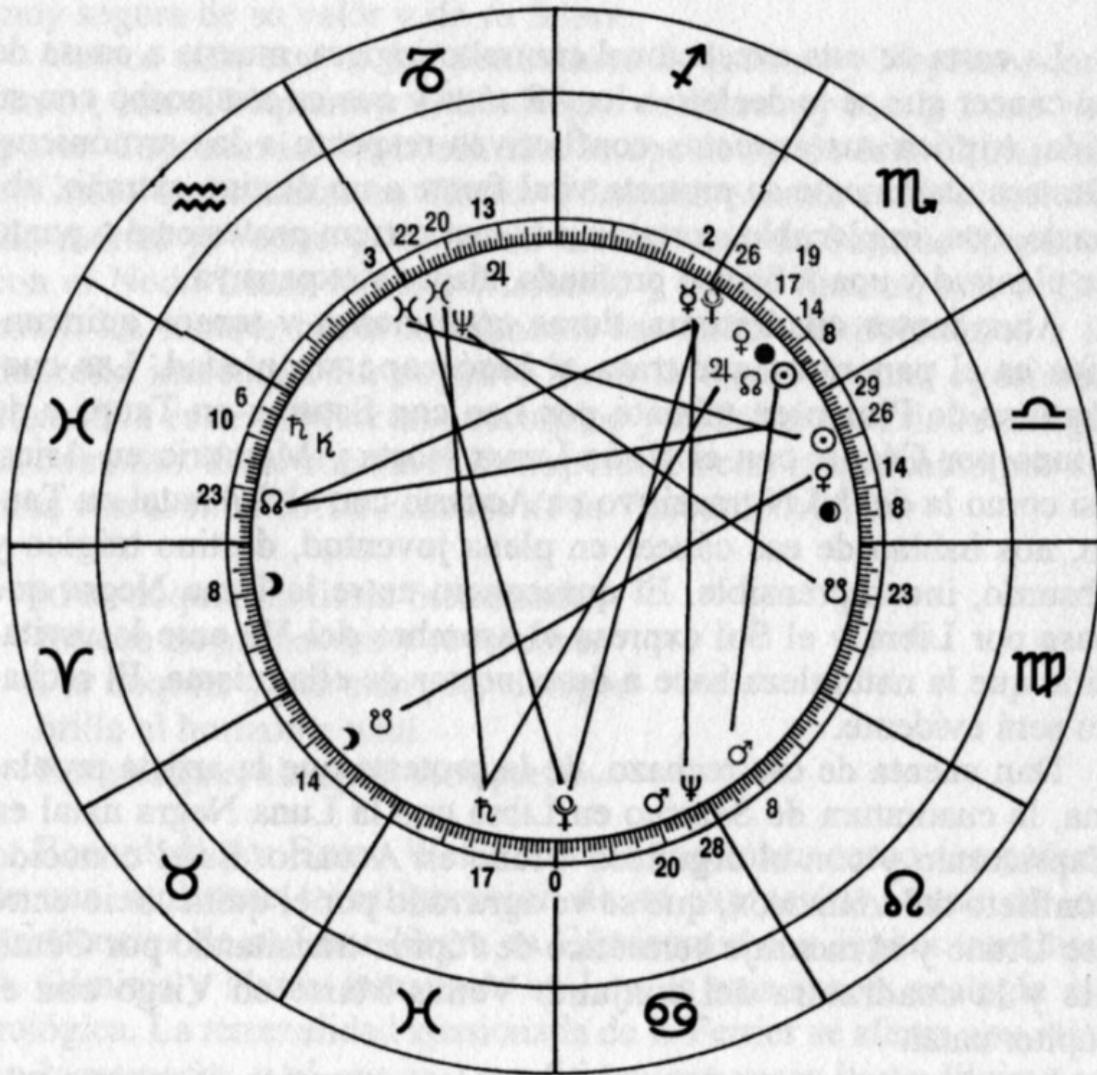
Sólo queda por reseñar el trígono de Marte transite por Leo con el Mercurio sagitario. La gloria final enlaza, como no podía ser menos, con esa apertura de la mente a la sabiduría a la que se había referido Lancaster al envejecer.

Cuando el Príncipe Salina, el Gatopardo, abandona el baile mundano y, envuelto en su capa, se arrodilla ante un viático que pasa junto a él, eleva luego los ojos al cielo (su pasión es la astronomía) y, dispuesto para el gran viaje, le dice a Venus, el astro de la aurora: «¡Estrella! fiel estrella: ¿Cuándo te decidirás a darme una cita menos efímera en tu región de perenne certeza?».

Venus se decidió el 20 de octubre de 1994, cuando su signo de serena armonía cedía el paso a su más cabal prolongación: la muerte que anuncia la espiritualización de los cuerpos.

BURT LANCASTER

(2 de noviembre de 1913 - 20 de octubre de 1994)



Kathleen Ferrier
(22 de abril de 1912-8 de octubre de 1953)

La carta de esta excepcional contralto inglesa, muerta a causa de un cáncer que se le declaró a los 38 años y que en tres acabó con su vida, triplica sus aspectos conflictivos respecto a los armónicos. Destaca claramente su protesta vital frente a un destino extraño, absurdo, que, implacable, corta de raíz una carrera profesional a punto de plenitud y una felicidad profunda, alegre y expansiva.

Abundantes cuadraturas, duras oposiciones y tensos quincuncios es el panorama que traza el horóscopo sin piedad. Las cuadraturas de Plutón en tránsito por Leo con Saturno en Tauro y de Urano por Cáncer con el Nodo Lunar Norte y Mercurio en Aries, así como la del NLN transitivo en Acuario con el Sol natal en Tauro, nos hablan de ese cáncer en plena juventud, destino trágico y absurdo, incomprensible. El quincuncio entre la Luna Negra que pasa por Libra y el Sol expresa el asombro del Yo ante la invitación que la naturaleza hace a desconectar de ella misma. El rechazo será evidente. Dan cuenta de ese rechazo, de la protesta que la artista proclama, la cuadratura de Saturno en Libra con la Luna Negra natal en Capricornio y con el orgulloso Urano en Acuario. Es el conocido conflicto del «famoso», que se ve agravado por el quincuncio entre ese Urano y el mensaje hermético de Júpiter transitando por Géminis y la cuadratura del conjunto Venus-Marte en Virgo con el Júpiter natal.

La resistencia a morir es absoluta. Los anuncios de muerte que traen el Sol y la Luna Negra se enfrentan a la energía psíquica (Marte natal en Cáncer) y al razonable deseo de vivir frente a la amenaza de disolución (Neptuno en quincuncio con el Saturno natal en Tauro).

Es cierto que esos anuncios no ocultan su dimensión prometedora y tranquilizadora. Los tránsitos del Sol, la Luna Negra, Neptuno, Saturno ocurren en el signo de Libra. Venus transita conjunta a Marte en Virgo y Júpiter hace conjunción con el Plutón natal en Géminis, así como Urano con el Sol Negro y el Neptuno de Cáncer, y tanto Saturno como Neptuno transitivos se unen al Nodo Lunar Sur natal también en Libra. Pero todo ese amplio mensaje pacificador y esperanzador topa lógicamente con una férrea vinculación a la tierra y con los sueños legítimos de una gran artista, muy segura de su valor y de su futuro.

Vemos todo esto en las cuadraturas de Saturno y Neptuno, conjuntos, con el Neptuno y el Sol Negro en Cáncer y con la Luna Negra en Capricornio. Lo confirman la oposición de ésta última con el Urano que transita en Cáncer y las que existen entre el sol del día mortal y Venus y Mercurio natales; las de Saturno-Neptuno con el Nodo Lunar Norte y Mercurio y las de Saturno con el Sol natal. La muerte canta inútilmente los Heder schubertianos a la doncella incrédula. Su negativa tiene la forma de una oposición dramática entre el Mercurio escorpino y el Sol táurico de la enérgica contralto. Es la contenida desesperación con la que cantó por última vez el final de La canción de la Tierra de Mahler:

«Por doquier la tierra bienamada florece en primavera y reverdece. Por doquier y por siempre, siempre brilla el horizonte azul. Por siempre, siempre, siempre...»

Recordada por Bruno Walter esta desesperanza como compañera de una «solemne transfiguración de su expresión», tiene en los quincuncios de su Luna Negra en Capricornio con Júpiter transitivo en Géminis y Plutón transitante en Leo, la más exacta analogía astrológica. La terrenalidad apasionada de la Ferrier se aferra a su «tierra bienamada» y el «ewig», repetido nueve veces hasta diluirse en el silencio suspensivo

de la música, es el siempre que para ella misma anhela. Su escepticismo ante los aspectos tranquilizadores del mensaje divino (quincuncio de su Saturno con el Sol y el Saturno de la Muerte) y la resistencia de su profunda energía vital al de renovación (quincuncio de su Venus en Aries con Marte en Virgo) ¿debían concluir en la más negra desesperación? ¿Nos dirá algo ese otro quincuncio entre el Nodo Lunar Norte, que se anuncia en la cúspide de Acuario (agua antigua en odre nuevo) y el Plutón natal? Este quincuncio abre las puertas del Inconsciente y le hace hablar. Su palabra es un oráculo que extrae del infierno el tesoro del misterio para que la artista pueda comprender «lo absurdo».

El Plutón que transita por Leo irradia un fuego de renovación vital que alumbra el trígono formado con las más ancestrales huellas anímicas de la divinidad: Mercurio y Nodo Lunar Norte en Aries. Pero no menos el Mercurio escorpino triagoniza con la energía psíquica del Marte natal en Cáncer. Y no en vano Júpiter en Géminis se une al Plutón natal y NLN transita por Acuario conjunto al Urano nativo. En definitiva, morir es cumplir el proyecto divino y la vida comprende que no tiene otro camino de renovación y continuidad.

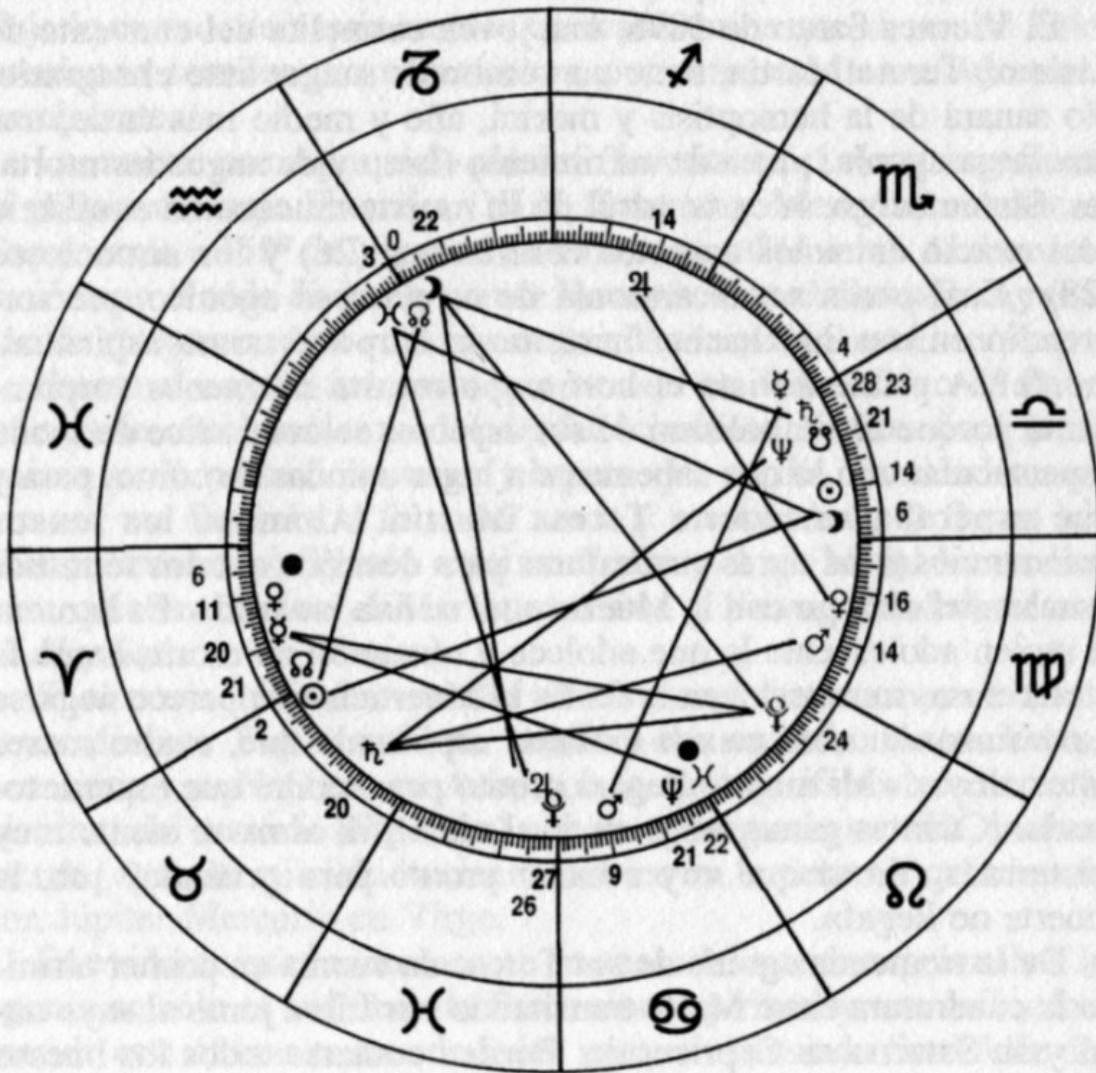
Si el Plutón de muerte hace trígono con el NLN natal, el Saturno mortífero lo construye con el Plutón de la natividad y, ante esta aceptación de la muerte (que confirman los formados por Marte en Virgo con el Saturno nativo y el Júpiter en Géminis, con el NLS en Libra), el premio que la razón recibe por comprender el mensaje del Inconsciente es la paz que simboliza el trígono final entre Venus y Saturno.

Romper el lazo carnal con la Madre tierra bienamada ya no repugna al ego (la Luna Negra, mensajera de Plutón, el mortal revitalizador, está en trígono con el Urano acuariano de nacimiento). El deseo ferviente de unirse ilimitadamente al Todo (Neptuno y Sol Negro natales en Cáncer) recibe en conjunción a Urano, y el tesoro espiritual (NLS en Libra) acumulado en unos pocos años de arte intenso (ars longa, vita brevis) recibe, juntos, a Neptuno y Saturno. Sentimiento y razón, unidos, afrontan la desaparición de la vida emocionada y confiadamente.

La movilización del Inconsciente ha conducido a Kathleen por el camino de retorno hacia la luz, abandonado el infierno oscuro de la desesperación y sin volver la vista atrás para no perder eternamente a Eurídice. El 3 de febrero de 1953 cantó por última vez. Fue el Orfeo de Gluck, encarnado por ella en tantas sesiones memorables. Su enfermedad hizo que fuese una representación única en todos los sentidos. Sir John Barbirolli, su director, afirmó al evocarla: «Ningún artista jamás ha dicho adiós con tan gran elocuencia y dignidad».

KATHLEEN FERRIER

(22 de abril de 1912 - 8 de octubre de 1953)



Teresa de Lisieux **(2 de enero de 1873-30 de setiembre de 1897)**

El Viernes Santo de 1896, una joven carmelita del convento de Lisieux, Teresa Martín, tiene un vómito de sangre ante el sagrario. No sanará de la hemoptisis y morirá, año y medio más tarde, tras una larga agonía, plena de sufrimiento físico y de angustias mortales. Sin embargo, la carta astral de su muerte muestra un equilibrio casi exacto entre los aspectos conflictivos (26) y los armoniosos (28) ¿Cuál podía ser la armonía de un proceso agónico que sorprendió en una muchacha fuerte tanto corporal como espiritualmente? A primera vista el horóscopo resulta no menos sorprendente porque el simbolismo de sus aspectos se contradice de modo espectacular con lo que sabemos sin lugar a dudas de cómo, para y qué esperaba su muerte Teresa Martín. Abundan los tenos quincuncios y las duras cuadraturas para decimos que los términos usuales del diálogo con la Muerte aquí se han invertido. Es la monja recién adolescente la que adolece y muere de no morir, como la otra Teresa, su maestra en la fe. Es la Muerte la que parece negarse a consumir su obra en esa «infanta espiritual» que, cuatro meses antes, decía: «Mi muerte llegará pronto pero tendré que esperar todavía. ¡Cuántas ganas tengo de ir al cielo! Mi alma se siente muy desterrada. Yo sé que voy a morir pronto pero ¿cuándo? ¡oh, la muerte no llega!».

De la tremenda agonía de sor Teresa da cuenta en primer término la cuadratura entre Marte transitando por Libra junto al suyo natal y su Saturno en Capricornio. Pueden contarse todos los huesos de la agonizante. Se asfixia. «¡Me falta aire de la tierra! ¿Cuándo me dará Nuestro Señor el aire del cielo?». Es la agonía pura, sin mezcla alguna de consuelo (Saturno transite por Escorpio en quincuncio con Neptuno natal en Aries). «No hubiera creído jamás que era posible sufrir tanto. Yo creo que el demonio ha pedido permiso a Dios para probarme con lo último del sufrimiento para que incluso llegue desfallecer en la paciencia y en la fe».

Estaba claro que la Muerte no faltaría a la ansiada cita porque era el momento para Teresa (el NLN transita por Tauro, conjunto con la Luna Negra, y se tensa en quincuncio con el Marte natal) pero, si bien Teresa quiere morir y entiende como nadie el sentido liberador de la muerte, ésta no acoge su sentimiento y su razón, como expresan los quincuncios parejos Neptuno-Saturno y Saturno-Neptuno.

El «muero porque no muero» de la pequeña Teresa aparece reflejado en esos seis quincuncios contradictorios que si, por un lado, contienen sextiles tan armoniosos, por otro, ocultan cuadraturas paralizantes.

La muerte como proyecto plenario inscrito en el alma se enfrenta al propio mensaje liberador (NLN, Saturno y Mercurio natales en Capricornio a 150fi de Neptuno en tránsito por Géminis). Al deseo de fusión con el todo divino le ocurre lo mismo con el mensaje de renovación (Neptuno natal en Aries versus Urano y NLS en Escorpio).

Frente al anhelo amoroso, que es casi un deseo físico de Dios, se alza la cruel tardanza del desfallecimiento erótico final («Yo quiero ser la presa de tu amor y espero que un día, abatiéndose sobre mí, me llevarás al foco del amor y me hundirás al fin en ese abismo ardiente») (Plutón natal en Tauro y el eje Nodal Lunar forman quincuncio con el Marte transitivo y Venus, cuadratura con NLN y Saturno en tránsito).

Si el amor misionero por las almas era el fruto universal de su amor divino, Teresa vive en tensión el encuentro de su Venus acuariana y su Neptuno en Aries con lo que significa claramente la plenitud del servicio virginal al que ha consagrado su vida, incluso eterna («pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra»): quincuncio con Júpiter-Mercurio en Virgo.

Es evidente que, como ocurre en casos tal vez excepcionales, la agonía no sólo es sufrimiento físico sino espiritual y una de las formas de este último es creerlo inútil porque el ansiado final feliz del encuentro amoroso no vendrá nunca con la Muerte; pues el amado no existe o, si existe, no ama. Ya que, si amase, no daría el sufrimiento que da ni consentiría la pérdida de la fe otorgada.

Pero Teresa musita mientras no muere: «Yo no creo en la muerte para mí. Sólo creo en el sufrimiento... y mañana aún será peor. Pues bien, ¡mejor aún!». Y recuerda las palabras del paciente Job: «Aún cuando Dios me matara, yo confiaría en El».

Esa metamorfosis del amor en sufrimiento y de éste en aquél desarmaría al mismísimo Lucifer. El quincuncio NLN-Mercurio de Teresa en Capricornio con el Venus que transita Virgo inicia la oscura y profunda armonía de contradicciones como las descritas. He ahí la fórmula astrológica del «muero porque no muero». El deseo de sufrir por amor «frena» al amor que llega porque no hay ya amor más grande que sufrir por él y, si llegase, no sería mejor el consuelo que el dolor.

Todo este proceso puede reseguirse de forma sintética a través del Sol natal capricorniano en quincuncio con Plutón en Géminis (la personalidad sacrificada aboca a la renovación esotérica por su propia tensión interior) o mediante las cuadraturas entre el Júpiter virginal de Teresa y el eje Luna Negra-Sol Negro (en Géminis-Sagitario) o el NLN en Tauro transitivos. El deseo de morir para ir al cielo tropieza con una muerte que no acaba de llegar por voluntad divina (oposición del Neptuno nativo con Marte en tránsito y cuadratura del Sol natal con el del día de la muerte). Pero justamente ese sol mortal anuncia la buena nueva: la muerte acabará coincidiendo con el ferviente anhelo (Marte, en tránsito, conjunto con el Marte natal en Libra) y el Dios del Amor de Teresa acogerá su virginidad espiritual y su ilimitada pasión (Venus, en tránsito, conjunto con Júpiter en Virgo).

Como un coro de ángeles, veinticuatro trígonos acogen el eros tanático de Teresa. El de Neptuno y Plutón en Géminis con Venus y Marte natales presenta el aire del cielo liberador de su terrible asfixia terrenal (amar sólo a la Humanidad entera es insuficiente para ella). Su ideal de misionera universal se aviene con ese aire divino (trígono Sol Negro natal en Acuario-Neptuno) como su santa vida juvenil exige la renovación del Espíritu Santo (trígono del NLS en Cáncer y de Urano en Leo con el Urano que transita al final de Escorpio).

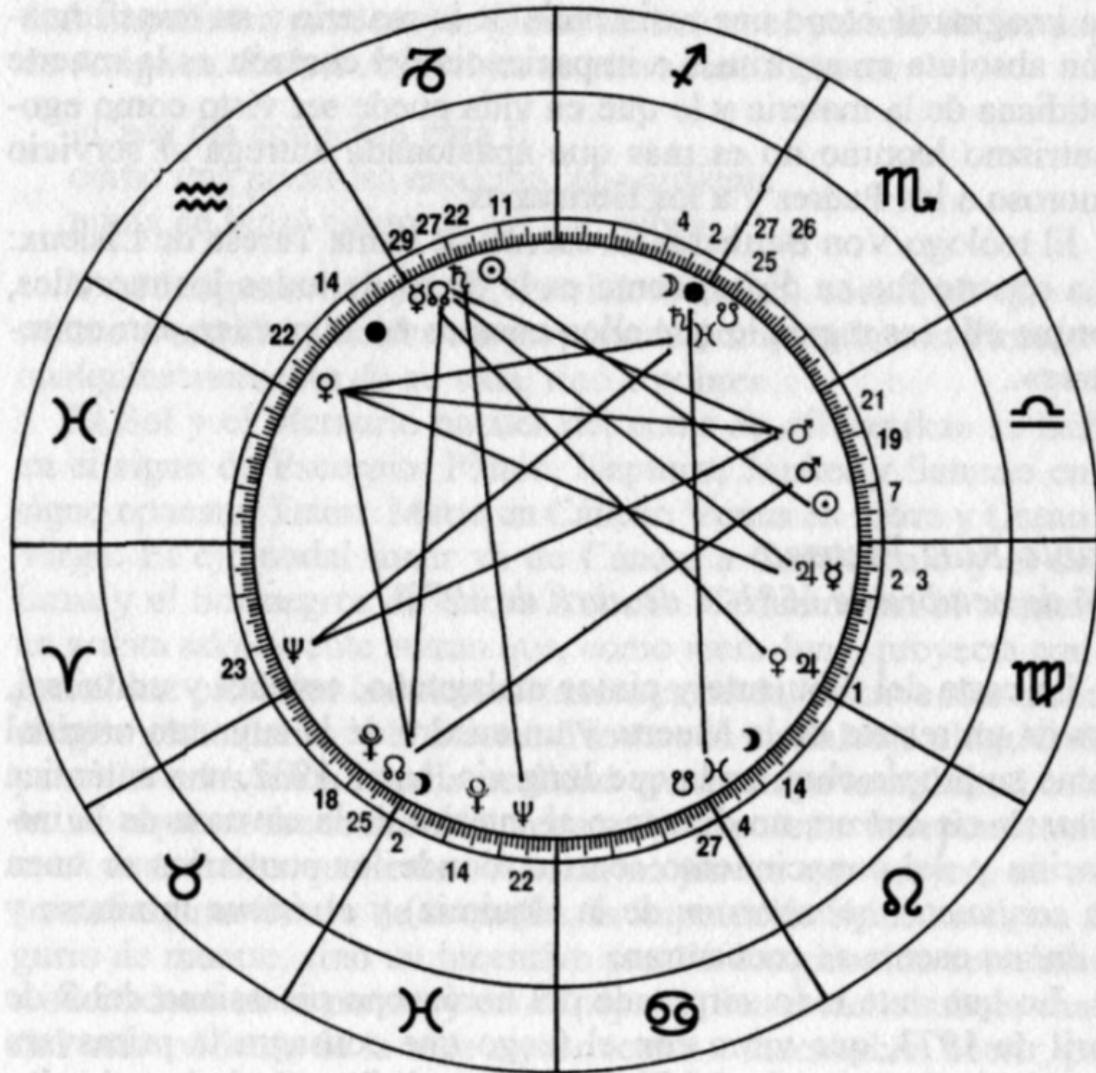
En efecto, el mensaje ideal de la Muerte es acorde con la joven vida vivida (NLS en trígono con NLS, Saturno y Sol Negro transitivos); al espíritu de sacrificio de Teresa responde, como culminación del proyecto divino, su mensaje de expansión espiritual (NLN, Saturno y Mercurio capricornianos en trígono con el NLN, Júpiter y Mercurio en tránsito) y, por todo ello, la ansiada desconexión física con el mundo puede producirse de acuerdo con el sacrificio consumado (trígono entre el NLN y Saturno natales y la Luna Negra que transita por Géminis).

En definitiva, la carta de Teresa de Lisieux nos narra una muerte de amor y por amor (trígono casi exacto entre Marte y Venus natal) y el retorno en ascenso de una mente inteligente, brillante y libérrima a la Sabiduría original (trígono del Urano natal en Leo con el Sol Negro en tránsito sagitariano). La agonía mortal es posible imaginarla como una resistencia de la materia a su transformación absoluta en espíritu. La impaciencia del corazón es la muerte cotidiana de la materia y lo que en vida puede ser visto como egocentrismo leonino no es más que apasionada entrega al servicio amoroso a los Padres y a los Hermanos.

El teólogo Von Balthasar ha escrito de Santa Teresa de Lisieux: «La muerte fue su dicha, como es la dicha de todos los mortales, porque ella les regala lo que ellos mismos no se pueden dar: entregarse».

TERESA DE LISIEUX

(2 de enero de 1873 - 30 de septiembre de 1897)



Pablo Ruiz Picasso **(26 de octubre de 1881- 8 de abril de 1973)**

La carta del dibujante y pintor malagueño, español y universal, nos da un retrato de la Muerte y un cuadro de la suya tan original como su propia obra, en la que Jung vio, hacia 1932, una auténtica katarsis eis antron, un descenso al interior de la caverna de la iniciación y del conocimiento secreto, donde los contrarios se unen (la conjunctio oppositorum de la alquimia) y el ánima luminosa y el ánima oscura se encuentran.

Lo que ante todo sorprende del horóscopo picassiano del 8 de abril de 1973, que vibra con el fuego que consagra la primavera resucitada de Aries (la del Picasso musical, Strawinsky), es la elocuencia que ha de emplear la Muerte para ser considerada por Picasso la muestra suprema de la creatividad, la plenitud de la genialidad creadora: única forma de ser aceptada por el artista. Si en cierta ocasión, Picasso afirmó «Cuando llegue la inspiración, que me coja trabajando» (para indicar que el numen no se posa sobre el autor si éste no se esfuerza en prepararle el asiento), bien pudo decirle a la Muerte que cuando se presentase le cogería en plena creación, como así fue.

En el año nonagésimo segundo de su vida, Picasso llevaba ya algunos secuestrado prácticamente por un infatigable trabajo creador y, por tanto, sometido a una tensión sexual que a su edad no podía satisfacer de otro modo, pese a su joven esposa Jacqueline, que en las decenas de cuadros y dibujos de una saludable obscenidad, expuestos, para mayor gloria divina en el palacio de los papas de Avignon. Rafael Alberti ha escrito sobre Picasso:

«Cada día comienza para ti
como una poderosa erección, una ardiente
punta de lanza contra el sol que sube»

Y el biógrafo del pintor, Patrick O'Brian, considera que «En cuanto a orgullo, Lucifer era un párvulo comparado con Picasso en cualquier momento de su vida, rico o pobre».

El Sol y el Mercurio natales del autor de «Guernika» se hallan en el signo de Escorpio; Plutón, Neptuno, Júpiter y Saturno en su signo opuesto, Tauro. Marte en Cáncer, Venus en Libra y Urano en Virgo. El eje nodal lunar va de Cáncer a Capricornio y el de la Luna y el Sol negros de Leo a Acuario. Tenemos así el retrato de un artista adolescente eterno que, como viera Jung, proyecta con su genial luz pictórica las pinturas ancestrales de las cavernas inconscientes plutonianas y la misma Tierra con su salvaje alegría vital para elevarlas hasta la universalidad que anticipa la infinitud celeste. He aquí un fauno rebelde, seguro de su potente independencia.

A este artista que, como Auden, no parece que creyera en vida sexual alguna dentro de la tumba, la impotencia física no es un augurio de muerte, sino un incentivo para la imaginación recreadora, resucitadora en la mente y en el papel o lienzo del símbolo material más evidente de la vida reproductora e inacabable. Morir, para el sexo, es resucitar en arte que perdura.

Así la muerte del propio Picasso, tan identificable con su virilidad. Al cardiólogo que le atiende, horas antes, le recomienda que se case y, mientras aprieta la mano de Jacqueline le da la razón de ello: «Es útil». O'Brian, su biógrafo, nos dice que estuvo trabajando todos los días anteriores, a veces hasta las seis de la madrugada, y que «no tenía la más leve idea de que estaba agonizando». Su vida se fue apagando lentamente, sin dolor. Murió repentinamente «con la cabeza rebosante de proyectos para el otro año».

Parece como si la Muerte de Picasso no tuviese nada que ver con la de Pablo Ruiz. Este último se muere de su muerte propia, pero el pintor genial (no por excelente sino por genio, demonio, duende, etc.) y la Muerte sólo pueden coincidir en el poder creador. O

se cree que la Muerte crea o Picasso no puede morir y es inmortal. Nos explica este dilema su horóscopo del 8 de abril de 1973, último día de su vida en el Mundo.

El quincuncio de Urano en tránsito con el Plutón y el Neptuno natales indica, como siempre, enfermedad: la gripe que acabó en infección pulmonar y fallo cardíaco. Pero el que Urano forma con Júpiter en Tauro y su cuadratura con el eje nodal lunar nativo (Capricornio-Cáncer) nos hablan de que el súbito rayo mortal topó con la vitalidad del genio y se enfrentó con el proyecto divino encarnado en Picasso todavía en marcha. Por eso el quincuncio de NLN en tránsito por Capricornio, que debiera dar por terminada la vigencia del natal, se topa también con la Luna Negra en Leo de Picasso, que no quiere desconectarse de la tierra, la vida y el sexo por mucho que lo pretenda el Destino. De nada sirve que el NLS que transita por Cáncer dé la obra por cumplida y bien cumplida. Esta topa con el anhelo insatisfecho del gran creador que quiere seguir sirviendo con su arte a la Humanidad (quincuncio con el Sol Negro natal en Acuario). Menos parece que pueda lograr el mensaje religioso de un Mercurio transite por Piséis frente a esa leonina Luna Negra, conexión telúrica que sólo ha perdido potentia coeundi.

Y es que el genio no desconecta nunca (quincuncio de Luna Negra en tránsito por Sagitario con NLN en Cáncer y de su eje en cuadratura por Urano natal en Virgo) y su proyecto creador (Neptuno en Tauro y la conjunción Marte-NLN en Cáncer) entra en quincuncio con la Luna Negra que transita Sagitario llena de sabiduría. La resistencia de la energía psíquica (Marte) frente a Neptuno, Júpiter y Marte en tránsito crea otro quincuncio, que confirma un tercero con el Urano virguero picassiano: el que forman con él el Sol y el Venus, conjuntos, del Aries transitado primaveral.

Se comprende que en el ámbito mental no sea para Picasso lógico morir (cuadratura de Saturno geminiano con el Urano natal) porque la Muerte no es algo razonable para él (cuadratura de Marte acuariano y quincuncio de Neptuno y Plutón con el Saturno en Tauro). En efecto, no parece llegado el momento de una muerte portadora de expansión (cuadratura del Júpiter acuariano con el terco Saturno táurico).

Es nada menos que el mensaje hermético de Saturno por Gémi-nis el que topa, tenso, en quincuncio con el Nodo Lunar Sur en Capricornio. ¿Cómo resolver un conflicto así entre dicho mensaje y el cumplimiento inacabado -y para Picasso, inacabable- del proyecto divino?

La Muerte no tiene otro remedio que argumentar, elocuente, la lógica de su oportunidad haciendo ver lo bien que se identifica con la creatividad eternizante del pintor como de todo espíritu humano creador. Sus argumentos son el eje nodal lunar en tránsito que se une-opone con el natal de Picasso y con su Marte en Cáncer; la conjunción Júpiter-Marte en Acuario que se opone y se une con el eje de la Luna negra picassiana en Leo-Acuario; la conjunción en Libra de Plutón y el Venus natal; y, en fin, la oposición del Mercurio por Piséis con el Urano de Virgo, bien ilustrativa de que el genio no debe ya seguir pintando nada.

Trece trígonos rematan la pieza oratoria de la Muerte, con su promesa tranquilizadora de que morir es el acto final más bello y mejor trazado del fabuloso dibujante y pintor. Con el que forman el NLN transitivo y Neptuno, Urano y Saturno natales el Destino asume la imaginación, el genio y la obra del artista. El de Neptuno transite con la Luna Negra expresa la desconexión rechazada que, de forma sensual, erótica, como una borrachera hipersexual, funde en el Todo ilimitado el inagotable deseo físico de su virilidad. ¿Se quiere mayor exaltación del eros que el trígono de Júpiter y Marte conjuntos en Acuario con el Venus de Libra?

En definitiva, el ideal hermético, esotérico, coincide con el arte universal (trígono de Saturno en Géminis con el Sol Negro natal en Acuario). Y el mensaje místico de la Muerte coincide con el instinto de renovación y con el proyecto divino grabado desde

su creación en el Inconsciente de Pablo Ruiz Picasso (trígono de Mercurio en Piséis con el Mercurio escorpino y el NLN en Cáncer). El mensaje de desconexión con la Tierra coincide, en consecuencia, con la firme conexión que tanto arte produjo (trígono del Sol, en tránsito con la Luna Negra natal). Sin duda, era el momento.

Con esta séptima carta concluye nuestro reconocimiento del rostro de la Muerte, reflejado en el de unos seres humanos que la contemplaron el postrero día de su vida. No podía ser otro que Picasso quien la retratara con mayor fidelidad gracias a su genio plutoniano y a su luz escorpina. En último término, la Muerte es un acto creador de vida eterna porque es un hecho de la vida terrenal, de la vida biológica, carnal, sexual; creadora y recreadora de vida y de esperanza de vida. La esperanza debida a todo ser creado.

PABLO RUIZ PICASSO

(26 de octubre de 1881 - 8 de abril de 1973)

